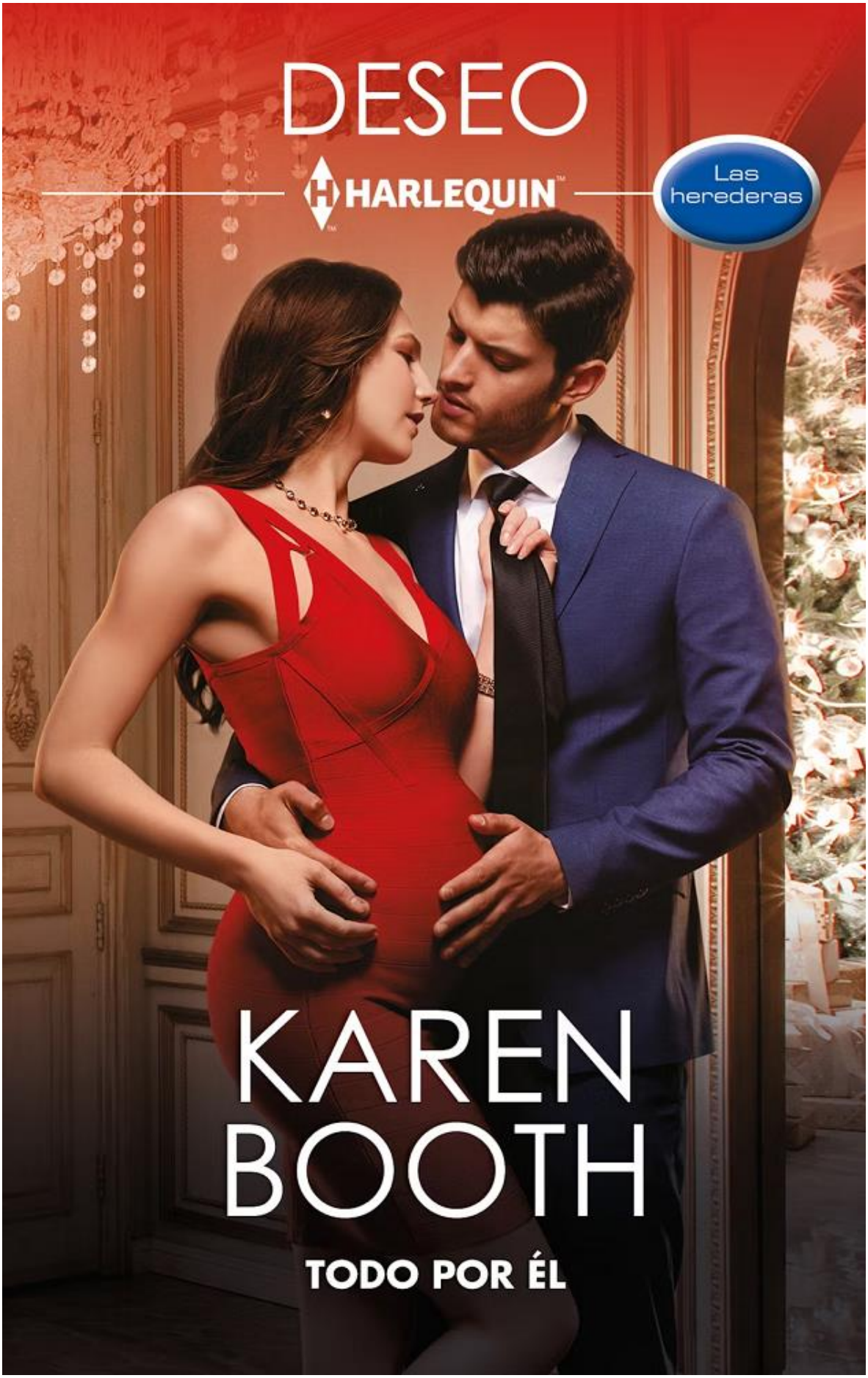
https://www.facebook.com/novelasdescargas



El Día de Acción de Gracias terminó en una atracción inesperada con la viuda de su hermano.

Durante meses, el promotor inmobiliario Andrew Sterling había estado centrado en destruir Sterling Enterprises y en acabar con su hermano.

Pero la repentina muerte de Johnathan lo cambió todo, sobre todo cuando Andrew se enteró de que la viuda de su hermano estaba embarazada.

Andrew nunca había mirado realmente a Miranda Sterling... hasta ahora. A medida que pasaban más tiempo juntos, empezaba a luchar contra los sentimientos que emergían en su interior y ponían en riesgo no solo su trabajo sino también su corazón.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Uno

Andrew Sterling casi había olvidado lo agradable que podía ser noviembre en San Diego. Mientras bajaba las escaleras de su jet privado, una suave brisa le alborotó el pelo y el brillante sol californiano le calentó la cara. La temperatura era muy diferente a Seattle, su hogar adoptivo. Allí, el frío y la lluvia eran lo habitual en fechas cercanas al Día de Acción de Gracias, y el mal tiempo obligaba a permanecer en casa hasta bien pasadas las Navidades. El problema de San Diego era la cantidad de malos recuerdos que despertaba en Andrew: sueños truncados, lealtades destruidas, amores perdidos y, en definitiva, dos hermanos divididos para siempre. En cualquier caso, no tenía intención de quedarse mucho tiempo en la ciudad.

«Divididos para siempre». Esa era la parte que más le costaba superar a Andrew. La relación con su hermano era irreparable. Johnathan había muerto hacía tres meses, a los cuarenta y un años. Fue un accidente fortuito: el golpe de una bola en un campo de golf que fue directo a su sien. No había habido tiempo para despedirse, y en el caso de que lo hubiera habido tampoco es que hubiera sido una conversación fácil. Su relación no era muy buena; llevaban más de un año sin hablarse. Es más, Andrew incluso estaba orquestando un plan para hundir Sterling Enterprises, la empresa de Johnathan.

Había tenido sus motivos para embarcarse en algo así, pero eso no importaba ahora. Johnathan se había ido, y Andrew tenía que detener el plan que había puesto en marcha. Desactivar la bomba que había preparado. Pero, desgraciadamente, había alguien más interesado en encender esa mecha: Victor, el antiguo aliado de Andrew en el plan, quien había salido perjudicado en un negocio multimillonario con Johnathan. Y Victor no era de los que perdonaban y olvidaban, precisamente. La culpa y el arrepentimiento habían hecho que Andrew se echara atrás, pero su socio no tenía ningún vínculo familiar, ni tampoco conciencia… Victor no tenía

piedad. Si no podía vengarse de Johnathan, destruiría su legado. Y por esa razón había regresado a esa ciudad que hacía tiempo que no soportaba.

Andrew cruzó el asfalto hasta el todoterreno que le esperaba en Gray Municipal, una pista de aterrizaje tan al sur de San Diego que casi estaba en México. Nadie esperaría que Andrew llegara a la ciudad por un lugar tan remoto y poco glamuroso. Había varios aeropuertos mucho más cerca de la ciudad, con mejores servicios e instalaciones para dejar su avión. Pero lo que él buscaba era entrar de la manera más discreta en San Diego y así evitar ser detectado por Victor.

El trayecto hasta el histórico US Grant Hotel, el cinco estrellas del centro de San Diego, duró media hora. Pero Andrew no entró por la puerta principal, sino que le llevaron al aparcamiento y utilizaron la entrada privada reservada a dignatarios y jefes de Estado. Él no era ni lo uno ni lo otro, pero tenía un gran equipo de seguridad y el dinero suficiente como para tener ese nivel de trato preferente. Acompañado por Pietro, uno de sus guardaespaldas, subieron en ascensor hasta la suite presidencial. Era puro lujo, con sus altas ventanas arqueadas, su techo de dos metros y medio y su impresionante decoración. Pietro hizo un rápido barrido de la sala de estar y luego subió al segundo nivel de la suite para inspeccionar el dormitorio y el baño. Mientras tanto, Andrew se paseaba pensativo. Estaba ansioso por ponerse manos a la obra, averiguar con la mayor discreción posible qué tramaba Victor y luego trazar un plan de actuación a partir de ahí.

—Arriba está todo bien —dijo Pietro—. ¿Quiere que vaya a ver a la señora Sterling?

—Sí. Pero, por favor, sé discreto. Ella aún no sabe lo que está pasando. —Andrew tragó saliva, pensando en Miranda, la viuda de su hermano. Ella, sin ser consciente, había desempeñado un papel crucial en la decisión de Andrew de detener el plan contra Sterling Enterprises.

Andrew había ido a verla dos semanas después de la muerte de Johnathan, y aquella visita no se había parecido en nada a lo que él esperaba. Ella tenía motivos para enfadarse o echarlo. Él no había asistido al funeral de Johnathan, demasiado conmocionado para hacer frente a la avalancha de emociones que le supuso la repentina muerte de su hermano. Miranda lo había recibido con los brazos abiertos y lo había invitado a su casa, aunque sí le dijo sin rodeos que su ausencia en la ceremonia le había dolido. Explicarle los motivos de por qué no había ido era muy complicado para Andrew, pero Miranda lo perdonó de igual modo, algo a lo que él no estaba acostumbrado.

Cuando la conversación con ella se relajó un poco, Miranda le contó que estaba embarazada y que su hermano se enteró de que iba a ser padre en su lecho de muerte. Andrew se sorprendió y la escuchó con atención, sobre todo cuando ella reflexionaba sobre su futuro, aquel en el que su hijo nunca conocería a su padre. Esa parte de la conversación le había calado muy hondo.

A la hora de irse, ella lo abrazó, lo besó en la mejilla y se refirió a él como si fuera de la familia. Y él le puso la mano sobre su barriga de embarazada y le dijo que esperaba que su bebé formara parte de su vida. Incluso ahora, más de dos meses después, aquel encuentro con ella seguía atormentándolo. Siempre había sabido que la familia era importante, pero nunca lo había sentido. No así. Hasta ese momento.

Y la decisión se tomó sola. Inmediatamente regresó a Seattle y le dijo a Victor que el plan para destruir Sterling Enterprises quedaba cancelado. Johnathan había muerto y la venganza ya no tenía sentido. Había ideado el plan para impedir que Sterling Enterprises ganara la licitación de un proyecto para San Diego, la remodelación del paseo marítimo, un gran espacio público con vistas a la bahía. Andrew había elegido ese proyecto por razones personales, ya que estaba seguro de que Johnathan también se había movido por lo mismo. Había sido el escenario de un capítulo muy doloroso de la larga rivalidad entre los dos hermanos: el día en que Andrew fue abandonado en el altar, o para ser más exactos, en el pabellón nupcial del paseo marítimo.

—Por favor, avísame si ves algo fuera de lo normal —le dijo Andrew a Pietro, obligándose a dejar atrás sus pensamientos.

—Por supuesto, señor.

—Me gustaría que tú y el equipo siguierais vigilando la casa de Victor en San Diego, sus lugares habituales y también los aeropuertos. Por favor, avísame si hay algún movimiento.

—Será el primero en saberlo, señor Sterling.

Andrew acompañó a Pietro hasta la puerta, la cerró tras de sí y echó el pestillo, luego sacó el teléfono para contactar con una mujer llamada Sandy. Ella había desempeñado un papel clave en el plan, era su topo dentro de Sterling Enterprises. Sandy había accedido a abortar el plan, pero Victor acabó ofreciéndole una gran suma de dinero y siguieron adelante con el trabajo a sus espaldas. Andrew nunca pensó que Sandy fuera de esas personas que se movían por dinero, pero al parecer sí lo era.

Por desgracia, Andrew solo pudo hablar con su buzón de voz:

—Sandy. Soy Andrew. Otra vez… No contestas al teléfono y Victor tampoco. Tenemos que poner fin a esta tontería. Si es cuestión de dinero, yo estoy dispuesto a pagar y negociar, pero para eso al menos uno de vosotros tendría que devolverme la llamada. —Andrew empezaba a desesperarse—. Y necesito asegurarme de que ninguno está pensando en tomar represalias contra Miranda Sterling. Si alguno de vosotros le toca un solo pelo de la cabeza, entonces sí que se acabaron las tonterías. Se trata de negocios. Nada más, ¿entendido?

Cortó la llamada y se quedó mirando el teléfono unos segundos mientras pensaba. El sol del atardecer se colaba por la ventana. Su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Se había equivocado? ¿Había dejado entrever que Miranda significaba algo para él?

Se hundió en el sofá y se pasó la mano por el pelo. Todo iría bien. Tenía que salir bien. Pietro y su equipo vigilaban a Miranda y su casa. Ella estaría a salvo y él solucionaría el problema. Luego podría dedicarse a forjar una relación con ella y el bebé. Le ayudaría a superar la muerte de Johnathan, el hermano al que amaba y odiaba a la vez. Podría ayudarle a enterrar el pasado infeliz que llevaba arrastrando durante tantos años. Ahora mismo, sentía cómo los recuerdos le alcanzaban como si fuera un tsunami, empeñados en destruirle por dentro. Pero no iba a permitirlo.

Después de un largo día en su empresa de diseño de interiores, MS Designs, Miranda Sterling iba de camino a casa. Llegó a su barrio de La Jolla en su Range Rover, sin quitarse el mismo pensamiento de la cabeza: descalzarse y comerse un generoso plato de raviolis de langosta preparados por su chef personal, seguido de un baño de burbujas en su enorme bañera de hidromasaje. El embarazo tenía sus ventajas y ella iba a aprovecharse de todas ellas.

Justo cuando giraba en la entrada de su casa, su teléfono se iluminó con una llamada de Tara Sterling. Ella era su amiga y socia, pero también había sido la primera esposa de Johnathan, el marido de Miranda, recientemente fallecido. Tara y Miranda compartían el control de Sterling Enterprises junto con Astrid, la segunda esposa de Johnathan. Él había legado sus acciones de la empresa a sus tres esposas, aparentemente, como muestra de lo mucho que las había querido a todas.

—Hola, Tara. Acabo de llegar a casa. ¿Es importante o podemos hablar más tarde? Me muero de hambre y de ganas de quitarme estos

zapatos —contestó Miranda mientras entraba en el garaje y apagaba el motor.

—Astrid y yo vamos de camino a tu casa. Tenemos que hablar de Andrew.

Todos estaban convencidos de que Andrew, el hermano de Johnathan, se estaba inmiscuyendo en el negocio. Miranda no estaba tan convencida. Sí, él y Johnathan habían sido rivales toda la vida, pero cuando conoció a Andrew no le pareció tan malvado como se lo habían pintado.

—¿Qué pasa ahora? Ya hemos hablado de esto. Tengo serias dudas sobre tu teoría. ¿De verdad crees que él es el causante de todos los problemas que hemos tenido con la licitación del paseo marítimo?

—Sí, lo creo. Ya estamos llegando a tu casa. Seguiremos hablando en cuanto lleguemos.

A Miranda no le gustaba que Tara y Astrid se autoinvitaran sin avisar. Era una señal más de que todo el mundo sabía que no tenía vida más allá del trabajo y el bebé. De todas maneras, daba igual, porque a ella le encantaba tener gente en casa. Y Tara y Astrid se habían convertido en amigas de confianza, a pesar de lo poco convencional de su relación.

Miranda entró en la casa. Nunca se acostumbraría a lo grande y vacía que la sentía ahora que Johnathan se había ido. Dos mil metros cuadrados era un espacio exagerado para dos personas, y mucho más para una sola, pero no se atrevía a desprenderse de su hogar. No solo tenía unas vistas impresionantes del Pacífico, sino que Miranda había decorado con esmero cada rincón. Aquella casa la reconfortaba en sus días más tristes. La hacía mirar hacia delante, centrándose en cosas buenas y proponiéndose pequeños hitos planificando cosas como la celebración de Acción de Gracias, la Navidad y, después de eso, la llegada de su niña.

Miranda metió tres raciones de raviolis a calentar en el horno. Tara y Astrid llegaron unos minutos después.

—Pasad. —Miranda se hizo a un lado y las dos mujeres entraron en el vestíbulo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Va todo bien? —Astrid fue la primera en saludar a Miranda con un abrazo. Siempre se mostraba entusiasmada con el bebé que venía en camino, a pesar de todo lo que había sufrido durante años por no poder quedarse embarazada de Johnathan. Ahora que estaba prometida con Clay, el hermano de Miranda, se preguntaba si seguirían

adelante con la fecundación in vitro o si Astrid se conformaría con ejercer de madre de Delia, la hija de Clay.

—Tengo hambre todo el rato. —Miranda les hizo señas para que atravesaran el amplio salón y llegaran a la cocina, donde el aroma celestial de los raviolis perfumaba el ambiente—. La comida estará lista en unos quince minutos. ¿Puedo ofreceros una copa de Chablis mientras tanto? —Miranda sacó una botella de la vinoteca que tenía en la isla central.

—Me encantaría, gracias —dijo Astrid mientras se acomodaba en uno de los taburetes.

—A mí también. Pero me gustaría abordar el tema de Andrew de inmediato. —Tara tomó asiento junto a Astrid.

—Bien. Dispara —respondió Miranda mientras descorchaba la botella.

—Ha vuelto a la ciudad. Un amigo lo ha visto en el Grant del centro. No podemos quedarnos de brazos cruzados y esperar a ver qué es lo que hace ahora —insistió Tara. A continuación, recordó a Miranda las malas acciones que estaban seguras que había cometido, incluyendo la transmisión de información errónea sobre las especificaciones del proyecto al equipo de Sterling por parte de alguien que supuestamente era del ayuntamiento—. Tenemos que pasar a la ofensiva.

Miranda sirvió dos copas de vino, luchando contra la frustración que sentía en aquel momento. Tal vez Andrew no fuera perfecto, pero no le parecía el demonio que todos los demás creían que era.

—No veo dónde entro yo en todo esto. Ni siquiera trabajo en Sterling.

—Exactamente por eso eres la candidata perfecta. No sospechará de ti —dijo Tara.

—Además, tú tienes mejor relación con él. Las demás no le conocemos bien —añadió Astrid.

Miranda tampoco conocía muy bien a Andrew. Él nunca había formado parte de la vida de Johnathan durante su matrimonio. Pero le gustaba pensar que sabía juzgar a las personas, y una parte de ella le decía que se estaban equivocando con él.

—¿Qué tenéis en mente?

—Que le llames para quedar con él y que intentes averiguar en qué anda metido.

—Me dijo que me llamaría si volvía a la ciudad —dijo Miranda—. No lo ha hecho. Tal vez haya una razón. Quizá no quiera verme. —No sabía por qué le molestaba tanto ese pensamiento.

—O tal vez se está centrando en su plan. El ayuntamiento adjudicará el contrato del paseo dentro de unas semanas. Si está intentando entrometerse, tiene que actuar ahora.

Miranda negó con la cabeza.

—Habéis perdido la cabeza. Realmente no lo veo.

—Quizá no quieras verlo —dijo Astrid, deslizando la mano por el mostrador hasta que sus dedos rozaron los de Miranda—. Yo tampoco quería creerlo, pero todas las pruebas apuntan en esa dirección. Sé que es difícil. Es el hermano del hombre que todas amábamos.

Miranda respiró hondo. Por lo que a ella respectaba, era una razón para darle a Andrew el beneficio de la duda. ¿Pero estaba siendo ingenua? Johnathan le había contado algunas cosas malas que Andrew había hecho. Actos vengativos y crueles. Por supuesto, Miranda estaba segura de que Johnathan siempre había respondido a cada ataque malintencionado con uno de los suyos. No era el tipo de hombre que recibiera golpes sin devolverlos.

Pasara lo que pasara, Miranda quería zanjar el tema. Si Andrew era inocente, quería poder decirlo con certeza. En última instancia, quería que su hijo conociera a su familia lo más posible. Miranda y su hermano Clay no tenían recuerdos de su padre. Ella no podía evitarle ese dolor a su hija, pero tal vez suavizaría el golpe si pudiera tener una relación con su tío.

—De acuerdo. Lo llamaré.

—¿Lo harás? —Tara había pensado que se mostraría más reacia.

—Sí. Me gustaría zanjar esta cuestión para que todos podamos seguir adelante. —Miranda agarró su teléfono de la isla central y buscó el número de Andrew.

Él contestó al cabo de unos segundos.

—¿Miranda?

Esta sintió un cosquilleo en la espalda al oír la voz de Andrew. Debían de ser las hormonas del embarazo. Se apartó de Tara y Astrid, poniendo un poco de distancia.

—Andrew, hola. ¿Cómo estás?

—Todo bien. ¿Y tú? Me sorprende tu llamada. —Su voz era cálida y relajante, como el baño que ella deseaba darse.

Miranda cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Sabía que lo que estaba a punto de decir podía hacerla parecer una acosadora.

—Me he enterado de que estás en la ciudad.

Había tanto silencio al otro lado de la línea que Miranda estuvo a punto de preguntarse si se había cortado la conexión.

—¿Quién te ha dicho eso? —Su tono era frío y cortante, y ya no parecía tan reconfortante como antes.

Tuvo que buscarse una excusa. No podía decir que habían sido Tara y Astrid.

—Tengo una amiga que te vio. Es algo cotilla. Creo que supuso que tú y yo estaríamos viéndonos —soltó Miranda, sin saber cómo había sonado eso.

—Estoy en la ciudad por negocios. Pensaba llamarte si tenía tiempo libre.

—Por supuesto. —Miranda miró por encima del hombro a Tara y Astrid, que estaban sentadas en el borde de sus asientos, pendientes de cada una de sus palabras. Se sentía presionada, más teniendo en cuenta que esperaban que sacara algo en claro—. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

Andrew carraspeó, haciendo evidente que ella le había puesto en un aprieto.

—No mucho.

—¿Te gustaría quedar para cenar? —Era la invitación lógica. Ella no dejaba de pensar en comida, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana—. Un hombre tiene que comer, ¿verdad?

—Supongo.

—Hace poco rediseñé por completo un asador de Harbor Island. Tiene unas vistas impresionantes de la bahía. Aún no he tenido ocasión de ver el restaurante de noche.

—Suena bien.

Algo en el tono de Andrew hizo que Miranda se preguntara si lo veía como una obligación. ¿Tendrían razón Tara y Astrid? ¿Se estaba engañando a sí misma con Andrew? Estaba a punto de averiguarlo.

—¿Qué tal mañana por la noche? ¿Nos vemos allí a las siete?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Dos

Miranda se acercó al aparcamiento de Harbor Prime con un nudo en el estómago. Llevaba nerviosa desde que había hablado con Andrew. Se sentía como una funambulista haciendo su número más peligroso sin red. Tara y Astrid pretendían que Andrew respondiera a una serie de preguntas difíciles, mientras que Miranda quería seguir forjando una relación auténtica con él. Las dos cosas eran diametralmente opuestas. No tenía ni idea de cómo lo iba a hacer, pero de algo estaba segura: tenía que satisfacer los intereses de todos.

Entró en el local, sumamente complacida con lo bien que había quedado la reforma. A Miranda no le gustaba presumir de sus habilidades como interiorista, pero podía reconocer que había hecho un trabajo excepcional en Harbor Prime. Las vigas de madera que se entrecruzaban en el techo, ahora teñidas de ébano, acentuaban la arquitectura isleña del edificio. Las sillas que rodeaban las mesas estaban tapizadas con una preciosa tela de estampado botánico en tonos marrón y verde, lo que aportaba un toque de sofisticación al ambiente. Pero lo más impresionante del restaurante no era obra de Miranda: lo que se veía desde allí. A lo largo de toda la pared del fondo había ventanales que enmarcaban la magnífica vista nocturna de la bahía y el horizonte de la ciudad.

—Señora Sterling. —La recepcionista del restaurante salió de detrás de su puesto para estrechar la mano de Miranda—. Es un placer tenerla con nosotros esta noche.

—Me alegro de haber venido. Se ve muy distinto. —Miranda escudriñó el comedor, pero no vio a Andrew.

—Les hemos preparado una mesa con una vista excepcional.

—Creo que mi cita para cenar aún no ha llegado. —Miranda se sentía tonta refiriéndose a Andrew de esa manera, pero era lo primero que había salido de su boca.

—En realidad, el señor Sterling llegó hace diez minutos. Me adelanté y lo senté en su mesa. —La recepcionista extendió el brazo invitándola a pasar—. Por aquí.

Miranda la siguió a través del comedor, que bullía de música, aromas celestiales y el parloteo de los felices comensales. Cuando rodearon las mesas que había en el centro de la sala, Miranda lo vio de perfil mirando hacia el agua. Sintió una oleada de excitación que no calmó sus nervios. ¿Por qué se sentía así? ¿Las hormonas del embarazo? O tal vez era su corazón, que le recordaba que él estaba tan ligado al hombre que había amado y perdido.

Andrew se volvió y sus intensos ojos se clavaron en ella mientras dibujaba una tímida sonrisa. Se levantó de su asiento y abrió los brazos para recibirla, algo que ella aceptó con agrado.

—Miranda, me alegro de verte —murmuró entre sus cabellos. Su abrazo era cálido y reconfortante, y había una parte de ella que le hubiera gustado permanecer así durante horas. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien.

—Yo también me alegro de verte.

Andrew la soltó y dio un paso atrás, observando su barriga.

—El bebé ha crecido desde la última vez que te vi.

Miranda resistió el impulso de pasarse las manos por el vientre. Aún no se le notaba mucho y no le gustaba la idea de fijarse en los cambios de su cuerpo. Ser viuda ya era una posición vulnerable, y el hecho de estar embarazada la hacía aún más vulnerable.

—Voy todavía por la mitad…

—El embarazo te sienta bien. Estás estupenda. —Andrew se colocó detrás de su silla y se la acercó.

Miranda agradeció el gesto caballeroso y sus amables palabras más de lo que él hubiera podido imaginar.

—La amabilidad siempre abre puertas.

—Lo tendré en cuenta. —Andrew acentuó el final de la frase arqueando una ceja y se sentó frente a ella—. Mientras esperaba le pedí al camarero un poco de agua —comentó señalando una jarra que había sobre la mesa—. No sé si estará filtrada, así que quizá deberíamos pedir algo embotellado. Sé que las embarazadas tienen que vigilar cada pequeña cosa que comen o beben.

Era tan considerado. Miranda no sabía cómo podían sospechar que estuviera detrás del boicot a Sterling Enterprises.

—No creo que haya problema, pero gracias igualmente. —Miranda bebió un sorbo y su nerviosismo desapareció. Lo miró con atención y sonrió. No podía evitar fijarse en lo mucho que se parecía a su hermano y en lo mucho que se diferenciaban. Andrew era muy guapo, como Johnathan, con el pelo castaño despeinado, pero sus ojos eran de un tono azul verdoso mucho más complejo. Su barba era más pronunciada, sin llegar a ser una barba propiamente dicha. La mayor diferencia era que Andrew tenía un comportamiento mucho más introvertido. Nada en sus modales sugería que necesitara ser el centro de atención o que lo quisiera así. Johnathan, por el contrario, siempre había insistido en que todos giraran en torno a él.

Apareció el camarero y tomó nota de sus bebidas: un zumo de arándanos con soda para Miranda y un bourbon solo de la marca Michter's para Andrew.

—¿No lo bebes con hielo? —preguntó Miranda.

—Este no. Es un lote pequeño. Demasiado delicioso para aguarlo.

—Ya veo.

La mirada de Andrew se posó en el rostro de Miranda y, por un momento, ella se atrevió a devolvérsela, aunque solo fuera para escudriñar en la oscuridad de sus ojos, esperando pistas sobre quién era realmente o qué quería. Johnathan le había contado muchas historias, ninguna de las cuales arrojaba una luz positiva sobre Andrew. Allí sentados, los dos solos, era difícil imaginarlo haciendo algo malvado o turbio. Pero Miranda interrumpió el encuentro visual que compartían cuando empezó a sentirse nerviosa de nuevo. Volvió su atención al agua, justo cuando el camarero les traía las bebidas.

—Salud —ofreció Andrew, levantando su copa.

—Por la familia. —Su brindis le hizo querer dejar de lado la verdadera naturaleza de su visita. Aquel debería ser un momento para construir el vínculo entre ellos, no para extraer información.

Él cerró los ojos un instante mientras disfrutaba de su bourbon, luego lo movió en su vaso y volvió a mirarla con tal intensidad que la hizo sentir como si estuviera bajo un microscopio. Tuvo que preguntarse qué veía él cuando la miraba. ¿Acaso una amiga? ¿O simplemente la mujer de su hermano y, por lo tanto, una obligación? El hecho de que no la hubiera

llamado para avisarle de que estaba en la ciudad parecía indicar que ella era algo secundario. Y tampoco podía ignorar que él había dudado en aceptar su invitación.

Andrew abrió la carta.

—¿Alguna sugerencia?

Miranda regresó al momento presente y pensó de nuevo en su tema recurrente de los últimos tiempos: la comida.

—Está todo delicioso. Tienen una ensalada excelente para empezar y traen panecillos calientes a la mesa. Además, los filetes son increíbles y los hacen como quieras. Es imposible equivocarse.

—Para mí está bien —dijo, cerrando la carta—. ¿Ya te has decidido? Deberíamos pedir.

—¿Tienes prisa?

—Tengo algunos asuntos que atender esta noche.

Eso le pareció extraño, pero no era quién para opinar.

—No hay problema. Para mí lo fundamental ahora es cenar. —Una risa entrecortada salió de sus labios—. Últimamente mis vicios son dos: comer y dormir. Por ese orden.

—Puedo encargarme de uno de tus vicios —dijo haciendo una señal al camarero—. Mi hermano no está aquí para hacerlo…

Se hizo el silencio entre ellos, aunque seguía habiendo ruido en el restaurante.

Miranda se sentía a la deriva, sola. Era una sensación que se repetía desde la muerte de Johnathan, pero esperaba no tener que vivir con ella para siempre.

Andrew extendió la mano derecha hacia la izquierda de Miranda, que estaba apoyada en la mesa. La cálida palma de su mano cubrió la de Miranda.

—Perdóname. No debí decir eso. Fue increíblemente insensible.

—Andrew. —No pasa nada—. Mi pérdida es tu pérdida. No hay forma de evitarlo.

El camarero llegó a la mesa.

—¿Saben ya lo que van a tomar?

Andrew bajó ligeramente la cabeza, buscando la aprobación de Miranda.

—¿Lo sabes?

—Sí, por supuesto. —Pidió y se le hizo la boca agua al pensar en la comida que le esperaba. Después lo hizo Andrew.

—Perfecto —dijo el camarero—. Ahora mismo se lo pongo.

Volvieron a quedarse solos, y los nervios de Miranda regresaron. Quería que el malestar desapareciera para que pudieran disfrutar de su cena juntos. Pero tenía que seguir adelante con el verdadero motivo de la cita. No estaba segura de cómo empezar, aunque tenía claro que debía ser directa.

—Ahora que podemos charlar en persona, hay algo sobre lo que tengo curiosidad. —Se removió en su asiento, luchando por pronunciar la pregunta que tenía que hacer—. ¿Has vuelto a la ciudad porque te interesa el proyecto del paseo marítimo?

El bourbon Michter's de veinte años estaba hecho para saborearlo con calma. Aun así, Andrew consideró la posibilidad de tomárselo de un trago, aunque solo fuera para quitarse el nerviosismo y calcular su siguiente movimiento. Por desgracia, la pregunta de Miranda lo puso en un terreno inestable, mientras que su belleza fue una distracción que lo hizo perder el equilibrio. Sus cálidos ojos marrones eran hipnotizantes. Su cabello oscuro y brillante enmarcaba suavemente su rostro impecable y caía sobre sus hombros en una deliciosa cascada. No era de extrañar que Johnathan se sintiera atraído por ella. Era imposible apartar la mirada. Y, sin embargo, Andrew tuvo que hacerlo. No era suya para admirarla.

No podía ignorar lo que ella le había preguntado y no tenía por qué sorprenderse de que lo hubiera descubierto. Ella le parecía increíblemente inteligente y, al parecer, estaba muy involucrada en los negocios de Sterling Enterprises ahora que tenía una participación directa. Por un lado quería ocultar lo que había hecho hasta que tuviera la oportunidad de solucionarlo todo. Pero también estaba agotado de vivir bajo la culpa de los secretos.

—¿Cuánto sabes? —preguntó, ganando más tiempo.

—¿Cuánto quieres contarme?

Andrew podría estar allí durante horas, explicando cada pequeño detalle que había sucedido entre Johnathan y él y que, en última instancia,

le había llevado a tomar la decisión de perjudicar a Sterling. Pero eso sería demasiado.

—Tenía verdadero interés en que Johnathan no consiguiera el proyecto del paseo marítimo.

—Ya veo. —Dio un sorbo a su bebida y pasó sus finos dedos por la base del vaso, luego lo dejó de nuevo sobre la mesa—. ¿Eso quiere decir que tuviste un papel activo para evitar que lo consiguiera?

—Sí. Así fue.

Inspiró por la nariz y su mandíbula se tensó. No parecía una mujer que pudiera montar una escena, pero era una posibilidad muy factible.

—¿Por qué ibas a hacer eso a tu propio hermano? —La voz le tembló un poco, pero mantuvo una postura firme.

—Seguro que te habló de nuestra relación y que no nos llevábamos bien.

—Algo me contó. Me dijo que eras una persona que siempre tenía dobles intenciones, cosa que realmente no quise creer cuando por fin nos conocimos y tuvimos la oportunidad de hablar.

Le desconcertaba que ella le concediera el beneficio de la duda. Nadie lo hacía. Ni siquiera él lo hacía por sí mismo.

—Pero es verdad. He hecho cosas malas.

—Te he estado defendiendo en Sterling. Por favor, no me digas que cometí un error.

Así que Miranda no era la única que sospechaba que había estado buscando el modo de perjudicarles en el proyecto del puerto.

—Nunca te di ninguna razón para que confiaras en mí.

—Eso no es verdad. Tuvimos una conversación esclarecedora la noche que viniste a verme, unas semanas después de la muerte de Johnathan. No sabía qué esperar, pero estabas realmente destrozado por su muerte.

Los recuerdos de aquella noche, la primera vez que Miranda y él se vieron, inundaron su cerebro. Poco más había pensado desde entonces. Había ido a casa de Miranda esperando lo peor: gritos y alaridos y la posibilidad de que lo echaran. Después de todo, había hecho lo impensable y no había asistido al funeral de su propio hermano. No estaba dispuesto a

enfrentarse a su pasado ni a la realidad de que la persona que había consumido gran parte de su vida, su hermano, había muerto.

Sin embargo, al final, llevado por la culpa, decidió visitar a Miranda. Aquella noche se dio cuenta de que estaba embarazada y que llevaba en su vientre a un niño inocente que nunca tendría la oportunidad de conocer a su padre. En ese momento, comprendió que no podía seguir adelante con su plan, ya que eso dañaría directamente a su propio sobrino.

—Lo oí en tu voz la noche que nos vimos cuando hablabas de Johnathan —continuó Miranda—. Pasara lo que pasara entre vosotros, creo que os queríais. Lo sé. Es lo único que me importa.

¿Era realmente cierto? Andrew no estaba seguro. Lo único cierto era que la situación con Victor lo tenía en alerta máxima, por eso no dejaba de controlar a un hombre que estaba en la barra del bar y que les había dirigido la mirada un par de veces.

—Siento mis intenciones iniciales. Tenía mis razones, pero nada de eso importa ahora. —Se recostó en su asiento y dio otro generoso sorbo a su bourbon—. Si pudiera empezar desde el principio, jamás hubiera buscado perjudicarle.

Miranda respiró hondo, como si estuviera repasando todo lo que acababa de decir. Mientras tanto, les trajeron las ensaladas y los panecillos recién hechos. Abrió el pan y le untó un poco de mantequilla. Le dio un bocado y se lamió el labio inferior, donde había quedado un poco de mantequilla. La visión dejó boquiabierto a Andrew. Era seductora. Y él no debía mirarla de esa forma.

—Gracias a Dios que hay comida. Esta conversación me está poniendo ansiosa. —Miranda se limpió la boca con una servilleta.

De hecho, los panecillos estaban calientes y reconfortaban el estómago.

—Estoy de acuerdo.

—Mira, no estoy intentando que me cuentes todo sobre tus problemas con Johnathan. Es obvio que no es algo de lo que quieras hablar, y tampoco él está aquí para replicar nada de lo que digas. Creo que lo más justo para ti, y para él, es que lo dejemos estar. Pero solo te pido una cosa. Que pares.

—Quiero hacerlo, pero no es tan sencillo. —De nuevo, el hombre de la barra les dirigió otra mirada. Tuvo la tentación de preguntarle a Miranda

si le conocía, pero no quería llamar la atención sobre lo que podría ser un problema. Si las cosas se ponían feas, él la mantendría a salvo.

—Yo creo que es muy sencillo. Eres el único pariente biológico del bebé por parte de padre. Ella querrá tenerte cerca.

—¿Ella?

—Sí. —Una sonrisa se dibujó en su impresionante rostro—. Es niña.

Con cada minuto que pasaba con Miranda, las malas acciones de Andrew se hacían más evidentes. En su mente podía ver a su futura sobrina. Era impensable hacerle daño. Y ahí estaba su madre, con motivos para estar enfadada con él, invitándolo a su vida. La idea le dejó sin aliento.

—Por eso estoy aquí en San Diego. Para detener el plan inicial. —«Tengo que hacerlo».

Miranda le miró con los ojos entrecerrados.

—Entonces, hazlo.

Sus entrantes habían llegado, pero Andrew ya no tenía mucho apetito.

—Tenía un compañero. Un hombre llamado Victor. Tienes que entender que Johnathan tenía muchos enemigos, y Victor ocuparía las primeras posiciones de esa lista. Cuando se lo comenté, no dudó en participar. Pero después de la muerte de Johnathan, le dije a Victor que teníamos que parar. Desafortunadamente, no estuvo de acuerdo. Así que ahora se ha vuelto rebelde y tengo que convencerle de que pare.

El rostro de Miranda se nubló de confusión.

—Si está aquí en San Diego, deberías dejarme hablar con él. Puedo ser bastante persuasiva.

Andrew no tenía ninguna duda al respecto. Pero, en el caso de Victor, no iba a ser tan sencillo.

—Soy el único que puede detenerlo. —Andrew volvió a percatarse de que el hombre miraba en su dirección. Era imposible que fuera un cliente más.

—Eso suena como algo que Johnathan diría. Deberías dejar que te ayude. Esto también me incumbe.

—Por favor. Miranda. Es algo entre Victor y yo. —«Y el fantasma de tu marido muerto»—. Puede que requiera algunas concesiones, pero lo haré. Te lo prometo.

Miranda negó con la cabeza mientras disfrutaba de un bocado de su filete.

—Nunca entenderé los tejemanejes de los hombres en los negocios, sobre todo cuando se llega a ser tan rico como tú. Nunca es suficiente.

Ella tenía tanta razón. Si tan solo hubiera tenido una Miranda en su vida para guiarlo. Las cosas podrían haber sido diferentes. Pero el amor no había llamado a las puertas de Andrew. Por el contrario, las puertas de Johnathan no dejaban de abrirse y cerrarse.

—Somos ridículos, ¿verdad? Siempre queremos más y más. Y nos molesta la competencia.

Miranda le señaló con el tenedor.

—Exacto. Así era Johnathan. Siempre en busca de su siguiente presa. Disfrutaba demasiado golpeando a los demás.

Andrew lo sabía muy bien. Había estado en el otro lado demasiadas veces.

—Mi hermano era muy bueno en eso. Es difícil parar cuando algo se te da muy bien.

Miranda se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Aun así no entiendo la necesidad de ser cruel.

—Por supuesto que no. Tú tienes un corazón generoso. Te agradezco que quieras que forme parte de tu vida y de la del bebé. Significa más para mí de lo que crees.

—La familia es muy importante para mí, y no tengo mucha. Tengo que aferrarme a todos los que pueda.

Era tan hermosa y pura de corazón. No estaba seguro de merecer sentarse a la misma mesa con ella, y mucho menos formar parte de su vida.

—Te comprendo. Estoy en una situación similar.

—Bien. Lo que significa que tú y yo tenemos que permanecer juntos. Y eso empieza ahora mismo. No deberías quedarte en un hotel. No está bien. La familia se queda con la familia. Deberías quedarte conmigo.

El pulso se le aceleró y le retumbó en los oídos. No tenía por qué acercarse físicamente a Miranda. Ella solo lo distraería de la tarea que tenía entre manos.

—No. Gracias.

—¿Me estás rechazando?

«Te mantengo a salvo».

—No quiero ser una molestia.

—No es ningún problema. Siempre estoy sola en esa gran casa vacía. Me harías un favor. Sería tan agradable tener a alguien más allí.

Andrew buscó otro argumento que esgrimir. Ya estaba luchando contra una atracción equivocada. Pasar más tiempo con Miranda solo empeoraría las cosas.

Su camarero apareció en la mesa.

—¿Está todo de su agrado?

—Todo perfecto… No he dejado nada, ¿verdad? —preguntó Miranda, y luego señaló el plato de Andrew, que aún estaba medio lleno—. ¿Tú vas bien?

—Sí —dijo Andrew—. Pero soy de los que come poco cuando habla.

—Tengo un trozo de pastel de Misisipi que saldrá de la cocina para ustedes en un momento —dijo el camarero—. Lo ha mandado el caballero de la barra. —Se giró en esa dirección, pero luego puso cara de contrariedad—. Oh. Supongo que se fue.

—¿Te suena haber visto a algún conocido? —preguntó Andrew a Miranda, esperando desesperadamente que la respuesta fuera afirmativa.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que no. Pero el postre suena bien.

A Andrew se le erizó el vello de la nuca. Había sospechado de aquel hombre. ¿Era esa la forma que tenía Victor de hacerle saber a Andrew que estaba cerca? Pero no iba a dejar entrever sus sospechas delante de Miranda.

—Así es.

El camarero se marchó y Andrew aprovechó para terminarse el bourbon. Tuvo que recordarse a sí mismo que podía manejar aquella

situación. Podía ocuparse de Victor. ¿Por qué estaba tan nervioso? Probablemente por la mujer embarazada que estaba sentada frente a él.

—¿Y bien? ¿Qué te parece mi oferta? ¿Vienes a quedarte en casa? —preguntó Miranda.

Andrew sabía que no era una buena idea. Ya cargaba con una culpa insoportable por el plan que había puesto en marcha. Tener que luchar contra la atracción que sentía por la mujer de su hermano muerto solo iba a complicar aún más las cosas. Pero tenía que protegerla.

—Suena genial. Acepto encantado la invitación.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Tres

—¿Mudarse? ¿Contigo? ¿A tu casa? —le preguntó Tara a Miranda, con la voz retumbando en la línea telefónica.

Miranda se estremeció ante la retahíla de preguntas. Todo en ellas era malo. El tono. El contenido. El volumen.

—No se va a mudar. Viene a quedarse conmigo unas noches. La gente hace eso, ya sabes. Las familias. —Miranda miró por la ventana, esperando la llegada de Andrew.

—No es tu familia.

—¿De qué estás hablando? Es el hermano de Johnathan. Estará biológicamente emparentado con mi hijo. Eso es familia. —Corrió la cortina y se dirigió al salón, dejándose caer en una silla.

—La familia está presente. La familia va al funeral cuando alguien fallece.

—Él y Johnathan estaban distanciados. Esas cosas pasan. Podría pasarme toda la vida resentida con Andrew por su error, o puedo dejarlo pasar y seguir adelante con mi vida. Me inclino por lo segundo. Esto no ha sido fácil para mí. —Perder a su marido mientras esperaba un hijo había sido una de las cosas más difíciles que Miranda había tenido que vivir. Era un tira y afloja interminable entre el dolor por lo que se había perdido y la esperanza por el futuro. Tenía que ser optimista. Era la única manera de mantener la cordura.

—Bueno, Grant y yo estamos muy preocupados. —No fue ninguna sorpresa que a Grant, el prometido de Tara, no le gustara la idea. Era el amigo más antiguo de Johnathan—. No solo estás dejando entrar en tu casa al hombre que saboteaba en secreto Sterling Enterprises, sino que ha aceptado tu invitación. ¿Qué busca?

Miranda suspiró. Confiaba en Andrew. Si eso la convertía en una tonta, que así fuera. Al menos podía decir que había intentado tenderle un puente.

—Te lo dije. Está en la ciudad para encontrar a Victor.

—Grant no sabe quién es Victor. Eso parece muy sospechoso. Creo que Andrew está mintiendo.

Miranda no era el tipo de mujer que se convencía a sí misma de cosas que no eran ciertas, pero tenía la impresión de ver en Andrew cualidades que nadie más veía. Tal vez su deber era enseñárselas a los demás.

—Andrew no intentó ocultarme su plan. Lo admitió desde el principio. Y se disculpó. ¿Por qué iba a hacer eso si tuviera motivos ocultos?

—¿Para seguir ocultándote algo?

Miranda ahogó un gruñido de frustración.

—No creo que me haya mentido, ¿de acuerdo? ¿Podemos dejarlo así?

—¿Qué piensa tu hermano?

Clay había mostrado cierta reserva, pero eso era normal en él. Era inmensamente protector con Miranda, igual que lo era con su hija Delia y ahora con su prometida Astrid, la segunda de las esposas Sterling. Al final, Miranda había convencido a Clay de que no tenía nada de qué preocuparse.

—Le parece bien.

—¿En serio? —La incredulidad en la voz de Tara era inconfundible.

—Sí. —Miranda oyó el sonido de la puerta de un coche cerrándose afuera—. Tengo que irme, Tara.

—Espero que sepas que solo estoy siendo pesada porque me preocupo por ti y por el bebé. Eres como una hermana para mí.

Miranda se sentía totalmente atrapada entre las personas que más le importaban: Tara, Clay y Grant, por un lado, y Andrew, por el otro.

—Sé que tu corazón está en el lugar correcto. Debes confiar en que el mío también.

—Por favor, dime que me llamarás si hay algún problema.

—Lo haré. —Terminó la llamada y se levantó de la silla, tomándose su tiempo para caminar hacia la puerta principal. No quería parecer demasiado ansiosa. No estaba segura de cómo debía sentirse ante su llegada. Le entusiasmaba la perspectiva de tener compañía y dejar de estar sola en la casa. Pero no estaba segura de cómo sería su dinámica. Entre las cosas que había dicho Johnathan y la propia experiencia de Miranda, Andrew seguía siendo una incógnita.

Giró el pestillo y abrió la puerta justo cuando Andrew salía de un gran todoterreno negro. No pudo evitar que su corazón diera un vuelco al verle con unos vaqueros oscuros, una camisa de vestir negra remangada y gafas de sol negras. Podía ser un enigma, pero estaba envuelto en un paquete demasiado atractivo. Andrew era más que guapo. Estaba realmente bueno. Irresistible. ¿Tenía que ignorarlo mientras vivieran bajo el mismo techo?

—No esperaba un comité de bienvenida. —Saludó a Miranda con la mano mientras se acercaba a sus escaleras, cargado con una bolsa de viaje de piel marrón.

—No quisiera ser una mala anfitriona. —Se sintió orgullosa de sí misma por hablar, luchando contra su inclinación a morderse el labio inferior.

Andrew le agarró el hombro y se inclinó para besarle la mejilla, dejando tras de sí un calor que irradiaba por todo su cuerpo.

—¿Cómo estás?

«Mareada».

—Bien. ¿Y tú?

—Me alegro de estar fuera del hotel. Te lo aseguro.

—Bien. Adelante. —Miranda respiró hondo y entró. Andrew la siguió y cerró la puerta tras de sí—. Te acompaño a tu habitación para que dejes la maleta y te instales.

—Por supuesto.

Atravesó el amplio vestíbulo central, dejando el salón y la cocina a la izquierda y su despacho a la derecha. Cuando llegaron a las escaleras e iniciaron el ascenso a la segunda planta, se sintió sobrecogida por una mayor conciencia de la presencia de él detrás de ella. A cada paso, se acercaban más a la intimidad y la soledad, donde podía ocurrir cualquier cosa. Aquello desencadenó un conflicto entre su cuerpo y su cerebro.

Andrew la atraía de un modo innegable. Su reacción física inmediata era incuestionable. Pero era el hermano de su difunto marido. No estaba bien que sintiera deseos por él. Era completamente inadecuado. ¿Cómo iba a conciliar la batalla entre sus deseos y lo que era sensato?

«Detente. Estás pensando como Tara». Miranda no iba a dejar que las preocupaciones dominaran su vida. Con un bebé en camino, ya había mucho de qué sentirse insegura. Andrew era un hombre maravilloso, pero estaba fuera de los límites. Había llegado el momento de fortalecer su relación, de acercarse, pero no demasiado.

Al final del pasillo, llegó a una de las tres habitaciones de invitados. A Johnathan siempre le había gustado tener gente cerca, y había habido muchas ocasiones en las que la casa había estado ocupada por amigos de todo el mundo. El estado actual de su casa era inquietante. Estaba demasiado vacía y silenciosa.

—Aquí estarás bien —dijo Miranda, entrando y encendiendo la luz.

—Es perfecta. —Andrew dejó su bolsa junto a la cómoda—. Es espectacular. ¿La decoración fue cosa tuya?

El calor subió a sus mejillas. Estaba orgullosa del trabajo que había hecho en esa habitación. Era la más masculina de todas ellas, con ropa de cama gris marengo y un tratamiento de falso pergamino en la pared de detrás de la cama. Sobre cada una de las mesillas de noche de madera oscura había una espectacular lámpara colgante que pendía del techo de tres metros. El efecto por la noche era impresionante.

—Hice toda la casa.

Andrew dejó sus gafas de sol sobre una de las mesas, se volvió y esbozó una leve sonrisa.

—Estoy realmente impresionado.

Pero si alguien se quedó boquiabierta, fue Miranda. Todo en Andrew era un diluvio para los sentidos: su olor cálido y cítrico, su sonrisa afable y el misterio genuino de sus ojos. Pero se recordó a sí misma que era algo temporal.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también. Te estoy muy agradecido.

—¿Cuánto tiempo crees que te quedarás?

—No demasiado. ¿Unos días? ¿Una semana? Volveré a Seattle en cuanto termine con Victor.

—¿No podrás quedarte para Acción de Gracias? Faltan menos de dos semanas. —Oyó la decepción en su propia voz y supo que tenía que contenerla. No le correspondía a ella poner expectativas en él—. Quiero decir, estaría bien si pudieras estar aquí. Yo soy la anfitriona. Mi hermano estará aquí con Astrid y su hija. También vendrán Grant y Tara.

—Dudo que necesite estar aquí tanto tiempo.

Quizá las vacaciones no eran tan importantes para Andrew como lo eran para Miranda. Ella se aferraba a ellas porque significaban la normalidad que no siempre había tenido en su vida.

—Parece que estás listo para empezar a trabajar. ¿Necesitas un despacho? Podría instalarte en el estudio de Johnathan.

Se aclaró la garganta y su postura se puso rígida.

—No sé si es una buena idea. Estoy seguro de que esa habitación significa mucho para ti.

—Sinceramente, no he puesto un pie allí desde que murió. Seguro que parece una locura, pero no me atrevía a hacerlo. Creo que estaría bien que alguien lo utilizara.

Andrew se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No sé…

Miranda no pretendía obligar a Andrew a hacer algo que no quería, pero también intuía que no había asimilado la muerte de Johnathan. Tal vez eso lo ayudara.

—Vamos. Te lo enseñaré.

—De acuerdo. Eso no me parece mal.

Juntos caminaron hasta el final del pasillo y llegaron al estudio de Johnathan. Miranda no sabía muy bien por qué no se había aventurado a entrar después de que Johnathan se hubiera ido, aparte de su miedo a hundirse en las profundidades de una tristeza de la que nunca podría volver. Había tenido sus días de pasar las manos por la ropa de Johnathan en el armario o de oler su colonia. Hacer esas cosas no la había hecho sentirse mejor y, desde luego, no lo había traído de vuelta. ¿Por qué empeorar las cosas entrando en la habitación donde él había pasado tanto tiempo?

El despacho estaba exactamente como Johnathan lo había dejado: limpio como una patena. No se había dejado ni un trozo de papel. Había un escritorio de caoba que Miranda se había pasado meses buscando, una

antigüedad que pesaba lo indecible, y una colección de planos antiguos de San Diego y el sur de California que le recordaban su amor por la zona. Y, por supuesto, había una pared entera dedicada a su vida profesional: numerosos premios, galardones filantrópicos, portadas de revistas.

—Es un despacho impresionante —dijo Andrew echando un vistazo, sin aventurarse más allá del umbral—. Mi hermano fue un tipo muy afortunado.

—Era un hombre muy competitivo que siempre buscó la perfección en todo. —Miranda entró, esperando que Andrew fuera tras ella, pero él se quedó en la puerta. Podía ver la inquietud en su rostro. ¿Sería porque esa habitación era lo más parecido a un enfrentamiento con su hermano que podría llegar a tener?

—Eso es cierto.

—¿Quieres contarme más sobre lo que pasó entre vosotros dos? ¿O vas a seguir esquivándolo, como hizo Johnathan?

Antes de responder a la pregunta, Andrew tuvo que recordar la razón por la que había vuelto a la ciudad y se encontraba ahora en casa de Miranda. Estaba allí para mantenerla a salvo y aprovechar la oportunidad que ella le había brindado de formar parte de su vida y de la de su hija. Era una propuesta delicada y no iba a estropearla. Quería estar más cerca de Miranda. Pero era la viuda de su hermano, y si había una mujer a la que debía considerar fuera de sus límites, esa era ella. Jamás se pondría en el lugar de su hermano.

Aun así, se había dejado llevar por la dulce disposición de Miranda nada más cruzar la puerta y ahora tenía que lidiar con ella mientras se enfrentaba a una presencia incómoda: el espectro de su hermano. Estaba a su alrededor, toda la habitación era un testimonio de sus logros y de las muchas formas en que había triunfado, con Miranda en el centro de todo.

—Estás a punto de tener su bebé, Miranda. Fuiste su esposa. No quiero que mi experiencia influya en la tuya. No es justo para él. Y tampoco es justo para mí, para ser honesto. Él lo hacía todo bien y yo solía cometer errores.

—No era perfecto. Sería un error tenerlo en un pedestal.

Seguía sin estar convencido.

—Hablar mal de los muertos nunca es una buena idea.

—Entiendo lo que dices, pero he aprendido cosas desde que murió que fueron un shock total para mí. —Sus ojos iban de un lado a otro como si buscara algo, pero al final pareció atar cabos—. Espera un momento. Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad? El secreto que me ocultó.

—No. No sé nada.

—Pero tú fuiste quien lo destapó… El correo electrónico que recibí. El Departamento de Informática de Sterling Enterprises lo rastreó hasta tu empresa. Todo era parte del plan para interrumpir el negocio en Sterling, ¿no? —Al igual que en la cena de la noche anterior, estaba cada vez más alterada. Se sentía acalorada y sus ojos mostraban un dolor que él no acababa de comprender.

—Yo no envié ningún correo, Miranda. Sinceramente, no tengo ni idea de a qué te refieres.

—Recibí un mensaje de la cuenta de trabajo de Johnathan. Decía que se había acostado con Astrid, su segunda mujer, después de que él y yo nos prometiéramos. Estaba escrito como si viniera de Johnathan, pero esa parte era solo una broma cruel. Por desgracia, Astrid confirmó que todo era cierto. Creo que la información la filtró una mujer llamada Sandy, que trabajaba en Sterling. Si no lo sabes, ¿significa que está conectada con Victor?

Andrew sintió que se le helaba la sangre en las venas. Su hermano había traicionado a Miranda, pero la noticia se la había dado Victor, haciendo uso de sus malas artes. Andrew tenía una cosa muy clara: su verdadera lealtad debía ser hacia Miranda. Ella era la persona que más tenía que perder, la más lastimada.

—Lamento mucho que Johnathan te haya engañado. Lo desconocía. —No le agradaba ver esa grieta en la fachada perfecta de su hermano.

—No hay nada que pueda hacer al respecto. Lo hecho, hecho está. Lo he aceptado —dijo rodeándose la cintura con los brazos, como si quisiera protegerse del mundo.

—Sigue siendo una traición terrible.

—Lo es, pero también muestra que tu hermano no era perfecto.

Andrew suspiró y por fin se atrevió a entrar en la habitación. Se sentía un poco como si se enfrentara al espíritu de su hermano, pero en ese momento la tarea más importante de Andrew era consolar a Miranda. La estrechó entre sus brazos y la apretó con fuerza.

—Ahora no se trata de mí.

—¿Así que tú no tuviste nada que ver con el correo electrónico?

—No. —Se apartó un poco y miró su rostro perfecto. Tenía los ojos llorosos, como si estuviera a punto de llorar—. Pero sí contraté a la mujer que filtró la información: Sandy. Se puso a trabajar para Victor cuando decidí detener el plan.

—¿Y cuál fue su papel en todo esto?

—Ella era el topo dentro de Sterling.

—Fue contratada como la nueva asistente de Johnathan. La metiste en la boca del lobo.

—Fue un golpe de suerte. Podría haber ido de otra manera. El plan siempre fue tener a alguien allí para interferir en la oferta de Sterling para reurbanizar el paseo marítimo. Estaba allí para provocar fallos.

—¿Por qué ese proyecto? Por lo que sé, hay muchos acuerdos con beneficios mucho mayores.

Andrew no iba a responder a su pregunta por completo, pero al menos podía enseñarle un trozo del cuadro.

—Era importante para mí, y por lo tanto también lo era para Johnathan. El hecho de que dé tan pocos beneficios solo parece demostrar que lo persiguió por motivos personales. No solo para clavarme un cuchillo en la espalda, sino para retorcerlo.

—¿Tan importante era el paseo marítimo para vosotros?

—Es un símbolo de la ciudad. Allí es donde crecimos y donde ambos intentamos hacernos una vida. Johnathan consiguió construir un imperio allí. Yo no. —Andrew paró. No quería abrir su propio corazón delante de ella—. Johnathan y yo estuvimos toda la vida jugando a ser el señor del castillo.

Miranda negó lentamente con la cabeza, insatisfecha con su respuesta.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me lo estás contando todo? ¿Sabes de alguna vez que se comportara de un modo vengativo?

Apretó los labios como si tuviera que pensárselo mucho.

—No hacia mí, pero he oído historias.

—Algunas de esas historias eran ciertas. Por eso Victor sigue con el plan. Él y Johnathan acabaron mal en un negocio. Victor siente que se

llevó la peor parte de la pérdida. No le importa en absoluto el proyecto del paseo, pero sí dañar la reputación de Sterling y sabotear la empresa.

—Pero Johnathan se ha ido. Solo hará daño a gente inocente.

Miranda lo veía tan claro, pero para Andrew no había sido tan sencillo. Incluso en el shock de la muerte de Johnathan, había estado cegado por los recuerdos de su hermano, toda una vida de conflictos que habían moldeado casi todas las circunstancias de la existencia de Andrew.

—Lo sé. Lo sé. Tienes razón. Pero no se le puede decir eso a Victor. —Solo con pensarlo le entraron aún más ganas de arreglar el desaguisado que había montado. Tenía que redoblar sus esfuerzos para llegar a Victor y conseguir que parara.

—Tal vez debería estar agradecida por ello. Te trajo de vuelta a San Diego. No habríamos podido tener este tiempo juntos de otra manera.

¿Qué hacía que Miranda fuera tan confiada y pura de corazón? Andrew no podía imaginarse cómo sería ir así por la vida.

—Esa es una manera muy optimista de ver la situación.

—O tal vez intento agarrarme a un clavo ardiendo.

La idea de que ella se agarrara a él le hacía estar mucho más decidido a solucionar el problema que había creado. No la dejaría con menos de lo que se merecía.

—Debes de tener hambre. ¿Quieres comer algo?

—Ya has hecho mucho. ¿Me dejas cocinar para ti?

Miranda enarcó una ceja.

—¿En serio? Tu hermano no sabía ni encender el fuego.

—Ya te habrás dado cuenta de que somos personas muy diferentes.

—Estoy empezando a ver eso, pero hay similitudes. Lo veo en ti.

Andrew necesitaba seguir diferenciándose. No quería que su identidad y la de su hermano estuvieran demasiado unidas.

—Si no te parece mal, me gustaría centrarme en las diferencias.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Cuatro

Andrew había superado su primera semana viviendo con Miranda sin hacer ninguna estupidez. Era una gran victoria. De día, trabajaba en la casa de ella, utilizando el estudio de Johnathan. Por la noche, pasaban tiempo juntos. Incluso lograron evitar el tema de Johnathan, a pesar de que su hermano era una presencia constante en la casa. Andrew parecía hacer feliz a Miranda preparando la cena todas las noches, y eso, a su vez, lo llenaba de una satisfacción que crecía día a día. Pero sabía que el placer que le producía estar cerca de ella no era bueno en última instancia. No podía permitirse el lujo de acomodarse demasiado. Le esperaba su vida en Seattle, una existencia solitaria, pero en la que los únicos riesgos que corría eran los negocios.

Desgraciadamente, no había conseguido nada con Victor. Había dejado innumerables mensajes. Envió a Pietro a varios lugares de la ciudad donde podría estar, pero estaba muy bien escondido, acechando en algún lugar entre las sombras. Andrew también había intentado localizar a Sandy con un resultado similar. Sospechaba que el dinero era el motivo de su lealtad, y si eso era todo lo que necesitaba para terminar con su implicación, le daría lo que quisiera.

Era viernes por la tarde cuando sonó el timbre de Miranda y Andrew fue a abrir. Un repartidor corpulento esperaba fuera, con un camión aparcado detrás.

—Tengo un paquete para Miranda Sterling. —El hombre le entregó un albarán.

Andrew lo miró. Era de una empresa de muebles, lo cual no tenía mucho sentido. ¿No era más práctico que se lo mandaran a la oficina?

—Antes de firmar, tengo que llamar a la señora Sterling y asegurarme de que sea todo correcto. —¿Y si Victor estaba detrás del envío?

El hombre gruñó.

—Tengo otras entregas que hacer.

—Seguro que sí. Un minuto. —Andrew le dio la espalda y sacó el móvil para llamar a Miranda.

—Hola. ¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí. Solo quería saber si esperabas una entrega de una empresa llamada Bella Furniture.

—Dios mío. Esa es la cuna. Se suponía que no llegaría hasta mediados de diciembre. Sí. Por favor, hazte cargo. —La emoción en su voz era inconfundible, y le dio un impulso que no esperaba.

Acunó el teléfono entre la oreja y el hombro mientras se volvía hacia la puerta principal y firmaba la entrega.

—¿Quiere que lo lleve dentro? —preguntó el conductor.

—Sí, por favor. —Andrew volvió a prestar atención a Miranda, pero vio cómo otro repartidor empezaba a llevar la caja hasta la puerta—. Parece una caja plana. ¿Hay que armarla?

—Así es, pero haré que uno de los chicos de mi almacén venga a casa y lo haga —dijo Miranda.

—No hará falta. Yo lo haré. —Hizo señas a los repartidores para que entraran y arrastraron la caja de gran tamaño hasta el vestíbulo.

—No es necesario. Estás ocupado.

No quería decirle que se sentía completamente inútil desde que no había podido lograr su principal objetivo mientras estuvo en San Diego: detener a Victor.

—Realmente me gustaría hacer esto por ti. Y por el bebé.

—De acuerdo —dijo ella—. Si insistes…

—Insisto. —Se encontró sonriendo. Se sentía tan bien de hacerla feliz.

—Por cierto, Clay irá a casa dentro de un rato. Tiene su propia llave, pero pensé que debía avisarte. Delia, su hija, dejó uno de sus libros favoritos en mi casa la última vez que vinieron. Lleva más de una semana preguntando por él.

—De acuerdo. Estupendo. Estoy deseando conocerle.

—Me alegro. Te veré cuando llegue a casa.

Andrew terminó la llamada, abrumado por la sensación de consuelo que le produjo Miranda. Se recordó a sí mismo que no debía acostumbrarse a aquello. Esa no era su vida.

La caja era demasiado grande para subirla, así que Andrew la abrió y empezó a transportar las piezas escaleras arriba hasta la habitación del bebé. Con cada viaje, pensaba un poco más en lo que le esperaba a Miranda, ya que tendría que criar sola a su hija. Suponía que contaría con la ayuda de su hermano, así que no le faltaría una red de seguridad, pero aun así deseaba que hubiera un lugar para él en medio de todo aquello. Tal vez convendría hacer visitas más regulares. Pero solo si eso era lo que Miranda quería.

Después de seis o siete viajes al piso de arriba, el timbre volvió a sonar. Andrew abrió y se encontró por primera vez cara a cara con Clay.

—Miranda me dijo que probablemente estarías aquí. Clay Morgan. —Clay extendió la mano. Tenía el mismo pelo oscuro que Miranda, pero se comportaba de un modo más decidido.

Andrew estrechó su mano y abrió la puerta de par en par.

—Por favor. Adelante.

—No te estorbaré mucho tiempo. Creo que el libro que busco está en el despacho de Miranda —dijo Clay.

—Puedes quedarte si quieres. Estoy desempaquetando la cuna que Miranda compró para el cuarto del bebé.

—¿De verdad? ¿Puedo ayudarte?

—Claro. Por supuesto. —¿Quién era Andrew para decir que no? Así podría conocer al hermano de Miranda—. Ahí tienes lo que queda. La mayoría ya está arriba.

Entre los dos, subieron las últimas piezas en un solo viaje.

—¿Piensas montarlo?

Andrew observó la pila de piezas, paneles de madera y herrajes.

—Lo creas o no, sí.

—Monté la cuna de mi hija cuando nació, y déjame decirte que es mucho más fácil entre dos.

—¿Seguro que puedes quedarte? No quiero alejarte de tu familia.

Clay consultó su reloj.

—Astrid está en el trabajo y Delia con la niñera. Por lo menos, dispongo de media hora.

—Estupendo. Te lo agradecería.

Clay organizó cuidadosamente las piezas sobre la superficie, mientras que Andrew se puso a leer las instrucciones. Después localizaron en el almacén las herramientas necesarias y se pusieron manos a la obra.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad? —preguntó Clay.

—En principio iba a estar solo unos días, pero lo que quería hacer no está saliendo como yo pensaba.

—¿Te refieres a detener tu plan para acabar con la empresa para la que trabajo?

Vaya. Andrew no se lo esperaba, pero admiró la franqueza de Clay.

—En una palabra, sí. No sé cuánto te ha contado Miranda.

—Ella me dio la información más relevante. Si sirve de algo, aprecio que estés dispuesto a arreglar tu propio desastre. No hay mucha gente así. La mayoría se esconde de sus errores.

Andrew empezaba a pensar que la bondad podía ser congénita en la familia Morgan. Clay parecía tan generoso como su hermana.

—No me des demasiado crédito. Lo estropeé bastante.

—Desconozco el tipo de rivalidad que tenías con Johnathan, pero entiendo lo intensa que puede ser la relación con un hermano. Puedo ver cómo puede motivarte a hacer algunas locuras.

—Quieres mucho a tu hermana, ¿verdad?

Clay miró directamente a Andrew.

—Sí, claro. Por supuesto que sí. Por eso estoy deseando que protejas a Sterling Enterprises de ese tal Victor. Si perjudica a la empresa, también perjudica a Miranda. Y al bebé.

Andrew sintió el peso de la responsabilidad sobre los hombros. No defraudaría a Miranda. No podía.

—No te preocupes. Le he prometido a tu hermana que no dejaré que pase nada malo. Nada de nada.

A Miranda le costó concentrarse después de colgar el teléfono con Andrew. Que se ofreciera a montar la cuna en lugar de hacer otras cosas era demasiado. Una vez más, no veía que él fuera una mala persona, como

parecían pensar los demás. En todo caso, solo encontraba cosas buenas en él.

La inquietud que sentía le duró el resto de la jornada laboral, esperando el momento de salir de la oficina y pasar el fin de semana con Andrew. Sabía que no debía encariñarse, pero no podía evitarlo. Después de su primera semana juntos, estaba claro que no tenían problemas para vivir bajo el mismo techo. Desayunaban juntos todas las mañanas y luego se iba cada uno por su lado, Miranda a su despacho y Andrew al estudio de Johnathan, donde dirigía su empresa promotora desde la distancia, al tiempo que intentaba localizar al escurridizo Victor. Por la noche, volvían a reunirse para la cena, que Andrew insistía en preparar. Le gustaba cocinar. Decía que le relajaba y que le gustaba hacer algo bonito por ella.

Cada minuto que pasaban juntos hacía dudar a Miranda de la opinión que tanta gente parecía tener de Andrew. No era ni conspirador ni vengativo. Incluso le hizo cuestionar la imagen que Johnathan había pintado de su hermano. Tal vez la personalidad de cada uno cambiara por completo cuando tenían que relacionarse, pero era algo que ella nunca sabría. Le entristecía pensar en lo que podría haber sido si los hermanos hubieran encontrado una forma de reconciliarse antes de que uno de ellos desapareciera.

Llegó a casa del trabajo un poco después de las seis de la tarde. El pánico de última hora de uno de sus clientes hizo que saliera más tarde de lo que quería. Justo cuando entró en el garaje, recibió un mensaje de Clay: He conocido a Andrew. Un tío muy majo. ¿Hablamos pronto?

Se sintió aliviada al saber que a alguien más le gustaba Andrew. No se estaba imaginando cosas. Estupendo. Y sí. Tenemos que hablar de Acción de Gracias, respondió Miranda.

Te llamaré este fin de semana, se despidió Clay.

Volvió a meter el teléfono en el bolso y entró.

—¿Hola? —llamó una vez dentro.

—Aquí arriba, en la habitación del bebé —gritó Andrew.

Dejó a un lado el bolso y se apresuró a bajar el pasillo y subir las escaleras. En cuanto llegó al rellano, vio a Andrew, con vaqueros, camiseta y una gran sonrisa, llenando el vano de la habitación. Su aspecto era como para comérselo. Y ella tenía que dejar de verle así. Consideró la posibilidad de convencerle de que se pusiera ropa más holgada, pero no estaba segura

de que eso sirviera de algo. «Disfrútalo mientras puedas. No estará aquí para siempre».

—¿Cómo te va? —preguntó.

—Ya está —anunció con algo más que una pizca de emoción en la voz.

—¿En serio?

—Para ser justos, tu hermano me ayudó.

Ella no podía ignorar la forma en que su camisa se ceñía a sus fuertes hombros y su esculpido pecho.

—Estoy deseando verla. —Intentó echar un vistazo al interior de la habitación del bebé, pero Andrew la detuvo con ambas manos sobre los hombros.

—Espera. Todavía no puedes mirar.

—¿Por qué no? Mi bebé, mi casa, mis reglas.

Andrew sacudió la cabeza con un toque de picardía en los ojos.

—Compláceme. Me gustaría que te sorprendieras de mi duro trabajo.

—Pensé que mi hermano ayudó.

—Bien. Supongo que es nuestro duro trabajo. Ahora cierra los ojos.

Obedeció en el acto, lo que hizo que la expectación por ese momento fuera mucho mayor. Se moría por ver cómo iba a ser la habitación del bebé. Se la había imaginado muchas veces, pero estaba a punto de convertirse en algo mucho más real. Andrew le sujetó un hombro y ella sintió que se movía. Al rato, Andrew le puso la mano en el otro hombro. Estaba de pie detrás de ella, lo bastante cerca para que pudiera sentir el calor de su cuerpo.

—Voy a guiarte. Son solo tres pasos, todo recto. —Su voz era suave junto a su oído, provocándole un cosquilleo en todo el cuerpo.

—De acuerdo. —Ella dio el primer paso y Andrew empezó a contar.

—Uno…

Otros dos pasos.

—Dos… y tres.

—¿Puedo abrir los ojos?

—Sí. Cuando quieras.

Lo hizo despacio, acostumbrándose a la luz de la habitación, y luego, con la misma rapidez, sus ojos se llenaron de lágrimas. Delante estaba la cuna, exactamente en el lugar donde la había imaginado, lo cual era asombroso teniendo en cuenta que no le había dicho a Andrew dónde la quería. Era aún más bonita de lo que recordaba del catálogo, pintada de blanco, con los extremos en forma de trineo y un exquisito tallado en madera en la parte inferior.

—No puedes llorar —le dijo, acercándose a su lado—. Se supone que es un momento feliz.

—Lo es. Estoy contenta. —Oyó la inquietud en su propia voz. La verdad era que todo estaba sucediendo a una velocidad de vértigo, e incluso con su visión del mundo normalmente optimista, era difícil no sentirse abrumada por el peso de lo que tenía por delante. La maternidad era la gran incógnita y ella se dirigía hacia ella.

—Esto es algo bueno, ¿no? Un bebé tiene que tener dónde dormir.

—Por supuesto. Estoy sorprendida, eso es todo. Y las cosas parecen ir tan deprisa. Empiezo a sentirme sobrepasada, solo de pensar en todo lo que tengo que hacer para la guardería y las vacaciones en camino. Es mucho en lo que pensar. —Odiaba descargarse con Andrew. Como si a él le importaran todos sus problemas.

—No quiero que te preocupes. Solo disfruta de este momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Se dio la vuelta y buscó la comodidad de sus brazos. Era una escapatoria tan atractiva que no se cuestionó las repercusiones de lo que significaba esa cercanía física. Él no dudó en rodearla y acercarse a ella. Era tan sólido y firme que ella se sintió segura, como si nada pudiera hacerles daño ni a ella ni al bebé.

Le acarició la espalda lentamente, despertando sentimientos que iban más allá del consuelo. Ella luchó contra sus propios deseos de tocarlo, de que la tocara. Estaban solos en aquella gran casa, con nada menos que todo un fin de semana por delante. Sería tan fácil inclinarse hacia él y besarlo, pero temía su respuesta. ¿Se echaría atrás? ¿La apartaría? ¿Se iría de la ciudad? Había demasiados prejuicios que se interponían entre ellos. Para empezar, una viuda y el hermano de su marido no deberían involucrarse físicamente. Aunque ella lo deseara con todas sus fuerzas.

—Muchas gracias por esto. Es maravilloso. —No lo soltó, apoyó la cabeza en su pecho y enroscó egoístamente los dedos en su musculosa

espalda—. El hecho de que mi hermano te ayudara a montarlo significa mucho para mí. Lo hace todo muy especial.

—Realmente me ha caído muy bien. —Él continuó acariciándole la espalda con sus dedos. La envolvía en un trance, sumiéndola en un sopor tranquilizador donde creía que todo marcharía bien, incluso si se dejaba llevar por sus impulsos.

—Me alegro mucho. Es una persona maravillosa. No sé qué habría hecho sin él a lo largo de los años.

—Él es genial. Pero creo que la verdadera razón por la que me gusta es porque me recuerda a ti.

Por un momento, las palabras de Andrew quedaron flotando en el aire. Al principio, pensó que era natural que le gustara. Claro que le gustaba. Demasiado.

—Muy amable por tu parte.

—Es la verdad, Miranda. Sé que solo llevamos menos de siete días juntos en la misma casa, pero ha sido una de las mejores semanas que recuerdo. Y todo gracias a ti.

—No soy solo yo —dijo ella, levantando por fin la cabeza de su pecho para poder mirarle a los ojos. Su rostro tenía su habitual expresión seria, pero ella vio la vulnerabilidad que aparentemente ocultaba a los demás—. Tú eres la mitad de esta ecuación. Has cocinado para mí esta semana y me has acompañado. Puede parecer una tontería, pero ha significado mucho para mí. Hacía tiempo que no era tan feliz.

—¿Desde antes de que Johnathan falleciera?

Algo en su afirmación le tocó la fibra sensible, y sintió un nudo en el estómago. Sí, ella tenía recuerdos felices de Johnathan, pero no podía recordar simplemente ser feliz en los días que eran normales. Siempre había cierta insatisfacción en Johnathan, una necesidad de tener más de la vida. Tara le había dicho una vez a Miranda que se había sentido así todo el tiempo que había estado casada con Johnathan. Miranda no le había dado mucha importancia, pero ahora lo entendía, solo porque había visto un atisbo de lo que era tener más, aun cuando no hubiera un romance entre ella y Andrew.

—No creo que pueda ponerle una fecha —dijo Miranda, decidiendo que era suficiente información—. Solo sé que ahora soy feliz.

Una sonrisa jugueteó en las comisuras de su tentadora boca. Lo único que deseaba era besarlo en ese momento, o mejor aún, que él la besara a ella. Que le demostrara que la deseaba. No estaba segura de que alguna vez lo hiciera. Quizás fuera solo una fantasía. Y tal vez eso fuera lo mejor. Mantener esas locas ideas suyas escondidas dentro de su cabeza.

—Me alegro mucho. —La agarró por los hombros y apretó los labios contra su cabeza. Fue como una confirmación del papel que desempeñaba en su vida: cuñada o amiga—. Quería decirte que hoy he tomado una decisión mientras hablaba con tu hermano.

—¿Decisión?

—Sí. Habías mencionado Acción de Gracias el día que me mudé y Clay me dijo lo mucho que significa para ti. Ya que las cosas no están del todo resueltas con Victor y Acción de Gracias es la próxima semana, solo quería que supieras que estaré aquí para entonces. Así podré ayudarte con lo que necesites.

Miranda era una mujer afortunada y tenía que estar agradecida por cómo eran las cosas. Eso significaba que debía dejar de desear cosas que nunca sucederían.

—Suena perfecto. Me alegra que decidieras quedarte.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Cinco

El Día de Acción de Gracias nunca había sido importante en la casa de los Sterling. Su padre se había lesionado en el trabajo cuando Johnathan y Andrew eran pequeños, lo que dejó a su madre como única fuente de ingresos. La escasez de dinero y una madre que ya se exigía al máximo significaban que nunca había grandes celebraciones ni grandes comidas. Por lo general, el día de Acción de Gracias significaba hamburguesas envueltas en papel de un autoservicio. Y ahora él era el único que quedaba vivo que recordara algo de todo aquello. Quizá fuera hora de crear nuevos recuerdos, empezando por ese mismo día.

Andrew y Miranda habían pasado la mayor parte de la noche anterior horneando tartas y planeando el menú de Acción de Gracias. Cada minuto que pasaba con ella en aquel hogar le brindaba una felicidad absoluta. Habían forjado un vínculo, sobre todo desde el día en que él armó la cuna con la ayuda de Clay. Pero a Andrew le atormentaba un poco la escena que habían vivido cuando Miranda se arrojó a sus brazos. Era algo que le producía demasiados buenos sentimientos que no estaba seguro de merecer. Quería ceder a las señales que su cuerpo le enviaba, las que le decían que debía besarla. Que debía llevarla al dormitorio y hacerle el amor.

¿Qué le había detenido? La abrumadora presencia de su hermano y la sensación de que no tenía derecho a alguien tan encantadora y dulce como Miranda. Así que le había dado un beso en la cabeza, le había prometido quedarse para Acción de Gracias y se había ido a la cama aquella noche pensando en ella.

—Creo que ya está todo listo —observó Miranda, ajustando uno de los cubiertos de la mesa.

—Absolutamente. Es precioso —dijo Andrew—. Como todo lo que haces. —«Como tú, y punto».

Sonó el timbre y Miranda dio un respingo.

—¡Ya ha llegado alguien! —chilló casi como una niña la mañana de Navidad. Su entusiasmo era contagioso, corrió por el pasillo y Andrew la siguió—. Si Grant y Tara no son amables, ignóralos —dijo antes de abrir la puerta de golpe.

Afortunadamente para Andrew, eran Astrid, Clay y su hija, Delia.

—¡Tía Miranda! —exclamó la niña, y luego se aplastó contra las piernas de Miranda, rodeándola con los brazos.

Miranda se inclinó y besó a Delia en la cabeza.

—Hola, cariño. Feliz Día de Acción de Gracias.

Clay le entregó a Andrew una botella de vino.

—Andrew, me gustaría presentarte a Astrid.

Astrid hacía honor a su antigua profesión de modelo, porque era tan despampanante como las fotografías que Andrew había visto. Johnathan había sido un hombre muy afortunado.

—Encantado de conocerte, Andrew. Es extraño que una vez fueras mi cuñado, pero nunca nos conocimos.

De las muchas cosas que iban a ser incómodas ese día, aquel detalle podría estar bastante arriba en la lista.

—Más vale tarde que nunca, ¿verdad?

Clay lanzó a Andrew una mirada de solidaridad. Él y Andrew habían hablado sobre la tendencia a la confrontación que había habido siempre entre los dos Sterling. Clay parecía entender que la relación había sido turbia y complicada.

—Si no os parece mal, os prepararé las bebidas —ofreció Andrew, haciendo señas a todos para que entraran en el gran salón. Poco después, el timbre volvió a sonar.

—Voy a abrir —avisó Miranda, corriendo hacia la puerta principal.

Andrew se puso manos a la obra, sirviendo copas de vino para Clay y Astrid, y preparando un Shirley Temple para Delia.

—Me encanta lo de la cereza. Es muy elegante. —Delia chupó la pajita con avidez.

—Pero bebe despacio —dijo Clay riéndose—. Que luego se te sube a la cabeza.

Delia puso los ojos en blanco.

—Vale, papá.

—¡Mirad quién está aquí! —exclamó Miranda, entrando en la habitación con Tara y Grant.

Tara fue a abrazar a Astrid mientras Grant estrechaba la mano de Clay. Andrew se sentía como un extraño, lo cual era lógico. La última vez que había visto a Grant y a Tara había sido en una fiesta en el centro de San Diego, unas semanas después de la muerte de Johnathan. Aquel había sido el primer intento de Andrew de detener el plan de sabotaje de Sterling Enterprises. También fue cuando Grant y Tara se enfrentaron a él por no haber ido al funeral. Eso llevó a Andrew a visitar a Miranda y disculparse. Y también fue cuando comenzó su fascinación por Miranda. Pero se lo guardaría para siempre.

—Andrew —dijo Grant. Le ofreció la mano, pero su tono era cortante y brusco.

—Grant —contestó Andrew—. Encantado de verte.

La mirada de Tara decía que no se lo creía.

—Veo que has decidido quedarte para Acción de Gracias —dijo. Por sus palabras daba a entender que Andrew no tenía nada que hacer allí.

—Miranda me pidió que me quedara. Es su primer Acción de Gracias sin Johnathan.

—¿Y te sientes como su sustituto? —preguntó Tara.

A Andrew se le revolvió el estómago. Le desagradaba enormemente el comentario.

—No. Para nada.

Por suerte, apareció Miranda, lo que hizo que tanto Tara como Grant se relajaran. Aunque, en realidad, se estaban conteniendo.

—Andrew, ya es hora de sacar el pavo del horno.

Consultó su reloj.

—Cierto.

—Iré contigo —dijo Miranda.

Andrew nunca había tenido tantas ganas de ir a la cocina. Al menos Miranda y él podrían estar solos.

—A Tara y a Grant no les gusta que esté aquí —le hizo saber mientras leía la temperatura en el termómetro digital. Agarró los guantes

de cocina, apagó el horno y abrió la puerta. El aroma a pavo asado llenó la habitación y le recordó por qué se había quedado: no para complacer a Tara y a Grant, sino para hacer feliz a Miranda.

—Espero que sepas que no me importa lo que piensen —intentó tranquilizarlo Miranda mientras sacaba el cuchillo de trinchar y una tabla de cortar grande.

—Pero algo te tiene que importar. Eres una persona que siempre te preocupas por todos.

—Pero no por lo que piensen. —Se volvió hacia Andrew y le agarró el antebrazo—. Estás aquí porque yo quiero que estés aquí. Para mí este es uno de los mejores días del año y no puedo imaginármelo sin ti ahora mismo, ¿de acuerdo? Así que vamos a darles unas copas de vino a Grant y a Tara, a sentarnos a disfrutar de una comida fabulosa y a intentar olvidar todo lo demás.

Ella sabía cómo tranquilizarlo. Era increíble.

—Suena perfecto. —Se inclinó hacia delante y la besó en la sien. Fue solo un roce, pero cómo hubiera deseado poder quedarse más tiempo con sus labios. Quería una caricia más que fugaz, una bocanada de su embriagadora fragancia que durara más que un latido. Aquellos deseos insatisfechos le dejaron un dolor ardiente en el centro del pecho que se hizo eco del pesar que sentía por no haber podido agarrarla por la nuca, levantarle la barbilla y darle un beso de verdad.

Pronto se les unió Astrid, que les ayudó a llevar platos de puré de patatas y judías verdes con chalotas crujientes. Luego llegaron los panecillos, la cazuela de boniatos, el pavo y la salsa. Fue todo un espectáculo, pero a juzgar por el buen humor de Miranda, no se notaba todo el trabajo que había detrás. Hacía unos días, Andrew le había sugerido que contratara a alguien para la ocasión, pero ella se había opuesto rotundamente. Era algo que debía hacer ella.

Cuando se sentaron a la mesa, con Miranda en la cabecera y Clay en el extremo opuesto, a Andrew le sorprendieron dos cosas. Era triste que aquel fuera un entorno tan desconocido para él. Lo había visto en las películas y, sí, había estado en algunas celebraciones elegantes de Acción de Gracias, pero nada tan familiar como aquello. Segundo, aún se sentía un intruso. Miranda había dicho que lo quería allí, pero la ausencia de Johnathan era omnipresente. Estaba a su alrededor. Y la deducción lógica de ese hecho era que, si Johnathan siguiera vivo, Andrew no estaría sentado a la mesa.

La comida fue maravillosa y todos parecían disfrutar, incluso Tara y Grant. Quizá Miranda tenía razón. Quizá solo necesitaban un poco de vino para limar sus asperezas. Después del postre, Clay y Astrid se fueron a jugar con Delia al patio, dejando a Andrew y a Miranda con Tara y Grant.

—Entonces, Andrew, ¿cuánto tiempo crees que te quedarás? —le preguntó Tara.

—Todo el tiempo que quiera —respondió rápidamente Miranda—. Es genial tener a alguien aquí en casa conmigo.

—Pero el plan es volver a Seattle, ¿verdad? ¿Después de solucionar el problema que has creado? —siguió Grant.

—Sí. Le he hecho a Victor una oferta para que pare. Solo que no estoy seguro de que la haya recibido. Esa ha sido la parte difícil. Llegar a él.

Grant asintió, pero no parecía convencido.

—¿Sabes lo que es interesante?

—¿Qué? —quiso saber Andrew, presintiendo que algo malo estaba a punto de llegar.

—Las cosas en Sterling han estado notablemente más tranquilas desde que llegaste. No hemos tenido ningún problema. —Grant se sentó en su silla y cruzó las piernas.

—Tal vez eso significa que Victor está reculando —dijo Miranda.

Tara negó con la cabeza.

—O tal vez significa que ese tal Victor no existe.

Andrew respiró profundamente por la nariz. No perdería la calma. Se lo merecía. Él había creado el problema e iba a tener que arreglar su propio desastre.

—Si pudiera demostrarte que existe, lo haría. Pero, de momento, tendrás que creerme.

Miranda tenía el corazón en un puño mientras escuchaba la conversación entre Andrew, Grant y Tara. Le explicó que Victor operaba casi siempre utilizando cuentas en paraísos fiscales y con empresas fantasmas. Le gustaba ser invisible, por eso era difícil dar con él.

A Miranda todo le parecía irreal, pero tenía fe en Andrew. Su única decepción era lo mucho que odiaba la acritud, sobre todo en un día festivo

que tanto había esperado. Tal vez lo mejor sería que todo saliera a la luz en ese momento, para que ella pudiera dejar de pensar en ello.

—Creo a Andrew. Al cien por cien. No tengo ninguna duda. —Miranda se sentó un poco más recta, como si pudiera transmitir su convicción con su lenguaje corporal.

Andrew se volvió hacia ella, con los ojos llenos de sorpresa, cuando en realidad ella esperaba que se sintiera herido. Tara y Grant habían dicho cosas terribles.

—Gracias. Agradezco tu confianza en mí.

—Miranda, ¿podemos hablar tú y yo en otra habitación? —preguntó Tara, levantándose de la silla.

Miranda no iba a parar hasta que estuviera todo aclarado.

—Lo que tengas que decirme, puedes decirlo delante de Andrew. No veo motivo para ir a otro sitio.

Tara le lanzó una mirada que sugería que Miranda estaba loca.

—Creo que sería bueno que tuviéramos algo de privacidad.

Miranda sintió que su enfado crecía por momentos.

—No. Dímelo ahora. Cualquier cosa horrible que tengas que decir, dímela.

—Chicos, ¿podemos calmarnos un minuto? —sugirió Andrew—. Miranda ha estado esperando el día de hoy durante mucho tiempo. Se ha dejado la piel, y no creo que sea justo que le robemos este momento.

Dios mío, era un hombre tan dulce y atento. Si Tara y Grant no podían ver eso, no estaban prestando atención.

—Gracias, Andrew. Te lo agradezco.

—Ninguno de nosotros está tratando de arruinar el Día de Acción de Gracias —dijo Grant—. Pero, Miranda, sería negligente en mi papel de mejor amigo de Johnathan si no dijera que creo que Andrew se está aprovechando de ti. —Se volvió hacia Andrew—. No sé cuál es tu objetivo aquí, pero nada de esto tiene sentido. No me suena Victor de nada, y conocía todos los negocios de Johnathan. Conocía a todos con los que trataba. Y más que nada, estoy muy familiarizado con todo lo que salió mal en Sterling Enterprises. Por eso no creo que haya un Victor. Creo que lo estás usando como fachada para ocultar las cosas que hiciste o, como

mínimo, como excusa para librarte de pedir perdón por intentar perjudicar a tu hermano.

—Te equivocas —replicó Andrew—. Ya me he disculpado. Victor es muy real y solo es cuestión de tiempo que haga algo que perjudique de verdad a Sterling. Por eso estoy aquí. Para evitar que eso ocurra. Así que no sé qué más decirte, pero no tienes razón.

—Eso no es suficiente —dijo Tara—. Quiero saber qué está pasando aquí realmente. ¿Te estás acercando a Miranda porque esperas poder entrar en Sterling Enterprises de esa manera?

Andrew se apartó de la mesa y tiró la servilleta encima de su plato.

—Ya está bien. Ahora me disculpo. —Se volvió hacia Miranda, casi temblando de rabia—. Me voy a limpiar la cocina. No quiero que el resto de tu velada se arruine por tener que escuchar esto. —Salió del comedor con paso decidido.

Miranda tenía el corazón en el estómago. ¿Cómo había salido todo tan mal?

—¿Pero qué diablos os pasa? Habéis arruinado mi cena de Acción de Gracias.

Tara agarró la mano de Miranda, pero ella no estaba dispuesta a seguirle el juego y se zafó.

—Miranda. Lo siento, pero no entiendo qué gana él con todo esto. Viviendo en tu casa, persiguiendo a un tipo que estamos seguros que no existe. Ya no creo que la empresa tenga problemas. Él mismo dejó de boicotearnos, y supongo que merece algo de crédito por ello. Por lo demás, creo que te está mintiendo.

Miranda hizo todo lo posible por serenarse, pero sentía que le hervía la sangre. ¿Por qué Tara y Grant no se quitaban la venda de los ojos y aceptaban que ella disfrutaba teniendo a Andrew en su vida?

—Mira. Esto es lo que hay. Yo le creo. Y tienes que entender que él no es solo mi conexión con Johnathan, él es la conexión del bebé también. Si no puedes imaginar por qué eso puede ser importante para mí en este momento, entonces no sé qué decir. —Casi se quedó sin aliento cuando terminó. Había sido una larga retahíla de palabras, pero al menos le habían salido del corazón.

La cabeza de Tara se inclinó hacia un lado.

—Miranda. Grant y yo queremos lo mejor para ti. Intentamos protegerte. Lo único que sabemos es que, si Johnathan supiera lo que está pasando ahora, se pondría como loco. Por eso teníamos que decir algo. No podíamos dejarlo pasar.

—Puedes hacer todas las conjeturas que quieras sobre cómo habría reaccionado Johnathan ante esto, pero la realidad es que él no está aquí ahora mismo. El resto de nosotros sí. Y si no podemos encontrar una manera de unirnos, este bebé no va a tener una familia.

—¿Estás incluyendo a Andrew en eso? —preguntó Grant.

—Sí. Por supuesto.

Por un momento, nadie dijo nada, y Miranda agradeció el silencio, pero lo que realmente quería era que todos se fueran a casa para que ella y Andrew pudieran estar solos y decirle cuánto lamentaba lo que había sucedido. Le decepcionaba que se hubiera arruinado su Día de Acción de Gracias, pero mucho más que eso odiaba que él hubiera salido tan lastimado en el proceso.

—Voy a ayudar a Andrew en la cocina. —Miranda se levantó de la mesa y recogió unos cuantos platos.

—Toma. Déjame ayudarte —se ofreció Tara, levantándose de la silla.

—No. Por favor. No lo hagas —dijo Miranda—. Puedo hacerlo yo. Si queréis pasar tiempo con Clay y Astrid, sentíos libres. Pero, si no, es mejor que os marchéis a casa.

El rostro de Grant se ensombreció.

—No quiero irme sabiendo que estás tan molesta.

Miranda se encogió de hombros.

—Lo superaré. Os sigo queriendo a los dos. Pero lo mejor para mí ahora es que os vayáis. —Y salió del comedor. Cuando llegó a la cocina, vio a Andrew y Clay hablando. Estaban sonriendo. Incluso reían. Eso era lo que esperaba para ese día. Familia y unión. Se quedaría con ese momento. La festividad, después de todo, no había sido un completo desastre.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó Clay.

—Tara y Grant se van. Me estaban dando la lata. —Miranda dejó la pila de platos en la encimera y empezó a llenar el fregadero de agua caliente.

Clay se acercó a ella.

—Lo siento. Creo que los preparativos de su boda les están pasando factura y están muy estresados. Han estado discutiendo entre ellos por eso. Grant tiene una gran familia y van a venir todos, y Tara pensó que no vendrían y que la boda iba a ser algo sin muchas pretensiones.

Tara y Grant se iban a casar justo antes de Navidad. Si ese era el problema, al menos acabaría desapareciendo. Aun así, Miranda no se sentía mejor.

—Tal vez.

Astrid y Delia atravesaron las puertas francesas de la cocina.

—Habrá que irse, ¿no? —soltó Astrid—. Estoy agotada de tanto correr por el patio trasero.

Clay sonrió de oreja a oreja, con una expresión tan llena de amor que a Miranda le costó hacerse a la idea. Su hermano había encontrado la felicidad. No todo era tan terrible.

—Hablando de bodas. ¿Habéis pensado en fijar una fecha? —preguntó Miranda.

Clay y Astrid se miraron.

—Todavía no. Estamos demasiado ocupados divirtiéndonos —reconoció Astrid—. Ya nos preocuparemos de eso más tarde.

Cómo le gustaba a Miranda esa actitud. Disfrutar del momento y no estresarse por el resto.

—Gracias por ser la anfitriona —dijo Clay, ofreciéndole un abrazo a Miranda.

—Muchas gracias por venir. —Se zafó del abrazo de su hermano y rodeó con los brazos a Delia y Astrid, que estaban juntas. Vio cómo Andrew se despedía. Ya había una calidez genuina entre él y Clay. Eso tenía que servir de algo. Andrew no era un mal tipo. Esa era la verdad.

La pequeña y feliz unidad familiar formada por Clay, Astrid y Delia se marchó, dejando a Miranda y Andrew solos con la cocina desordenada.

—Me arrepiento de no haber traído ayuda para hoy. —Miranda agitó el jabón en el fregadero lleno de agua caliente.

—Lo siento —dijo Andrew, acercándose a ella e intentando establecer contacto visual.

—No lo sientas. Tú lo sugeriste y yo fui tan tonta que no te hice caso.

Sacudió la cabeza y se rio suavemente.

—No estoy hablando de eso. Hablo de la escena con Grant y Tara. Eso no habría pasado si yo no hubiera estado aquí.

Miranda levantó el dedo.

—No. No digas eso. Es su problema, no el tuyo.

Frunció los labios y se apoyó en la isla.

—Oí lo que dijiste cuando me fui. Volví a por unos platos y lo oí por casualidad. Quiero que sepas que te agradezco todo lo que has dicho en mi nombre. No deberías tener que dar la cara por mí.

—Tenía que decir algo. Estaban equivocados. No podía dejarlo pasar. —A pesar del tema de conversación, Miranda sintió que se le quitaba un peso de encima. Ahora solo estaban ella y Andrew. No tenía que preocuparse por lo que dijeran los demás.

—Significó mucho para mí. En serio. Todo lo de hoy ha significado mucho. —Andrew agarró la mano de Miranda—. Las últimas dos semanas han sido de las mejores de toda mi vida. Seguro que suena estúpido, pero es la verdad.

Su corazón se agitó cuando él le apretó los dedos, haciéndola sentir excitada y tonta.

—No es una tontería. Yo siento lo mismo. Me encanta tenerte aquí. —Le miró a la cara en busca de alguna señal de lo que quería decir al agarrarle la mano con tanta fuerza. Él se pasó la lengua por el labio inferior y a ella casi se le doblaron las rodillas. Su boca era demasiado hermosa. Sus hombros eran demasiado anchos y su pelo demasiado suave. Deseaba pasar los dedos por él, enroscarlos en su cuero cabelludo y rodearle la cadera con la pierna.

Antes de que se diera cuenta, Andrew la miró fijamente. Se produjo una auténtica sacudida en su sistema nervioso: se estableció una conexión. Se acercaron, el espacio entre ellos desapareció lentamente y el tiempo se hizo elástico. Miranda se esforzaba por seguir el ritmo. La lógica le decía que apartara la mirada, pero no podía. Sentía como si la llave del mañana estuviera en sus ojos y ella tuviera que encontrarla.

Su mano se dirigió a la mandíbula de ella, las yemas de sus dedos acariciaron su cuello.

—Me temo que voy a cometer un error, Miranda.

Su corazón latía tan deprisa que iba a estallar o a desfallecer.

—¿Qué quieres decir? —Ella estaba desesperada por la respuesta, pero también le producía auténtico terror. Si él se alejaba de ella, tardaría mucho tiempo en recuperarse. Y ese día, más que nunca, necesitaba cosas positivas.

—Quiero besarte. Pero me preocupa que esté mal. —Su cálida palma se apoyó en su mandíbula y sintió que le abrasaba el fuego.

Su mente buscaba una respuesta ingeniosa, pero estaba bloqueada. Le bastaba con saber que ambos pensaban exactamente lo mismo. No sabía cuánto tiempo hacía que él se sentía así, pero el tiempo no importaba ahora. Lo único que le importaba era apresurarse en el camino que él acababa de emprender.

—Tal vez deberías probarlo y ver lo bien que se siente.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Seis

El aire de la cocina estaba cargado de expectación.

—Si te beso, Miranda, no hay vuelta atrás. —Andrew bajó la barbilla, mirándola con intensidad. Su mano libre se dirigió al otro lado de su rostro.

Miranda era demasiado consciente de su respiración, de los galopantes latidos de su corazón. No era tan diferente del momento en la habitación del bebé, cuando deseaba desesperadamente que él la tocara. En todas partes.

—No le veo sentido a volver atrás, Andrew. Solo me interesa avanzar. —¿Por qué no la besaba? ¿Estaba esperando a que ella lo hiciera? Le hubiera gustado tener una respuesta más sexy, pero las palabras parecían inútiles ahora. Estaba demasiado ocupada controlando sus impulsos, como el que le decía que por fin sería feliz si él no llevaba esa camiseta. O esos pantalones.

—Necesito estar seguro. —Se inclinó aún más y le besó la mejilla—. Absolutamente seguro de que esto es lo que quieres.

Si no la besaba de verdad, iba a explotar. Se puso de puntillas y se agarró a sus hombros para estabilizarse.

—Es lo que quiero.

Cerró los ojos y se lanzó a por él: sus labios se encontraron en un beso que la hizo sentir como si flotara. Solo hubo una leve vacilación antes de que la lengua de él se deslizara por su labio inferior. Cada átomo de su cuerpo estaba de celebración en un coro de placer y alivio. Subió los antebrazos a los hombros de él y hundió los dedos en su espesa cabellera. Sus labios, suaves, cálidos y húmedos, se volvieron más ávidos, buscando su mandíbula y su cuello. Sus brazos la rodearon con fuerza, atrayéndola contra él, casi levantándola.

Su mano serpenteó bajo la espalda de su jersey, confirmando lo que ella había dudado tanto antes: él la deseaba. Deseaba quitarle la ropa tanto como ella. Sus dedos se enredaron con el broche de su sujetador, lo cual resultaba más que adorable. Andrew siempre mostraba seguridad en sí mismo, y aquello le humanizaba. Y hacía que ella se sintiera un poco más cercana a él.

—Déjame hacerlo a mí —murmuró. Se levantó el jersey por encima de la cabeza y se lo apretó contra el pecho. En cierto modo, le cohibía mostrar su embarazo.

—¿Te escondes de mí? —preguntó.

—No. Quiero decir, sí. Tal vez un poco. ¿Alguna vez has tenido sexo con una mujer embarazada?

—No. Pero quiero hacerlo. —Le quitó el jersey de las manos y lo dejó sobre la encimera de la cocina. Acercándose más, metió el dedo bajo uno de los tirantes del sujetador de seda blanca y se lo quitó del hombro—. Todo en tu cuerpo es delicioso y hermoso. Estoy deseando ver cada centímetro.

Sus palabras no solo le pusieron la piel de gallina, sino que estaban a punto de convertirse en un recuerdo permanente. Se mordió el labio. Si aquello iba a suceder, sería bueno. Se llevó la mano a la espalda y se desabrochó el sujetador, pero dejó que él se lo quitara.

—Continúa. —Le besó la curva del cuello, el punto más sensible, el que le hacía arquear la espalda y casi gritar de placer.

Ella le hizo caso y deslizó la prenda hacia delante desde los hombros. Él la ayudó tirando del sujetador. Bajó la mirada y el corazón de ella se aceleró de anticipación. Acarició sus costillas y sus pulgares rozaron la tierna parte inferior de sus pechos mientras bajaba la cabeza y lamía suavemente un pezón.

El grito ahogado que surgió de lo más profundo de su garganta sonó a semanas de frustración liberadas.

—Te deseo, Andrew. Ahora.

—¿Subimos? —sugirió.

Antes de que pudiera dar un solo paso, ya estaba en sus brazos, como si no pesara nada. Teniendo en cuenta su embarazo, era una sensación increíble. Marchó por el pasillo y subió las escaleras mientras ella se aferraba a su cuello, desesperada por volver a besarle.

—¿En tu habitación o en la mía? —Era imposible ignorar el peso de la pregunta. Su dormitorio era donde había dormido con Johnathan.

Pensar en ello en ese momento era algo complicado, así que dio la respuesta más sencilla.

—El tuyo. Está más cerca.

Sonrió.

—Me gusta cómo piensas.

Llegaron a la habitación y la dejó suavemente en la cama, sonriendo de nuevo. Se apartó y empezó a desabrocharse la camisa. La suave luz del atardecer mostraba sus increíbles contornos y la definición de su pecho y sus abdominales. Tenía una preciosa mata de pelo oscuro en el centro y un estrecho sendero de lo más tentador que se extendía desde su ombligo y desaparecía tras la cinturilla de sus pantalones. Sus hombros eran aún mejores de lo que ella hubiera imaginado. Ni siquiera un traje bien confeccionado les hacía justicia. Eran cuadrados y anchos. Suplicaban que los tocara.

Se acercó a la cama y ella se sentó en el borde de la cama, apoyando las manos en sus firmes pectorales. Después levantó los brazos y él le acarició los pechos, haciendo que ella inclinara hacia atrás la cabeza por un instante. La situación era tan placentera que llegó a marearla. Sin embargo, se obligó a enderezarse, impulsada por el deseo de tener sus labios en los suyos una vez más. Casi como si hubiera expresado su anhelo, él se inclinó y le dio un beso largo y profundo. El tipo de beso que hacía perder la cabeza a una mujer.

Habría mentido si hubiera dicho que no estaba deseando ver el resto de su cuerpo. Le bajó la cremallera de los pantalones y los tiró al suelo, luego metió los dedos por debajo de la cinturilla de los calzoncillos negros y tiró de ellos para bajárselos por las caderas. Volvió a besarla y ella rodeó su erección con los dedos, disfrutando del profundo gemido que salió directamente de su boca y llegó a la suya.

La empujó con suavidad, instándola a recostarse, y luego le besó el montículo desnudo del vientre. Lo hacía de un modo tan tierno y dulce que la dejó sin aliento. Vio cómo le desabrochaba los pantalones y se los bajaba por las piernas. Sus ojos recorrieron todo su cuerpo, llenos de una admiración que le hinchó el corazón.

Él le bajó las bragas y dirigió sus ojos oscuros hacia los de ella cuando sus dedos rozaron la parte más sensible de su cuerpo. Ella no podía

dejar de agarrarle la cabeza mientras él movía con suavidad los dedos por sus labios genitales. Se sentía increíblemente bien estando a su merced.

Pero ella quería una conexión más profunda. Lo necesitaba dentro de ella.

—Por favor, hazme el amor, Andrew —dijo, sorprendiéndose de sus propias palabras. Era una situación tan loca e inexplicable y, sin embargo, era lo único que parecía correcto.

Le dio más besos suaves en el estómago.

—¿Quieres que use un preservativo?

Soltó una risita.

—Sabes que estoy embarazada.

—Y quiero asegurarme de que sepas que no tengo enfermedades. No he estado con nadie en mucho tiempo.

Le encantaba que se mostrara tan atento y preocupado, pero estaba desconcertada por lo que había dicho. Era tan guapo y sexy. Parecía improbable que no hubiera ninguna mujer detrás de él. Tal vez ese era un tema para otro momento, cuando ella no tuviera necesidades tan urgentes.

—Entonces ¿seguimos?

Se estiró a su lado, un magnífico especimen masculino, fuerte y musculoso, pero ágil y delgado. Él echó la cabeza hacia atrás cuando ella le agarró el miembro. Apenas podía creer la tensión que contenía su cuerpo. Cuando sus miradas se cruzaron, parecía como si él quisiera devorarla, lo cual era bueno. Era exactamente lo que ella quería.

—¿Es mejor para ti y para el bebé que estés arriba o abajo? —preguntó.

Ella no había pensado en eso. Nunca había tenido que preocuparse por su barriga de embarazada, pero dedujo que no sería ningún problema.

—Quiero estar abajo y sentir tu peso.

—¿Y eso será bueno para el bebé?

—Ahora no pasará nada. Es aún muy pequeño.

Andrew se colocó entre sus piernas y ella arqueó la espalda para recibirlo, dándole la bienvenida mientras se hundía en ella. Se tomó las cosas con calma y cuidado, con una paciencia que ella disfrutó. Su mente se agitó cuando sus cuerpos se encontraron y empezó a experimentar cada una de las deliciosas sensaciones físicas.

A continuación, él empezó a mover la cadera con ritmo, y ella, gimiendo de placer, acarició su musculosa espalda, bajando hasta su espectacular trasero. Sus besos eran profundos y apasionados, a juego con el balanceo constante y satisfactorio de sus cuerpos.

Miranda le rodeó con las piernas, queriéndolo más cerca. Más profundo.

Puso las manos a los lados de su cara, manteniendo sus labios pegados a los suyos. Quería estar unida a él cuando sintiera la sacudida del orgasmo. Mantuvo su mente concentrada en el presente, esperando solo el placer que la aguardaba, sin ninguna preocupación por el mundo.

Miranda estaba cerca, podía sentirlo. Lo percibía en cada movimiento sensual de su cuerpo. Estaba luchando contra su propio orgasmo, una tarea casi imposible. Solo podía concentrarse en su respiración y en el contacto de sus manos en la cara. Eran la distracción perfecta para no anticiparse.

Cada sonido placentero que ella emitía era un estímulo para su ego, pero no estaba preparado para el momento en que ella gritó su nombre, aferrándose a su espalda y clavándole las uñas. El dolor era un delicioso contrapunto al placer mientras ella se tensaba a su alrededor, aferrándose a su cuerpo como si nunca fuera a soltarlo.

La tensión lo envolvió tanto que el pensamiento racional desapareció, rindiéndose al placer. Fue como un cohete, incendiando todas sus terminaciones nerviosas.

Después se puso de lado para no cargar innecesariamente al bebé. Miranda se giró y se acurrucó contra él, apoyando la cabeza entre su brazo. Se esforzaba por recuperar el aliento, pero una parte de él no quería que eso ocurriera. Sabía que en cuanto su ritmo cardíaco volviera a la normalidad, los pensamientos lógicos y difíciles entrarían en su cerebro.

—Ha sido increíble. —Enredó los dedos en el pelo de su pecho y giró el cuello para besarle.

Sus labios se encontraron y el deseo ahora era aún mayor que antes. Temía no saciarse nunca.

—Tú eres la increíble, Miranda. De verdad.

Se rio en voz baja y le besó el pecho.

—Me estás mimando.

—No es para tanto. Te mereces que te mimen. Que te consientan. Que te colmen de afecto, elogios y joyas caras. De bienes inmuebles. De aviones y yates.

Se levantó sobre un codo y le miró directamente a la cara.

—Nunca quise un yate.

Ahora le tocaba a él reírse.

—Lo que quería decir es que te daré lo que quieras. —Tan pronto como las palabras habían salido de sus labios y había tenido un segundo para asimilar las implicaciones, se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Pero con la misma rapidez, decidió que había perdido demasiado tiempo preocupándose por las cosas que había hecho. No había nada malo en esa afirmación. Había sido pronunciada en el momento y había salido del corazón. Lo había dicho en serio. Hasta la última palabra.

—No necesito mucho —respondió—. De verdad que no.

—Entonces, dímelo. Dime lo que quieres.

Se quedó callada un instante y la quietud pareció apoderarse de la habitación. Habría pagado lo que fuera por meterse en su cabeza, por conocer sus pensamientos más íntimos. Le preocupaba que ella no compartiera lo que realmente sentía.

—Quiero que la vida sea buena y normal. Quiero ser feliz. —Volvió a apoyar la cabeza en su hombro—. Sé que suena estúpido y aburrido, pero es la verdad.

Le frotó la parte baja de la espalda con la mano, disfrutando el tacto aterciopelado de su piel.

—No es aburrido. Creo que es hermoso en su sencillez. Además, son cosas que no se pueden comprar.

—Y también son las cosas más difíciles de conseguir.

«Podríamos ser felices». La idea le vino a la cabeza como un fogonazo. Sabía por experiencia que las ideas que aparecían de repente eran las más reales. Las que salían del corazón.

—Y por las que merecen la pena luchar, ¿verdad?

Ella asintió en silencio.

—¿Puedo contarte algo? ¿Algo de lo que no estoy muy orgullosa?

—¿Una confesión?

—Sí. Supongo.

—Me cuesta creer que tengas algo de lo que avergonzarte o confesar.

Le pasó la mano por el vientre y se apretó más a él.

—No es lo que hice, pero sí lo que pensé. Aquel día, cuando estábamos en la habitación del bebé. Después de enseñarme la cuna montada. Cuando te dije que me alegraba de que estuvieras aquí.

No podía imaginar lo que estaba a punto de decirle, y una parte de él tenía miedo de saberlo.

—Dime, Miranda. No te juzgaré.

Dejó escapar un fuerte suspiro.

—Se me ocurrió entonces que tal vez no fui verdaderamente feliz cuando estaba con Johnathan.

No era exactamente un tema que estuviera ansioso por explorar, pero quería saber qué quería decir ella con eso.

—¿Hubo problemas?

—No. No los había. De hecho, todavía estábamos en esa fase de luna de miel, en la que todo parece fácil. ¿Sabes lo que quiero decir?

—En realidad, no. Nunca he estado casado. —Había estado a punto una vez, pero eso no era algo que le importara revelar en ese momento.

—El matrimonio era lo de menos. Quiero decir que tenía la sensación de que no había auténtico amor entre nosotros. Todo con Johnathan fue un torbellino. Las primeras citas, nuestro compromiso, la boda. Todo pasó muy rápido, y me pregunto si tan solo me dejé llevar, sin saber realmente lo que quería.

Andrew ya había oído en boca de otras mujeres esas mismas sensaciones cuando estaban con Johnathan. Era superficial y nada era auténtico.

—¿Crees que te sientes así porque descubriste que te engañó?

—Tal vez. —Ella tamborileó con los dedos sobre su pecho, haciendo que cada terminación nerviosa de su cuerpo volviera a la vida—. Supongo que probablemente sea eso. Eres tan inteligente.

Acababa de acostarse con la viuda de su hermano. No estaba seguro de que «inteligente» fuera la mejor palabra para definirle.

—No sé nada de eso, pero gracias. —Quería volver a una conversación más cómoda, sin Johnathan de por medio—. ¿Estás segura de que no quieres añadir nada a tu lista de lo que quieres? ¿Un collar de diamantes? ¿Un coche de lujo?

—¿Sinceramente? No. Pero tengo un poco de miedo de decirte lo que realmente quiero.

Echó la cabeza hacia atrás y la miró. Le encantaba ver su precioso rostro.

—No tengas miedo. Dímelo.

—Mañana quiero poner la decoración de Navidad.

—Me estás tomando el pelo.

Ella negó con la cabeza.

—No. Me encantan las fiestas. Acción de Gracias fue un poco desastre y, por lo que a mí respecta, la temporada navideña empieza esta medianoche. No quiero perder ni un minuto sin celebrarlo. Para mí, eso significa transformar la casa en un paraíso invernal.

—En el sur de California.

—Sí.

Sonrió y le pasó el brazo bajo los hombros.

—Deseo concedido. Podemos empezar cuando quieras.

—Estupendo. Pero ahora tienes que decirme lo que tú quieres.

¿Hacía falta decirlo? Supuso que sí.

—Lo que realmente quiero esta noche es a ti.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Siete

A la luz del día, al despertarse en la habitación de Andrew, Miranda tuvo pensamientos mucho más contradictorios que los de la noche anterior. Todo había sido tan inesperado como increíble. De hecho, había sido tan increíble que el sentimiento de culpa amenazaba con corroer el agradable estado en el que se encontraba. No iba a permitir que los malos sentimientos la invadieran, pero estaban ahí, dando vueltas sobre su cabeza y amenazando con abalanzarse sobre ella.

Andrew no estaba con ella en la cama, pero no era una gran sorpresa. No era una persona que durmiera mucho. Se sentó en su cama y dejó colgar los pies en el borde. Tal vez fuera la emoción que sentía, pero hacer el amor con Andrew había sido transformador. Se sentía diferente aquella mañana. Más viva.

Entró de puntillas en su dormitorio y agarró un camisón corto y sexy, además de su bata de seda. Se tomó un minuto en el cuarto de baño, se cepilló los dientes, se arregló el pelo y se echó un poco de perfume. Quería estar guapa y oler bien para Andrew. Quería que él la deseara, como lo había hecho la noche anterior.

Cuando volvió a pasar por su dormitorio hasta el vestíbulo, algo la detuvo: la foto de ella y Johnathan el día de su boda colocada encima de su tocador. En ese momento fue consciente de lo que habían hecho la noche anterior. Solo habían pasado tres meses desde la muerte de Johnathan. ¿Se había dado tiempo suficiente para llorar? ¿Cuánto tiempo se suponía que tenía que pasar? No estaba segura, pero parecía insuficiente. ¿Qué pensaría la gente? Sobre todo si se enteraban de que la persona con la que se había acostado era Andrew, el hermano de su difunto marido.

Nada de aquello era justo. Había soportado más dolor del que creía posible cuando perdió a su marido, pero la vida seguía y estaba desesperada por dar y recibir amor. Andrew era un hombre amable y compasivo. Era sexy y fuerte. Y también estaba unido para siempre a

alguien a quien ella había amado inmensamente. Por supuesto, que tuviera algún tipo de sentimiento por él era inevitable. ¿Qué había de malo en que expresaran afecto el uno por el otro?

Nada, decidió. Lo que había ocurrido anoche no había hecho daño a nadie. Y no entendía por qué le iba a tener que preocupar a alguien. Se merecía ser feliz. Andrew también. Las ideas preconcebidas de los demás sobre lo que estaba bien o mal le traían sin cuidado. Nadie más conocía su alma, sus pensamientos más íntimos o la realidad de su vida. Nadie más sabía lo que podía hacerla feliz.

No fue fácil, pero se obligó a superar el momento, mirar más allá de la fotografía y salir por la puerta hacia el pasillo. A cada paso se sentía más decidida. Mientras tanto, el agradable aroma del café recién hecho le embriagaba los sentidos. Eso le hizo sonreír y le provocó un sofoco en las mejillas ante la perspectiva de ver a Andrew. Era muy agradable que otra persona le preparara una taza de café, la única que se permitía al día por su embarazo. Quizás fuera un detalle insignificante, pero solo con eso ya le alegraba todo el día.

Cuando entró en la cocina, se encontró con una imagen impresionante: Andrew en pijama y sin camisa, en plena tarea. La noche anterior se había sentido una mujer afortunada, pero esa mañana la teoría quedaba confirmada. El pijama era de tela escocesa azul marino con un cordón que él no se había molestado en atar, dejando a la vista los tentadores contornos de sus caderas y abdominales inferiores.

—Buenos días —saludó, dirigiéndose hacia él, atraída por su pecho desnudo.

—Buenos días. —Andrew la estrechó entre sus brazos y la envolvió con fuerza, besándole una y otra vez la coronilla.

Cerró los ojos y se empapó de sus caricias. Podría acostumbrarse, pero no sería prudente. Andrew había sido claro: planeaba regresar a Seattle en cuanto se resolviera la situación con Victor. Miranda no podía irse de San Diego. Sus lazos con su hermano, su sobrina y Astrid, e incluso con Grant, Tara y Sterling Enterprises, eran profundos. Por ahora, no se atrevía a pensar en eso. Disfrutaría de su tiempo con Andrew y se ocuparía de la vida y de otros problemas más tarde.

De mala gana, abrió los ojos al recordar la cena de Acción de Gracias.

—Dios mío. Nos olvidamos de limpiar la cocina anoche.

Se echó a reír y la soltó de su cálido abrazo.

—Estábamos muy distraídos, ¿no?

Examinó la cocina, que estaba casi recogida por completo.

—¿Cuánto tiempo has estado despierto?

—Desde las siete.

Echó un rápido vistazo al reloj y vio que eran las 9:15. Se sirvió una taza de café, añadiendo un chorrito de nata y una cucharada de azúcar sin refinar.

—Lo siento mucho. ¿Por qué no me despertaste?

Le lanzó una mirada de desaprobación que sugería que necesitaba que le examinaran la cabeza.

—¿Me estás tomando el pelo? Nadie despierta a una embarazada. Es como molestar a un oso.

No le gustó la comparación con el gran mamífero peludo, pero él no iba muy desencaminado.

—Eres mi invitado. No deberías limpiar un desastre tan grande como el que dejamos anoche en la cocina. Especialmente cuando hiciste la mitad de la cena de ayer.

Arqueó las dos cejas, agarró un plato del fregadero y lo secó con una toalla.

—Creo que anoche dejé de ser un invitado. Al menos, eso espero.

—Eso no era lo que quería decir. Claro que eres mucho más que un invitado. Siento si te ha molestado.

—Para nada. Los dos estamos en territorio desconocido ahora mismo. —Dejó el plato en el armario, alcanzó su taza de la encimera y bebió un sorbo. Su observación fue acertada, pero mientras pensaba en ello, aprovechó la oportunidad para admirar algunos de sus atractivos rasgos, como su cabello ligeramente desordenado y la flexión de su antebrazo mientras se llevaba el café a los labios. Incluso la mirada interrogante de sus ojos era seductora, y eso no hizo más que llenarlo de dudas.

—Eso es cierto. —Su viaje de desconocidos a cuñados, amigos, compañeros de piso y ahora amantes no era una trayectoria muy normal.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó—. No soy de los que buscan tener conversaciones profundas, pero creo que tenemos que reconocer que

nuestra situación se sale de lo típico. Hay muchos sentimientos encontrados y, por lo que sé, no hay reglas para esto. Puede ser bueno, pero también malo.

Que reconociera lo evidente le produjo sensación de alivio. Así que no había exagerado cuando había visto la foto de Johnathan y ella.

—Mentiría si dijera que no me siento confusa.

—Bien. —¿Bien?

—Sí. Creo que es bueno. —El temporizador de la cocina sonó y Andrew se puso un guante de cocina y sacó una bandeja del horno.

El olor increíble le llegó a la nariz: beicon y queso.

—¿Hiciste una quiche?

Se encogió de hombros y puso la bandeja sobre la encimera.

—Cocino cuando estoy estresado. Me ayuda a pensar.

Ahora empezaba a entender lo que él quería decir con «bien».

—Así que a ti también te pesa.

—Por supuesto. Anoche cruzamos una línea. O al menos yo lo hice.

—No. Ambos lo hicimos. Solo que son líneas diferentes.

Inspiró, frunció los labios y pareció sumido en sus pensamientos.

—Me pregunto cómo me sentiría ahora si no hubiéramos caído en la tentación.

¿Se estaba arrepintiendo? Porque ella se negaba a tener remordimientos de conciencia. Necesitaba sentirse como una mujer deseada, más allá de su futuro rol maternal. Además, no podía negar que su atracción por Andrew había crecido mucho en las últimas semanas. Lo que había pasado era algo natural.

—Yo me sentiría frustrada.

Asintió con la cabeza y le agarró la mano. Aquel gesto significaba mucho para ella. Era un salvavidas, porque se había sentido a la deriva durante los últimos minutos mientras él meditaba sobre las consecuencias por haber sucumbido a la tentación.

—Tienes razón. Yo me sentiría igual. Mi problema es que, desde el día que nos conocimos, he estado luchando contra la atracción que siento por ti. Supongo que debería haberlo evitado.

—No puedes evitar lo que sientes, Andrew.

—Pero me pregunto si esa es tal vez la verdadera razón por la que volví a San Diego. Probablemente podría haber lidiado con Victor de Seattle. Me preocupa pensar que una parte de mí quería una oportunidad contigo. Y eso no está bien.

Ella suspiró y miró su rostro. Podía ver sombras de su pasado en sus ojos. Su historia. El dolor.

—Viniste aquí con buenas intenciones. Y has sido maravilloso conmigo. Te he necesitado todo este tiempo y no has dudado en ayudarme.

—Pero eso no aligera la carga de mi conciencia.

—Entonces, ¿cómo te puedes sentir mejor?

—¿Honestamente? No lo sé. Tengo muchos sentimientos encontrados porque tuve una mala relación con mi hermano. Me entristece pensar en todo el tiempo que perdimos peleándonos. Y ya no puedo arreglar nada. Es demasiado tarde.

—Por lo que me has dado a entender en otras ocasiones, fuisteis los dos. No puedes asumir toda la responsabilidad.

—Lo sé. Pero yo estoy aquí y él no. —Sacudió la cabeza y se quedó con la mirada perdida, con la frente arrugada por la preocupación—. Creo que a eso lo llaman síndrome del superviviente. Probablemente necesite un terapeuta.

—Bueno, no soy psiquiatra, pero sé escuchar. Tenemos todo el día por delante, y el fin de semana. Si te apetece compartirlo conmigo, soy todo oídos.

—Mientras ponemos la decoración, ¿no?

Arrugó la nariz, esperando que no cambiara de opinión. Ella había estado esperando ese momento desde que habían hablado de ello en la cama.

—Si te parece bien. Es una de las cosas que más me gustan en todo el mundo. Lo único que siempre quería de niña era una gran Navidad, pero mis expectativas eran demasiado altas. Ahora que soy adulta, no pierdo la oportunidad de tener todo lo que no pude tener entonces.

—Totalmente comprensible. —La besó tiernamente en la mejilla—. Todo lo que propongas me parecerá bien.

Andrew no pudo evitar cuestionarse lo que estaba haciendo o, más en concreto, lo que había hecho al involucrarse físicamente con Miranda. Se sintió un poco mejor después de la conversación. Por lo menos estaban de acuerdo. Se debatían entre la lealtad y el amor, la atracción y el deseo y, sobre todo, el pasado y el futuro. Si tenía que seguir lidiando con su historia con Johnathan, al menos tendría una compañera en todo eso, una que le entendería bastante bien.

Después del desayuno, Miranda y él volvieron a distraerse con los platos. Consiguió decir algo que la hizo reír. Al escuchar su risa alegre, sintió cómo el cariño y la atracción que sentía por ella le invadían. Se levantó de la silla y se arrodilló a su lado, acercándose a su rostro y atrayendo sus labios hacia los suyos. Su beso fue tan suave y sensual que no pudo esperar ni un minuto más. Tiró del cinturón de la bata y se la quitó para descubrir un sedoso camisón negro. Con ambos pulgares, tiró de los tirantes, liberando sus pechos. Los agarró con las manos y le lamió los pezones, acariciándoselos con la lengua y saboreando la dulzura de su piel.

Deslizó una mano entre sus piernas y la encontró húmeda para él. Movió los dedos en círculos constantes contra su vértice y ella jadeó entre besos ardientes.

—Voy a correrme —dijo, frenética y sin aliento.

—Quiero que lo hagas —le pidió él.

Le agarró la muñeca y le miró a los ojos.

—Yo también. Pero te quiero dentro de mí cuando lo haga.

Ella se puso de rodillas y él le quitó los pantalones del pijama. Con el sedoso camisón alrededor de la cintura, se sentó a horcajadas sobre las caderas de él, buscó su erección y lo guio a su interior. La visión de ella encima de él, el suave rebote de sus preciosos pechos con cada embestida, era nada menos que pura belleza en plena exhibición.

—Estoy a punto. ¿Y tú? —preguntó ella con la respiración entrecortada. Su voz sonaba ronca, y a él le encantaba verla tan afectada.

Si ella supiera que estuvo a punto de explotar en cuanto entró en ella.

—Sí. Solo dímelo y nos correremos juntos.

Ella sonrió y asintió, apoyando las manos en el pecho de él y girando las caderas hacia las de él con determinación, con los ojos cerrados y el pelo negro esparcido por la piel cremosa de sus hombros desnudos. Él estuvo a punto de perder el sentido cuando el placer lo invadió, pero se

concentró en su rostro y en los suaves gemidos que brotaban de sus labios entreabiertos.

Con un movimiento rápido, dejó caer la cabeza hacia delante.

—Ahora.

Casi al instante, estaba cediendo a su liberación justo cuando ella gritó, arqueó la espalda y agitó su larga melena hacia un lado. Las sacudidas que sintió sobre él fueron consecutivas, notando cómo su cuerpo se tensaba y se relajaba a su alrededor, una y otra vez.

Se desplomó contra su pecho y le besó suavemente.

—Esto sí que ha sido un desayuno.

Se echó a reír y le apartó el pelo de la frente, contemplando su impresionante rostro. No estaba seguro de haberse sentido nunca más afortunado. Ella era más que todo lo que se había atrevido a desear: era un sueño hecho realidad. Pero eso significaba que estaba yendo adonde había jurado que nunca iría. Se estaba enamorando de la viuda de su hermano.

Al final, consiguieron levantarse del suelo y Miranda le dijo que ella se ocuparía de la cocina si él quería ducharse. Andrew quería invitarla a que se duchara con él, pero también sabía que probablemente necesitaba ir un poco más despacio. Después de todo, tenían todo el fin de semana. Cuando él se vistió y volvió a bajar, ella ya estaba subiendo.

—Voy a ponerme algo de ropa rápidamente, pero si quieres, puedes sacar las cajas de adornos. ¿Sabes dónde está el almacén? Es la puerta del fondo del lavadero.

—Sí. ¿De dónde crees qué saqué las herramientas cuando armé la cuna con tu hermano?

—Me lo imaginé. Hay varias cajas de plástico verdes y rojas. Está todo ahí. Bajaré en un minuto para ayudar. —Se puso de puntillas y le besó suavemente—. Estoy emocionada, para que lo sepas.

Se rio para sus adentros y procedió a seguir las órdenes, bajando las escaleras y dando la vuelta hasta el lavadero, cerca de la parte trasera de la casa. La puerta del trastero crujió al abrirla y buscó dentro el interruptor de la pared. Varias bombillas desnudas iluminaban el espacio. Las cajas saltaban a la vista, pero eran muchas. Contó más de veinticinco. No iba a quejarse. Sería una aventura y le daría tiempo para estar con Miranda.

Sin perder tiempo se puso manos a la obra, llevando dos o tres cajas a la vez al salón. Junto a la gran chimenea había espacio más que suficiente

para apilarlo todo. Cuando Miranda volvió a bajar, él ya casi había terminado.

—Vaya —dijo ella—. Trabajas rápido.

En ese momento se había quedado sin palabras: estaba impresionante con el pelo recogido en una coleta, un jersey blanco cremoso, que dejaba ver su clavícula, y unos vaqueros ceñidos. Tenía las mejillas sonrosadas, y él se sintió orgulloso de saber que había sido él quien le había dado ese color.

—Mi objetivo es complacer —dijo—. Si quieres empezar a rebuscar entre todo, iré a por la última carga.

—Me parece bien.

Cuando volvió al almacén, algo le llamó la atención: varias cajas de cartón viejas con la etiqueta Cromos de béisbol. Tanto Johnathan como Andrew las habían coleccionado durante un tiempo, cuando eran jóvenes. Aunque su generación había superado con creces la edad de oro del coleccionismo, se trataba de una afición muy barata, lo cual era bueno, ya que había muy poco dinero en casa de los Sterling. No tenían ningún problema en conseguir cajas de zapatos llenas de cromos en los mercadillos de segunda mano, a menudo cientos de ellos por solo unos pocos dólares.

Andrew abrió las solapas de una de las cajas y vio los cromos en pilas ordenadas. No sabía cuánto tiempo llevaban allí, ni si Johnathan los había mirado en los últimos años. Pero era un potente recordatorio de la vida que una vez habían compartido y una de las pocas actividades que disfrutaban juntos. Una vez más, la culpa se abrió paso en su conciencia, pero no dejaría que arruinara aquel día. Cerró la caja, recogió lo que quedaba para la decoración de Navidad y regresó al salón.

—¿Estás bien? —indagó Miranda mientras dejaba las cajas. Ya había sacado guirnaldas, luces y otros adornos—. Parece que hubieras visto un fantasma.

Al parecer, aún no se había recuperado de aquel momento en el almacén.

—Vi unas cajas de cromos de béisbol. Me hizo pensar en Johnathan.

—¿En el buen sentido o en el malo? —El tono de su voz era tan prudente que le llegó al alma.

—No quiero hablar de ello si te va a disgustar. Se supone que hoy es uno de tus días favoritos.

—¿Me tomas el pelo? Me encantaría saber más sobre cómo erais de pequeños. Nunca conseguí que Johnathan me contara nada. —Dejó un farol y se acercó a él, mirándole con sus grandes ojos.

Él paseó la mirada por la habitación, intentando serenarse.

—La Navidad no significaba nada en nuestra casa. ¿Te lo ha dicho Johnathan? —le preguntó, por fin capaz de volver a mirarla.

Ella negó con la cabeza.

—No. Nunca dijo nada al respecto. Por otra parte, en realidad solo pasamos dos Navidades juntos entre el año en que nos prometimos y el año después de casarnos.

—Nuestro padre trabajaba en la construcción y se lesionó cuando éramos pequeños. Su sindicato le concedió algunas prestaciones por incapacidad, pero nunca fueron suficientes para compensar la pérdida de ingresos. Eso significaba que nuestra madre tenía dos trabajos solo para llevar comida a la mesa. Entre trabajar y tener que lidiar con dos niños que se peleaban constantemente, no tenía energía suficiente para pensar en la Navidad.

Miranda le agarró de la mano y le llevó al sofá.

—Cuéntame más.

Sintió la duda en su interior, pero había algo más profundo que le instaba a seguir. Miranda merecía saber esas cosas. Ella merecía entender una parte de lo que lo había llevado a aquel momento, y la Navidad era un ejemplo perfecto.

—Nuestro padre no fue de ayuda. Estaba terriblemente amargado después de su accidente y solo empeoró con los años. Se pasaba la mayor parte del día viendo las noticias y gritándole al televisor. Sinceramente, no creo que expresara ningún afecto por nuestra madre en los últimos años antes de morir.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando Johnathan y yo íbamos al instituto.

—Es tan triste.

—Lo es, pero las cosas eran así. Todo el mundo tiene partes de su pasado en las que no le gusta pensar. —Se encogió de hombros—. Pero

probablemente puedas imaginar cómo era nuestro día a día. Johnathan y yo nos pasábamos el tiempo haciendo equilibrios. Nuestro padre tenía un carácter explosivo y nuestra madre estaba agotada. Por eso acabamos en una competencia tan feroz entre nosotros. Johnathan era el mayor, así que le resultaba fácil manipularme. Y yo buscaba su aprobación de un modo desesperado.

—¿Cómo te manipulaba?

—Si hacía algo mal, siempre me echaba la culpa a mí. Incluso si era algo que obviamente era culpa suya, como suspender un examen en el instituto. Se inventaba una historia sobre cómo le había distraído mientras intentaba estudiar. No soportaba tener la culpa ni que nadie lo mirara mal.

Miranda apretó los labios con fuerza y asintió.

—Veía eso en él todo el tiempo. Siempre quería ser el centro de la fiesta.

—Exacto. Y lo acepté porque él era más amable conmigo cuando hacía lo que me pedía. Incluso me daba las gracias por soportar las broncas que me echaban. Solo si estábamos fuera de casa o en nuestra habitación, por supuesto. Nunca delante de nuestros padres.

—¿Y eso continuó cuando os hicisteis mayores?

—Oh, no. Fue a peor. Cuanto más crecíamos, más desagradable se volvía todo. Ya fuera porque fumaba marihuana o porque estrellara el coche de nuestra madre contra un poste de la luz. Cualquier cosa. Al final la culpa era mía.

—Vaya. Metía la pata con frecuencia.

—Bueno, yo tampoco era un ángel. También me metía en mis propios líos. Pero desde el punto de vista de nuestros padres, sobre todo de nuestra madre tras la muerte de nuestro padre, yo era el malo y Johnathan el bueno. En cualquier caso, yo no me esforcé por hacer que las cosas cambiaran.

—¿Por qué?

Andrew se había hecho esta pregunta innumerables veces. Siempre llegaba a la misma respuesta.

—Porque le quería. —Oyó la grieta en su voz tan clara como el día.

—Lo siento mucho.

Sacudió la cabeza para alejar la tristeza.

—¿Eso te ayuda a entender por qué acabamos así? Era nuestra forma de ser. Al final nuestra relación era una lucha continua contra el otro.

—Por eso fuiste tras el paseo marítimo. Era otra lucha.

—Sí. Aunque creo que fue Johnathan quien empezó con eso. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando fue tras ese proyecto. Lo hizo para hacerme daño.

—¿Porque era el símbolo de la ciudad donde crecisteis?

Andrew tragó saliva, aún no estaba preparado para contárselo. Por otra parte, estaba cansado de vivir con remordimientos. Pero, si no lo decía entonces, ¿en qué momento?

—Porque en el pabellón de bodas del puerto marítimo era donde iba a casarme. Y eso no sucedió. Johnathan lo sabía, y quiso dejar su huella en un espacio que para mí era sagrado.

Miranda se tapó la boca con la mano.

—No tenía ni idea. ¿Qué pasó? ¿Con la boda? ¿Con tu prometida?

Respiró hondo para tomar fuerzas. Volver a hablar de aquello no era divertido, pero se sentía seguro compartiéndolo con Miranda.

—La típica historia. Se encontró con un antiguo novio unas semanas antes de nuestra boda y me dejó por él, pero no tomó esa decisión hasta la mañana de la ceremonia. Tuve que cancelarlo todo. Nunca regresé a la zona del paseo marítimo después de eso. Y Johnathan sabía lo doloroso que fue para mí.

—Por eso te sentiste tan traicionado cuando te enteraste de los planes de tu hermano.

—Sí. —Ahora que estaba admitiendo esas cosas en voz alta, no estaba seguro de si debía sentirse aliviado o avergonzado. Había una gran parte de él que podía mirar hacia atrás y admitir que había tomado algunas decisiones estúpidas. No tenía ninguna certeza de que Johnathan hubiera ido tras el proyecto para hacerle daño. Solo era una sospecha.

—Lo siento mucho.

Andrew no quería que aquella historia les arruinara el día. Era bueno que lo hubiera compartido con ella. Al menos así podría entenderle mejor.

—No lo sientas. Es el pasado. Prefiero pensar en el presente. —Se levantó y se dirigió a la montaña de cajas de plástico. Abrió una y sacó una

larga guirnalda plateada—. Creo que es hora de ponernos manos a la obra con la decoración de Navidad.

Miranda se levantó de su asiento.

—Realmente no tenemos que hacerlo si no quieres.

—No me lo perdería por nada del mundo. Todo lo que siempre quise en Navidad fue un poco de alegría y felicidad.

Miranda levantó la tapa de otra caja y miró dentro.

—No sé lo alegre que estarás después de que desenredemos todas estas luces de Navidad.

Se rio y le pasó el brazo por el hombro, inclinándose para besarle la mejilla.

—Hoy te tengo a ti y unas Navidades en ciernes. ¿Qué más puedo pedir?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Ocho

El lunes después de Acción de Gracias debería haber sido como cualquier otro comienzo de semana laboral para Miranda. Subió a su coche y se dirigió a la oficina. En el equipo de música sonaba su emisora de radio por satélite favorita, una mezcla de pop y éxitos de su juventud. La música sonaba suave mientras ella intentaba concentrarse en el día que tenía por delante. Pero a cada instante la imagen de Andrew aparecía ante sus ojos.

Una parte de ella se preguntaba si los sucesos de los últimos días habían ocurrido realmente, aunque en el fondo sabía que sí. Los ecos de sus caricias aún le calentaban la piel y las palabras que le había dicho al oído seguían resonando en su cabeza. «Si te beso, Miranda, no hay vuelta atrás». Más que lo que había dicho, lo que realmente la había dejado sin aliento era cómo lo había dicho. Él no iba a hacer el amor con ella y luego volver a ser simplemente amigos. Pero no sabía dónde les dejaba eso ahora.

Nunca había imaginado que aquello pudiera ocurrir. Cuando perdió a Johnathan, pensó que nunca habría otro hombre en su vida. Se había visto a sí misma como una madre luchadora, sin más amor romántico. Sencillamente, no podía imaginárselo después de aquella tragedia. Pero cada día que pasaba las cosas iban mejorando poco a poco, en parte gracias a los que la querían: Clay, Astrid, Tara y Grant.

Entonces apareció Andrew y la había hecho sentirse mujer de nuevo, deseada y necesitada. Probablemente no comprendía el alcance de lo que había hecho, el interruptor que había accionado.

Sin embargo, ella sabía muy bien que estaba jugando un juego peligroso con él. Lo necesitaba en su vida. Para su pequeña, Andrew era más que un tío. Era la única conexión viva con su padre. Miranda no privaría a su hija de conocerlo. Pero no debía engañarse ni mucho menos forzar a Andrew a que sintiera cosas que no sentía. Lo que tenía con él no

era un romance, aunque su cuerpo lo creyera, su alma lo anhelara y hubiera momentos tiernos y cariñosos en los que pensara que iban en esa dirección.

Llegó al trabajo y atravesó el aparcamiento, dándose cuenta de que el pequeño descapotable plateado de Astrid ya estaba allí. Miranda estaba muy contenta de haber contratado a su futura cuñada. No solo era muy trabajadora y tenía muchas ganas de aprender el negocio del diseño de interiores, sino que además era una presencia positiva en la oficina. Todos en la empresa la querían y eso le daba a Miranda una verdadera sensación de paz. Astrid pudo asumir gran parte de la carga de trabajo en las semanas posteriores a la llegada del bebé. En cuanto a cómo sería el resto de la vida de Miranda en ese momento, no lo sabía. ¿Podría contar con la ayuda de los que la rodeaban? ¿Estaría también Andrew? Todo era una incertidumbre.

—Buenos días. —Miranda asomó la cabeza en el despacho de Astrid.

Levantó la vista de su escritorio y una cálida sonrisa se dibujó en su rostro.

—Hola. ¿Cómo estás después del mal trago de Acción de Gracias?

Miranda lo había pasado muy mal el jueves por la noche, pero ahora parecía muy lejano. Si aquello no hubiera ocurrido, las emociones no habrían estado tan a flor de piel esa noche. Ella y Andrew no habrían acabado besándose en la cocina ni haciendo el amor. Miranda señaló una de las sillas frente al escritorio de Astrid.

—¿Puedo?

—Sí. Por supuesto.

Miranda tomó asiento y cruzó las piernas.

—Agradable no fue.

—No estuve presente en la discusión, pero es bastante obvio que Tara y Grant no confían en él. En absoluto.

—Es algo que no me preocupa, la verdad. Pueden pensar lo que quieran.

—Andrew estaba bien lejos de la vida de Johnathan cuando nos casamos —dijo Astrid.

—En mi caso igual —dijo Miranda—. Hablaba de su hermano, pero todo eran cosas que habían pasado en el pasado.

—Me resulta muy difícil decir si se debe confiar en Andrew, pero parece buena persona. A Clay le cae muy bien.

Para Miranda, eso valía mucho. Su hermano tenía mucho sentido común y no solía equivocarse con la gente.

—Pero no importa, ¿verdad? Andrew estará aquí por poco tiempo y luego regresará a Seattle, y eso será todo. —Miranda respiró hondo por la nariz—. El problema es que para mí no es suficiente. Quiero que forme parte de la vida del bebé. Será uno de sus pocos parientes vivos.

—¿Crees que puedes contar con él para eso? Johnathan siempre dijo que Andrew era bastante inestable. Puede que ahora parezca sólido, pero no lo sabes con seguridad, ¿verdad? —Astrid agarró un bolígrafo y lo golpeó contra su escritorio—. No quiero ser pesimista, pero tampoco quiero que te hagan daño.

Miranda apreciaba las intenciones de Astrid, pero odiaba los recelos que esas dudas despertaban en su interior. Andrew se había comportado muy sólidamente durante las últimas semanas. Había sido cariñoso y atento.

—Estoy bastante segura de que Johnathan estaba dejando que otras cosas influyeran en sus opiniones. Como la rivalidad que había entre ellos. Andrew me contó algunas historias este fin de semana.

—¿Como qué?

—Como que Johnathan era el niño bonito de casa. Todo lo que hacía estaba bien. Andrew le admiraba, y Johnathan se aprovechaba de eso. Le echaba la culpa de lo que hacía mal, y luego le decía que debía espabilar y aprender a darle la vuelta a las situaciones.

—¿Alguna vez fue capaz de hacerlo?

—No como a él le hubiera gustado. Johnathan siempre iba un paso por delante.

—Hasta que llegó el proyecto del paseo marítimo.

—Exactamente. Fue entonces cuando Andrew vio la oportunidad de vengarse. —Miranda decidió no compartir los detalles de la ruptura del compromiso de Andrew. Era algo muy personal y él se lo había ocultado a Miranda durante un tiempo, incluso cuando había tenido la oportunidad de contárselo y sacar a relucir sus motivos—. Pero luego Johnathan murió y Andrew no le vio sentido a seguir con el asunto.

Astrid asintió lentamente, como si aún estuviera digiriendo toda esta información.

—Tal vez Tara y Grant deberían oír eso. Por otro lado, que a Clay le guste Andrew ya es una razón de peso.

Eso era cierto. Su hermano era muy escéptico con la mayoría de la gente.

—¿Y tú qué opinas?

—Es increíblemente guapo, inteligente y amable. No hay nada que no me guste.

Las comisuras de los labios de Miranda se torcieron ligeramente en una sonrisa y el calor inundó sus mejillas.

Astrid miró fijamente a Miranda. Era increíblemente perspicaz, lo que la ponía muy nerviosa.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? No sé de qué me hablas. —El tono de su voz la delató. Era alto y chillón, como una niña pequeña que no sabe guardar un secreto.

Astrid se sentó en su silla y cruzó las piernas, girando a izquierda y derecha.

—No tienes que decírmelo si no quieres.

Miranda quería contarle a alguien lo que había pasado, pero también temía compartirlo, sobre todo con Astrid. ¿Y si pensaba mal de ella? ¿Y si opinaba que Miranda no había dejado pasar suficiente tiempo desde la muerte de Johnathan?

—Si te soy sincera, tengo miedo de decírtelo.

—Siempre puedes confiar en mí. No se lo diré a nadie. Ni siquiera a Clay.

—Me acosté con él. —Las palabras salieron prácticamente disparadas de la boca de Miranda.

Los ojos de Astrid se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Con Andrew?

—¿De quién más podría estar hablando?

Astrid se quedó mirando, asintiendo como si estuviera procesando la información.

—Os he visto flirtear.

—¿En serio? —Miranda estaba horrorizada. Había pensado que cualquier conexión entre ella y Andrew era indetectable. Oculta.

—No es algo malo. Me ha gustado verlo. Sé lo duro que ha sido para ti lidiar con la muerte de Johnathan.

—Acostarme con su hermano no era probablemente la forma más sana de ahuyentar mi pena.

Astrid se encogió de hombros.

—Vosotros dos tenéis una conexión muy inusual, y vivís en la misma casa. No me sorprende que os sintierais atraídos el uno por el otro.

¿Pero adónde conducía todo eso? Miranda no tenía ni la más remota idea. Y con un bebé en camino, le resultaba imposible no pensar en el futuro. ¿Sería capaz de mantener una relación con él después de lo que habían compartido?

El lunes por la mañana, poco después de que Miranda se fuera a trabajar, Andrew tuvo un respiro.

—He encontrado a Sandy —dijo Pietro cuando Andrew contestó a su móvil.

El alivio que sintió fue inmenso. Tenía que llegar hasta Victor, y Sandy, el soldado de infantería de Victor y antiguo topo en Sterling Enterprises, era el mejor camino.

—¿Dónde está?

—Se mudó a un apartamento en el centro. Es un edificio nuevo. Aún no hay muchos residentes, pero tienen mucha seguridad.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de llegar a ella?

—Sí. Hemos encontrado una manera de acceder al garaje y mis chicos tienen registrados todos sus horarios. Estoy fuera del edificio ahora mismo.

—Voy para allá —dijo Andrew.

—Lo tengo bajo control, señor Sterling. No sé si es necesario.

Admiraba la dedicación de Pietro por protegerlo, pero Andrew ya no se preocupaba por sí mismo. Tenía que llegar a Victor. Tenía que encontrar una manera de convencerlo de que se detuviera. Le importaba mucho deshacer el daño que había hecho a Sterling para que no consiguiera el proyecto del paseo marítimo. Pero mucho más que eso ahora, Miranda y el

bebé eran lo más importante. No permitiría que les hicieran daño, ni física ni económicamente.

—Estaré bien —dijo Andrew—. Solo envíame tu ubicación, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor Sterling.

Miranda y el bebé ocupaban sus pensamientos mientras subía a su coche y ponía rumbo a la dirección que le había mandado Pietro. Su corazón se aceleró al darse cuenta de lo que significaría si llegaba hasta Sandy y ella lograba convencer a Victor de que se detuviera. Habría solucionado el problema que él mismo había creado. Además, ya no tendría motivos para quedarse en San Diego con Miranda. Las últimas semanas habían sido increíbles, una muestra de la vida que tanto había deseado pero que no estaba hecha para él. Quizá lo mejor fuera resolverlo todo, seguir adelante y dejar que Miranda siguiera con su vida. Tenía la sensación de que no era la mejor solución, pero sí la más sencilla.

Encontró a Pietro en una calle lateral.

—¿Alguna señal de ella? —le preguntó Andrew, bajando del coche y reuniéndose con él en la acera.

—Debería estar saliendo del garaje pronto. Me han dicho que acaba de salir de su apartamento.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Andrew, empezando a cruzar la calle.

Pietro trotó detrás de él para alcanzarle.

En la entrada del garaje había un teclado. Pietro introdujo un código y la puerta metálica se abrió. Andrew tomó nota mentalmente de que debía subirle el sueldo. Nunca dejaba de sorprenderle. Era evidente que el edificio era nuevo y solo para los más adinerados. Todo estaba impecable. Parecía más bien una sala de espera para coches, sin los malos olores del aceite de motor o la gasolina.

—Póngase las gafas de sol —sugirió Pietro—. Será más difícil identificarle si luego le denuncian por allanamiento.

Inteligente. Pietro estaba en ello, como de costumbre. Andrew hizo lo que le decían y los hombres recorrieron la estructura de hormigón hasta llegar al ascensor. Efectivamente, un instante después de llegar, las luces situadas sobre la puerta indicaron que alguien se dirigía hacia abajo.

—No quiero asustarla —dijo Andrew. Él había sido quien contrató a Sandy. La conocía bastante bien y no podía evitar pensar que se había convertido en un peón en un juego que estaba muy lejos de su control.

—Por supuesto que no. Mi trabajo es facilitarle que hable con ella.

—Perfecto. Gracias.

Segundos después, la puerta sonó y se abrió. Sandy echó un vistazo a Andrew y su piel, ya pálida, perdió todo el color. Abrió mucho los ojos y pulsó el botón del ascensor para que volviera a subir. Pietro se adelantó y sacó el pie, impidiendo que la puerta se cerrara.

—No tengo nada que decirte —le espetó a Andrew cuando este se acercó. Llevaba el pelo oscuro con un nuevo peinado, uno de corte recto, elegante y sofisticado.

—Bien. No necesitas hablar conmigo. Solo necesito que transmitas un mensaje a tu nuevo jefe.

—¿Eso es todo? —Parecía poco convencida.

—Sí.

Sandy puso los ojos en blanco y pasó junto a él y Pietro, accediendo al garaje.

—Entonces, ¿cuál es el mensaje? —Se giró y le miró desafiante. Llevaba un gran bolso de diseño colgado del codo. Era evidente que Victor la compensaba bien.

—Dile a Victor que le pagaré diez millones para que se vaya. Es el doble de lo que perdió en su trato con Johnathan.

Sandy no parecía impresionado por esa cifra.

—¿Dónde me deja eso?

—Victor es la persona que debe responder a esa pregunta. Yo ya no soy su jefe.

—Si realmente quieres que entregue ese mensaje, deberías pagarle a la mensajera sus propios honorarios.

—Bien. Un millón extra directamente para ti.

—Podría gastarme eso en tres meses. Este edificio es ridículamente caro. Esfuérzate más.

—¿Dos?

Apretó los labios con fuerza, pero todo en sus ojos decía que no estaba estresada. Estaba calculando.

—Cuatro.

Aquello empezaba a ser absurdo.

—Si te doy cuatro y Victor se entera, él me pedirá más.

—Eres un hombre muy rico.

—Veinte para Victor. Cinco para ti. Oferta final.

Sandy tragó saliva. Por fin alguna señal de que estaba llegando a algo.

—Le informaré. Sin promesas.

—Por favor, hazle saber que me gustaría tener noticias suyas hoy.

—Lo haré. Pulsó un llavero y las luces de un Audi negro brillante parpadearon.

—¿Está en la ciudad? —preguntó.

—Buen intento. No te voy a decir dónde está. —Se puso las gafas de sol y se acercó al pomo de la puerta del coche—. Y por favor, no vuelvas a hacer este numerito. No me gusta que aparezcas donde vivo.

—Me parece justo.

Andrew y Pietro vieron cómo Sandy entraba en su coche. Esperaron a que se marchara antes de atravesar la puerta abierta del garaje y volver al exterior. Momentos después, estaban en sus vehículos al otro lado de la calle.

—Lo único que podemos hacer ahora es esperar —dijo Andrew.

—¿Me avisarás si te enteras de algo? —le pidió Pietro.

—Por supuesto. —Andrew subió a su coche y puso rumbo a la casa de Miranda. Casi había llegado cuando sonó su teléfono. El identificador de llamadas apareció en la pantalla del salpicadero. Llamada desconocida. Así y todo, contestó—: ¿Hola?

—Debes de estar desesperado —dijo la voz.

«Victor».

—¿Por qué dices eso? —Andrew hizo todo lo posible por mantener la compostura.

—Estás tratando de sobornarme. Por lo que deduzco que te estás acercando a la viuda de tu hermano. Miranda, ¿verdad?

A Andrew se le revolvió el estómago. No quería volver a oír a Victor pronunciar el nombre de Miranda.

—No hice la oferta por eso. Solo quiero que esto termine.

—Debes darte cuenta de que el dinero no sirve de nada. No podría gastar todo lo que ya tengo aunque lo intentara.

Andrew necesitaba centrarse en la conversación, lo que significaba que tenía que salir de la carretera. Accionó el intermitente y tomó la siguiente salida, entrando en una calle lateral. Puso el coche en punto muerto y apagó el motor.

—No se trata de dinero. Se trata de compensar el error de mi hermano. Es por principios.

—Errores. En plural. Fue más que los cinco millones que perdí en ese negocio que ya conoces. Ese fue el último insulto. Hubo otros cuarenta o cincuenta antes de eso. Y las mentiras. Tu hermano dejó una estela de destrucción allá por donde fuera.

Andrew iba a tener que pagar una pequeña fortuna si quería apaciguar a Victor, pero haría lo que fuera para terminar con el asunto.

—¿Qué quieres? Pon un precio.

Victor se rio.

—Lo que quiero no puedes dármelo. A no ser que volvamos a aliarnos…

Andrew se pellizcó el puente de la nariz mientras un dolor de cabeza brotaba justo detrás de sus ojos.

—No sé de qué me estás hablando.

—Quiero que Sterling Enterprises desaparezca.

Andrew exhaló un suspiro exasperado.

—Johnathan está muerto. ¿Qué sentido tiene?

—La cuestión es que Sterling va a conseguir el proyecto del paseo marítimo y la imagen de Johnathan va a estar por todas partes. Su empresa ganará premios y galardones. Esperan que el nuevo parque infantil del paseo lleve su nombre. Será como si nunca hubiera hecho nada malo, y eso no está bien.

—Pero con eso estarás castigando a la gente que dejó atrás.

—¿Quieres decir a sus esposas? ¿A su socio de negocios, Grant Singleton?

—Bueno, sí. Me refiero exactamente a esas personas. —No iba a mencionar al bebé, pero la sobrina de Andrew también sería una víctima. Estaba seguro de que Victor sabía que Miranda estaba embarazada, pero lo mejor era no darle más motivos para ejecutar su venganza.

—De ese modo todos sabrán que Johnathan no era el hombre perfecto que todos creían que era.

La frustración de Andrew crecía por momentos.

—¿Por qué te importa tanto? Parece que se trata de algo más que de dinero y ego.

—Johnathan sedujo a mi hija cuando solo tenía veinte años. Le rompió el corazón. Le hizo promesas y no cumplió ninguna. No puedo perdonarle por eso. Jamás.

Andrew miraba fijamente la escena de la ciudad que tenía delante, un concurrido restaurante mexicano y gente arremolinada en la acera, pero era como si no estuviera viendo nada de aquello. Estaba demasiado ocupado lidiando con la revelación de Victor.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Estaba casado con su segunda esposa.

—Astrid.

—Ese es su nombre.

Andrew sacudió la cabeza con incredulidad. Una gran parte de él estaba harta de limpiar los desastres de su hermano. Pero sabía que aquello no iba a ser fácil de limpiar.

—Lo siento. No sé qué decir. Lo desconocía. ¿Por qué seguiste trabajando con él después de lo que pasó?

—Estaba buscando el mejor momento de hacérselas pagar. Pero siempre parecía estar un paso por delante de mí. Nunca me ha gustado eso. No me gusta quedar como un tonto.

Andrew sintió que se le acababan las opciones.

—¿Qué quieres que haga, Victor? Esto tiene que terminar. Te daré lo que quieras. Puedes tener hasta el último centavo que tengo en el banco.

—Me guardo algunos ases en la manga. Si dan resultado, me iré. Solo quiero ver cómo algunas personas se retuercen. Si no puedo destruir Sterling Enterprises, al menos a ellos puedo hacerles mucho daño.

La línea se cortó. La pantalla del salpicadero de Andrew decía: Llamada terminada.

Andrew podría haberse sentado fácilmente y sentir lástima por sí mismo, pero una palabra no dejaba de resonar en su cabeza: ellos. Sonaba personal. Andrew tenía que advertir a alguien en Sterling de lo que se le venía encima. La persona lógica era Grant. Tal vez Tara. Pero después de la escena de Acción de Gracias, Andrew quería hablar con alguien que supiera que realmente le escucharía. Necesitaba la ayuda de Clay.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Nueve

Andrew corrió a Sterling Enterprises sintiéndose un tanto inseguro aunque decidido. Había tenido una conversación esperanzadora con Clay, que le hizo sentir que tenía un verdadero aliado en la empresa. Eso sería importante a la hora de encontrar una salida.

Las principales preocupaciones de Andrew giraban siempre en torno a Miranda y el bebé: mantenerlos a salvo y felices. No podía hacer las paces con su hermano, pero podía cuidar de la gente que Johnathan había dejado atrás. Debía encontrar la manera de permanecer en la vida de Miranda de la forma más pacífica posible. No podía permitir que su relación con el entorno de Miranda empeorara. Tenía que mantener a Clay y Astrid de su lado, y tenía que encontrar la manera de que Tara y Grant confiaran en él. No tenía que caerles bien, tal vez eso no ocurriera nunca. Pero Andrew no quería causar dolor o estrés a Miranda. Ella ya había sufrido bastante.

—Soy Andrew Sterling, necesito hablar con Clay Morgan —le pidió a la recepcionista cuando llegó a la empresa.

—Andrew —lo saludó Clay, saliendo de un pasillo a la derecha. Le dio un apretón de manos y después le miró de forma inquisitiva—. ¿Te encuentras bien? Pareces nervioso.

¿Era tan obvio?

—He estado mejor, la verdad. Me gustaría ponerte al día de todo.

—Sí. Por supuesto. Hablaremos en mi despacho. —Clay condujo a Andrew a través de los pasillos laberínticos hasta llegar a su destino. Una vez dentro, cerró la puerta y se sentó detrás de su escritorio—. Por favor, ponte cómodo.

Andrew se sentó en un extremo de un sofá de cuero negro y decidió ir al grano:

—Hablé con Victor. Le ofrecí dinero para que dejara de intentar sabotear a Sterling, pero se negó a escucharme. Supongo que querrá arruinar vuestras posibilidades con el proyecto del paseo marítimo, aunque también es posible que intente otra cosa.

—¿El qué?

Ojalá Andrew supiera la respuesta a esa pregunta. Le haría la vida mucho más fácil.

—Ni idea. Solo sé que busca venganza. Perdió mucho más dinero del que yo sabía con Johnathan. Más de cincuenta millones.

—Uff…

—Y peor aún, también lo hace por algo personal. —Andrew dudó en contar más detalles. Eso afectaría a Clay por su relación con Astrid.

—¿Personal?

Andrew se aclaró la garganta y decidió que lo mejor sería ser directo:

—Johnathan sedujo a la hija de Victor cuando ella tenía veinte años. Le rompió el corazón. Eso fue hace varios años, pero Victor sigue muy enfadado por ello. Su hija lo es todo para él.

En el rostro de Clay se reflejaba una preocupación inconfundible.

—Lo comprendo. Siento lo mismo por mi hija.

—Por supuesto. —Los pensamientos de Andrew se dirigieron al bebé de Miranda. Aún no había nacido y ya tenía la necesidad de protegerla. Se imaginaba la furia que sentiría si descubriera que alguien le había hecho el mismo daño que Johnathan le había hecho a la hija de Victor.

—Vale. Lo entiendo. Está buscando sangre. O lo más parecido que pueda encontrar.

—Exacto. Pero debes saber que hay un detalle importante en esta historia. Johnathan lo hizo mientras estaba casado con Astrid.

Clay aspiró con fuerza. Era como si le hubieran dado un puñetazo en las tripas. Amaba a Astrid. Cualquier cosa que la lastimara, lo lastimaba a él también.

—Vaya. —Apoyó el codo en el reposabrazos de la silla y se pasó la mano por el pelo, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Le dolerá mucho cuando se entere. O puede que lo mejor sea que no sepa nada.

—Yo no diré nada. Eso es decisión tuya.

—¿Y qué hacemos ahora?

Andrew deseaba tener un plan que fuera más allá de esperar a ver qué podía hacer Victor a continuación.

—Tenemos que estar alertas. Y como su objetivo principal es Sterling, eso significa que debemos vigilar todo muy de cerca.

—No puedo hacerlo solo. No estoy al corriente de todos los proyectos en los que trabajamos.

Andrew sabía lo que venía a continuación.

—Bien. Por eso tenemos que informar a Grant y a Tara. El problema es que dudo que me escuchen.

Clay golpeó con un nudillo su escritorio.

—Lo única opción que nos queda es intentarlo. —Agarró el teléfono de su despacho y pulsó un botón—. Grant. Hola, soy Clay —dijo—. ¿Puedo robaros unos minutos a ti y a Tara? Es importante.

Andrew tenía el estómago encogido por la incertidumbre, pero debía superar los nervios. Al fin y al cabo, estaba del mismo lado que Tara y Grant. Solo tenía que demostrárselo.

Clay asintió.

—Estupendo. Ahora mismo vamos. Estoy con Andrew… —Y tras decir eso colgó al instante—. He preferido no darle la oportunidad de gritarme ahora.

—Inteligente. —«Mejor que guarde su ira para mí».

Clay y Andrew se dirigieron al despacho de Grant. Para ello tuvieron que atravesar una gran zona abierta llena de mesas con gente trabajando. Andrew atraía miradas curiosas a cada paso. Su parecido con Johnathan tenía que ser el motivo, pero saberlo no le calmó los nervios. Era un recordatorio más de que se había pasado la vida a la sombra de su hermano y de que salir de ella tal vez nunca sería posible.

Clay vaciló ante la puerta del despacho de Grant, pero no tardaron en recibirlos. Tara ya estaba allí, sentada en el brazo de una silla tapizada frente al escritorio de Grant. Su postura indicaba que estaba lista para la batalla, con los brazos cruzados, desafiante. Grant estaba sentado en su silla de cuero de respaldo alto, como un rey que supervisa sus dominios. Se hizo el silencio cuando Clay cerró la puerta tras de sí y él y Andrew se adentraron. Ni Grant ni Tara les invitaron a sentarse, y tal vez fuera mejor así. Andrew no quería quedarse.

—Bien. —Clay dio una palmada antes de continuar—: Andrew tiene algunas novedades que contar con respecto a Victor.

—Espero que esto sea rápido —dijo Tara sacudiendo la cabeza.

La paciencia de Andrew ya se había agotado, pero no iba a perder los nervios. Le daría la noticia de la manera más fría y desapasionada posible.

—No tienes que escucharme. Pero espero que lo hagas. —Soltó todo lo que acababa de decirle a Clay, pero se guardó el detalle sobre Astrid. Cuando terminó, Grant y Tara seguían sin inmutarse.

—¿Y qué queréis que hagamos exactamente? —preguntó Grant.

—Eso depende de ti, pero te sugiero que mantengas un estricto control de todo. Nada de nuevas contrataciones. Informa a tu equipo de seguridad. También a tu departamento informático. Vigila quién entra y sale de la oficina y quién accede a los servidores informáticos de la empresa. Pero sobre todo no pierdas de vista el proyecto del paseo marítimo. Sigue siendo su objetivo más probable.

—Todavía no estamos seguros de que todo esto no sea más que una excusa para continuar con el plan que tú comenzaste —dijo Tara.

—¿Y qué gano mintiendo? Quiero que esto se haga tanto como cualquiera.

—¿Para que puedas irte de la ciudad? —preguntó Grant.

A Andrew se le revolvió el estómago al pensarlo. Tal vez no fuera bienvenido en esa habitación, ni en otras partes de la vida de Miranda, pero cuando estaban los dos solos le parecía vislumbrar la vida que siempre había deseado. Y no quería dejarlo pasar, pero ¿cómo podía demostrar a los suyos que su interés era genuino? Durante años, Johnathan había envenenado a Grant y Tara hablando mal de Andrew. Eso era un hecho, y necesitaría mucho tiempo para conseguir que cambiaran de opinión sobre él. No podía esperar que eso sucediera de la noche a la mañana, y no pasaría hasta que pudiera probar la existencia de Victor.

Andrew miró a Clay.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir. No es necesario que me mostréis dónde está la salida. —Se volvió hacia Tara y Grant—: Gracias por vuestro tiempo.

Andrew caminaba apresurado por el pasillo cuando Clay lo alcanzó:

—¡Espera! ¿Estás bien?

—Sí. Muy bien. Es más de lo mismo.

Clay le palmeó el brazo.

—Lo siento. No te preocupes. Todo se arreglará.

Si Andrew pudiera estar tan seguro.

—Te agradezco que confíes en mí.

—Por supuesto. Gracias a ti por estar ahí para mi hermana.

Eso hizo que Andrew se sintiera mucho mejor. Miranda era el mayor motivo para luchar.

—No hace falta que me lo agradezcas. Estoy feliz de hacerlo.

Afuera, en la calle, Andrew sacó su teléfono del bolsillo y llamó a Miranda de inmediato. Necesitaba oír su voz.

—Hola —respondió ella—. Qué agradable sorpresa. ¿Todo bien?

Andrew caminó por la acera hasta llegar a su coche. Hacía frío a la sombra de los altos edificios que lo rodeaban, pero los pensamientos sobre Miranda le daban calor.

—Todo va bien. Vengo de las oficinas de Sterling.

—¿Lo hiciste? ¿Por qué?

Andrew pulsó el mando y subió a su coche.

—No tuve elección. —Le contó a Miranda la versión abreviada de su mañana, sin los detalles sobre Astrid—. Así que, parece que me quedaré en San Diego de manera indefinida. Estoy encantado de volver al hotel.

—Andrew… No seas tonto. Quiero que te quedes conmigo. Te necesito.

El calor subió por su cuerpo, especialmente a su rostro.

—Bien. Porque es donde quiero estar.

—Tal vez puedas quedarte hasta Navidad. Eso estaría bien.

Tan solo con pensarlo ya se sentía feliz, pero no quería hacerse demasiadas ilusiones.

—Intentaré quedarme.

—¿Así que no pudiste avanzar nada con Tara y Grant?

—No. Yo diría que las cosas están más o menos igual.

—Oh. —Sonaba decepcionada, haciendo que Andrew sintiera que había fracasado.

—¿Te sorprende?

—En realidad, no. Pero tenía esperanzas…

Andrew se rio. No pudo evitarlo. A esas alturas, la idea era absurda, pero Miranda solía llevar gafas de color de rosa.

—¿Qué es lo que te hace pensar que hay alguna esperanza?

—Tal vez sea más bien un deseo.

—¿Y eso por qué?

—Porque me gustaría que fueras mi acompañante en la boda de Grant y Tara.

—¿En serio? —Andrew habría ido a cualquier parte con Miranda, pero asistir a la boda de Tara y Grant era lo último que quería hacer.

—Sí, de verdad. Astrid y yo somos las damas de honor y no quiero ir sola.

—No querrás ir con un apestado. Sería como en Acción de Gracias.

—Oh, vamos… Me encantaría ir de tu brazo.

Algo dentro de él se derritió. ¿Cómo podía negarle algo a Miranda?

—De acuerdo… Será mejor que alquile un esmoquin.

Miranda estuvo a punto de no contestar la llamada de Tara el viernes. Entre la desagradable charla de Andrew con ella y Grant en Sterling a principios de esa semana y el sermón que le había dado a Andrew en Acción de Gracias, Tara no era de sus personas favoritas en ese momento. Pero Miranda llevaba ya una hora en casa y estaba deseando pasar un fin de semana relajado con Andrew. Esperaba que Tara llamara en son de paz, así que contestó con el manos libres:

—¿Hola?

—Todo está arruinado —soltó Tara—. ¡Todo! —Parecía que Tara estaba llorando, lo que puso a Miranda sobre aviso… porque Tara no lloraba—. Se ha cancelado la boda.

—¿Ha pasado algo con Grant?

—No. Estamos bien. No es eso. Son nuestros planes. Todo en lo que he estado trabajando estos meses se ha arruinado.

No tenía sentido lo que decía. Miranda estaba segura de que era el nerviosismo típico de una novia a pocos días de su boda. Era comprensible.

—Respira hondo y cuéntame qué ha pasado.

—Alguien llamó al lugar donde íbamos a celebrar de la boda y dijo que habíamos cancelado el compromiso. Lo mismo con la floristería y el catering. Incluso cancelaron los esmóquines.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Ocurrió el lunes, pero nadie se molestó en decírmelo. Ya habíamos perdido los depósitos, así que supongo que no les importó. Intenté ponerme en contacto con el servicio de catering para que me dieran las cifras definitivas de los entrantes, y fue entonces cuando me enteré. Luego empecé a hacer otras llamadas y resulta que todo se ha ido al garete. ¡No sé qué hacer!

—Tiene que haber una manera de arreglarlo. No te preocupes, yo te ayudaré.

Andrew entró en la habitación justo en ese momento. Ella pulsó el botón de silencio de su teléfono para evitar que Tara oyera lo que estaba a punto de decirle:

—Es Tara. Alguien ha cancelado todas las reservas que había hecho para su boda. Qué raro…

Andrew se metió las manos en los pantalones, sacudiendo la cabeza.

—Esto no me da buena espina.

—Espera. Será mejor que vuelva a la llamada o Tara enloquecerá. —Miranda volvió a conectar el sonido—. Respira hondo, lo arreglaremos.

—¿Y si es cosa de Andrew? —preguntó Tara.

Miranda lamentó haber dejado la llamada con el altavoz. Andrew seguía allí de pie.

—Sé que estás disgustada, pero eso es ridículo. ¿Por qué haría eso cuando él ha hecho todo lo posible por ganarse tu confianza?

Andrew levantó las manos y salió de la habitación indignado.

—Porque está perjudicando a la empresa. Hay un artículo publicado en una página web de noticias de negocios que dice que Grant y yo hemos cancelado nuestro compromiso y que la empresa está en problemas porque estamos en desacuerdo. Nuestros accionistas no han parado de llamar a Grant.

—¿De verdad crees que Andrew haría algo así? Porque yo no.

—Estás ciega, Miranda. Os estáis acostando, ¿verdad?

Solo era cuestión de tiempo que se supiera, aun así, no era un tema del que le apeteciera hablar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo Astrid?

—Así que os estáis acostando… —dijo en tono acusador—. En realidad, no tenía ni idea. Pero sí había notado una complicidad extraña entre los dos. Lo noté en Acción de Gracias.

—¿Complicidad? Nos estamos ayudando mutuamente en un momento difícil. Si eso es un delito, supongo que soy culpable, pero no voy a disculparme por ello. Soy una mujer adulta y es mi vida.

—¿Tienes idea de lo mucho que le molestaría a Johnathan?

A Miranda le dio un vuelco el corazón, y no en el buen sentido. Había sido un golpe muy bajo. ¿Cómo se atrevía Tara a hacer esa pregunta?

—Claro que lo sé, Tara. Aún era su mujer cuando murió. Tú no lo eras.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea. A Miranda le pareció una eternidad, se sentía mal por lo que había dicho, pero estaba cansada de recibir tantas faltas de respeto. Directa o indirectamente, muchas personas le habían dejado caer que conocían a Johnathan mejor que ella. Sí, su matrimonio había sido breve y Miranda no había tenido tiempo de conocer todos los detalles de la vida de Johnathan antes de estar con ella, pero eso no significaba que no hubieran estado unidos.

—Oh, Dios. Lo siento mucho, Miranda. No sé qué me ha pasado.

—Necesito que entiendas algo. Todos los días me enfrento al fantasma de Johnathan y a la pregunta de qué habría querido él o no. Quiero honrarle, pero también quiero seguir viviendo mi vida, Tara. Y dentro de poco habrá un bebé que necesitará que yo mire hacia delante, hacia el futuro.

—Tienes toda la razón. Y lo siento de verdad. ¿Puedes perdonarme?

—¿Y tú puedes empezar a tener un poco de fe en Andrew? Porque sé que él jamás sabotearía tu boda ni extendería una historia falsa sobre vosotros. Él no es así.

—De verdad confías en él, ¿no es cierto?

En ese momento, Andrew volvió a entrar en la habitación, con la mirada de preocupación que solía acompañarlo siempre. Esperaba que algún día, pronto, todo el peso de sus hombros desapareciese. No se merecía llevar esa carga.

—Confío en Andrew —dijo Miranda con rotundidad—. Al cien por cien.

Al oír esas palabras, los ojos de Andrew se iluminaron al instante.

—Gracias —susurró él en voz baja.

—Tara, tengo que irme. ¿Qué puedo hacer para ayudarte con lo de la boda? Tal vez habría que empezar por el lugar de celebración. ¿No podéis tú o Grant presionarles un poco?

—No es una cuestión de presión. A estas alturas de las Navidades ya está todo completo. Aunque quizá sea lo mejor. Nunca quise una gran boda, y menos mal que la lista de invitados es pequeña. Y creo que podré convencer a Grant de que nos casemos en casa.

—Es una idea maravillosa. No se me ocurre un escenario más bonito. ¿Y las flores? También necesitarás sillas. ¿Has pensado en una carpa? Estaré encantada de encargarme de todo. Tengo muchos contactos en ese sector debido a mi trabajo.

—¿En serio? ¿Después de lo que dije sobre Johnathan?

Miranda no estaba segura de si estaba siendo ingenua, pero algo le decía que debía hacerlo por Andrew. Cuando llegara el bebé, quería que su mundo fuera armonioso, o lo más agradable y pacífico posible.

—Sí. De verdad que quiero ayudarte.

—Si pudieras ocuparte de las flores y el alquiler de las sillas, me quitarías un gran peso de encima. Yo puedo ocuparme del catering y todo lo demás.

—Eso está hecho. Si me envías alguna muestra de lo que tenía en mente, con algunas llamadas lo tendré todo solucionado. Para el diecinueve de diciembre, ¿no?

—Sí, la fecha no ha cambiado. Eres maravillosa, Miranda. Gracias.

—Eres como una hermana para mí, Tara. A veces eres un grano en el culo, pero eso no significa que no te quiera y que no me preocupe por tu felicidad.

—Yo también te quiero. Y también quiero que seas feliz.

—Bien. Porque Andrew será mi acompañante en la boda. Y necesito que eso no sea un problema, ¿vale?

Tara respiró hondo. Miranda lo oyó a través del teléfono.

—Entendido.

—Lo digo en serio. Quiero que también se lo digas a Grant.

—Lo haré. Créeme, quiero que ese día sea todo perfecto.

—Yo también, Tara. Yo también —dijo Miranda antes de terminar la llamada.

—No he escuchado toda la conversación, pero me ha parecido oír que los planes de boda de Tara y Grant han sido saboteados.

—Sí. Y alguien ha extendido rumores falsos en Internet diciendo que se han separado y que se están poniendo las cosas feas en Sterling.

Andrew movió la cabeza de un lado a otro.

—Tiene que haber sido Victor. Dijo que si no podía destruir Sterling al menos trataría de hacerles daño.

—¿Lo dices en serio?

Andrew volvió a negar con la cabeza.

—Lo recuerdo muy bien. Es algo personal. Y no hay nada más personal que arruinar la boda de alguien.

—Y son Grant y Tara. Las dos personas con más antigüedad en la empresa.

—Es un dos por uno. Un golpe directo. Una razón más para detener a Victor.

—¿Alguna idea?

—Cuando estabas al teléfono con Tara, yo estaba en la otra habitación intentando localizar a Sandy. Tuve que dejarle un mensaje. No se sabe cuándo o si me devolverá la llamada.

—¿Entonces esperamos?

—No tenemos elección ahora mismo. Les dije a Tara y a Grant que estuvieran pendientes de todo, pero me refería solo a la empresa. Y es comprensible que no pensaran en la boda porque ya lo tenían todo preparado.

Miranda se levantó del sofá, atraída por Andrew, como siempre.

—Le dije que serás mi acompañante en la boda. Y que todos deben comportarse lo mejor posible.

Él la miró a los ojos y, una vez más, ella tuvo la sensación de que nunca llegaría a comprender la complejidad que se ocultaba tras ellos.

—Eso no deberías tener que decirlo. No deberías tener que defenderme.

—No puedo evitarlo. Me sale de forma natural. Y sé que entrarán en razón. Lo harán.

Andrew la agarró del antebrazo y tiró de ella para acercarla más a él, luego comenzó a peinarle el pelo con los dedos.

—¿Qué te hace ser como eres, Miranda Sterling? Tienes todos los motivos del mundo para estar amargada y enfadada, pero nunca te muestras así. Podría aprender mucho de ti sobre generosidad y perdón.

—Eres un encanto. —Miranda sentía que su corazón latía con fuerza. Quería que la llevara arriba y le quitara la ropa, para poder sentir sus manos por todo su cuerpo. Lo necesitaba. Lo deseaba. Pero antes tenía que hacer unas llamadas. Lo había prometido—. Si de verdad quieres aprender algo más sobre generosidad, podrías ayudarme a salvar la boda de Tara y Grant.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Diez

Andrew intentaba ayudar a Miranda revisando en su portátil los extensos correos electrónicos que Tara le había enviado, donde detallaba cada aspecto de la boda. Se sentía un poco abrumado.

—Era la última llamada —dijo Miranda sentada frente a su escritorio mientras dejaba el móvil sobre la mesa—. ¿Has avanzado algo con la lista de deseos de Tara?

—Ni siquiera sé qué son la mitad de las cosas.

Ella se levantó de la mesa y se acercó adonde él estaba sentado, en el pequeño sillón de su despacho.

—Por hoy ya ha sido trabajo suficiente —dijo ella mientras empujaba hacia abajo la pantalla del ordenador hasta cerrarlo.

Miranda llevaba el mismo vestido azul con el que la había visto cuando se fue a trabajar aquella mañana, pero por alguna razón no se había fijado en cómo se ceñía a cada centímetro de su hermoso cuerpo ni en cómo resaltaba sus profundos ojos castaños.

—Estás guapísima —le dijo, deseando sentir su contacto. Sus miradas se encontraron y ambos sintieron la electricidad recorriendo sus cuerpos.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal.

Ella se acercó un poco más y lo miró con ojos juguetones. Luego tiró de Andrew para que se levantara y colocó sus manos contra el pecho de él, alisando la tela de su camisa. Sus miradas volvieron a cruzarse. Parecía como si un fuego salvaje e intenso ardiera en los ojos de ambos. ¿Cuál de los dos se entregaría primero al beso?

—Quiero que las cosas estén bien entre nosotros, Miranda. No quiero que carguemos con tanto equipaje. No me parece justo. —Sentía una necesidad imperiosa de sacar a relucir el estado de su relación, por tenue e

indefinida que fuera. Era el precio de querer hacer el amor con una mujer que había estado casada con su hermano. Estaba pisando terreno sagrado.

—Estoy de acuerdo. No quiero que nada se interponga entre nosotros. —Sus labios se separaron ligeramente y una suave ráfaga de aire salió de ellos. Era el sonido de la presión que se liberaba—. Incluida la ropa. —Sus manos seguían sobre el pecho de Andrew. Se inclinó hacia él y sus dedos jugaron con los botones de su camisa—. Voto porque no nos preocupemos de nada más que de ti y de mí y de la noche que tenemos por delante.

Andrew volvió a sonreír, esta vez con mucho más entusiasmo.

—Estás sonriendo —dijo ella.

—Por supuesto. Es imposible no estar feliz a tu lado.

Miranda le rodeó la cintura con la mano y la posó en la curva de la parte baja de la espalda. Sus labios se acercaron a los de él, pero ella se detuvo antes de besarlo y comenzó a tararear. Le abrió uno de los botones de la camisa. Solo uno. Entonces, Andrew alargó la mano para agarrar la cremallera de su vestido y tiró de ella hacia el centro de su espalda. En ese momento, Miranda continuó desabrochando los botones de su camisa. Él ansiaba verla desnuda, así que le dio la vuelta para poder admirar su cremosa piel en contraste con el sujetador negro. Siguió bajando el cierre metálico y se quedó sin aliento al ver sus bragas de encaje. Le bajó el vestido por los hombros, disfrutando de cada instante. La prenda se deslizó a lo largo de su cuerpo hasta el suelo y ella le devolvió una mirada seductora, de ojos profundos, cálidos y anhelantes.

Andrew la agarró por los hombros y la pegó a su pecho, luego le rodeó la cintura con los brazos. Bajó la mano y acarició la suave redondez de su vientre mientras ella arqueaba el cuello. La besó con fuerza, la suficiente para que ella nunca se preguntara cuánto la deseaba. Acarició uno de sus pechos sobre la sedosa tela del sujetador, notando en la palma de su mano cómo la piel de ella se tensaba bajo su tacto. Sus lenguas se enredaron y Miranda se giró en sus brazos. Él se quitó la camisa y los pantalones con ayuda de ella. Todo fue frenético y apresurado. Los dos estaban ansiosos.

Cuando por fin estuvo desnudo, la apretó contra él y volvió a besarla. Le desabrochó el sujetador y le agarró los pechos con las manos. Miranda cerró los ojos mientras sus pulgares rozaban sus pezones rosados y firmes, ahogando un gemido cuando notó la lengua de Andrew en ellos.

Miranda se inclinó hacia un lado para quitarse las bragas. Él se sentó en el sofá, medio reclinado, y le tendió la mano.

—Ven aquí. Te necesito.

—¿No prefieres ir al dormitorio? —respondió ella sonriente y enarcando una ceja.

—Ahora no. Tenemos toda la noche por delante… para subir arriba.

A Andrew se le cortó la respiración al verla colocar con cuidado la rodilla junto a su cadera y sentarse a horcajadas sobre él.

Ella sonrió y bajó la cabeza para besarlo. Su cabello sedoso le rozó el rostro. Casi lamentó no poder presenciar el momento en que ella agarraba su miembro con la mano y lo guiaba hacia su interior. Un profundo gemido escapó de su garganta cuando su cuerpo se adaptó al suyo, cálido y reconfortante. No podía imaginar otro lugar en el mundo donde prefiriera estar.

Ella asentó su peso sobre el de él y se movieron juntos en un baile que él quería que durara para siempre. Mecía sus caderas contra las de él, una y otra vez, mientras se besaban y las manos de él acariciaban su trasero aterciopelado y perfecto. Estaba tan extasiado que sentía como si su cuerpo flotara, pero mentiría si dijera que no le pesaba el corazón. Eso sucedía cada vez que hacían el amor. Cada vez que ella se entregaba así. Se había enamorado de la esposa de su hermano muerto. No podía dejar de pensar en ello.

La respiración de Miranda se aceleró y comenzó a temblar, sacando a Andrew de sus pensamientos. Ella se echó hacia atrás y sus miradas se conectaron durante un instante. Entonces él se dejó llevar, rindiéndose por completo, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

Miranda se sentía agotada, pero ligera como el aire. Se desplomó contra el pecho de Andrew, luchando aún por recuperar el aliento mientras algunas réplicas del orgasmo la sacudían de vez en cuando. Había habido un momento en el que, mientras hacían el amor, él se había alejado de ella. Parecía desconectado. Probablemente eso solo había sido durante uno o dos segundos, pero aun así le preocupó.

—¿Estás bien? —Ella se sentó y le tomó la cabeza con ambas manos a los lados, mirándole directamente a los ojos.

Andrew se rio en voz baja, sin abrir del todo los ojos.

—¿Me tomas el pelo? Estoy mejor que bien. Eres increíble.

Él acercó los labios a su hombro desnudo y sus pezones volvieron a endurecerse. Ansiaba más de él, incluso estando a horcajadas sobre su regazo y sin ropa entre ellos.

—Es que tuve la sensación de que tu cabeza estaba en otra parte. Pero no me hagas caso, puede que sea mi cerebro de embarazada. Te juro que ya no funciona como antes. Solo quería asegurarme de que todo estaba bien.

—Claro.

—Puedes contarme cualquier cosa, ya lo sabes.

Él sonrió.

—Te encanta presionar, ¿eh?

—No me gusta dejar cosas sin decir —respondió ella encogiéndose de hombros.

Andrew asintió y tiró de ella hasta que no tuvo más remedio que apoyar la cabeza en su hombro. Sus dedos subían y bajaban con gracia por su espalda, adormeciéndola.

—Esto no es fácil, Miranda…

Ella intuyó lo que él iba a decir a continuación y se le saltó una lágrima.

—Nos guste o no, la realidad de nuestra situación es que Johnathan nos unió. Él es la razón por la que estamos aquí ahora. Es difícil para mí, y creo que siempre me sentiré culpable.

Miranda se movió para poder verle la cara. Quería que entendiera que estaba tan destrozada como él.

—Lo sé. Hay momentos en los que puedo mirar más allá y otros en los que no. Pero no quiero que la culpa dicte lo que pasa entre nosotros. —Se sentía tonta por decir eso, pero la realidad era que estaba viuda y que esperaba un bebé. Su vida era muy seria. Eso era todo. Podía actuar como si las cosas no tuvieran importancia, pero no era así.

—Yo tampoco quiero. Solo te digo que esa es la lucha por la que estoy pasando ahora mismo. Pero no quiero agobiarte con eso. Ya tienes bastante de qué preocuparte, entre el bebé y el trabajo y ahora tener que lidiar con la boda de Tara y Grant.

—No sé en qué estaba pensando cuando me ofrecí a hacerlo, la verdad.

—Eres demasiado amable.

—Bueno…, eso no es del todo cierto. Me enfrenté a Tara hoy. Ella sabe que estamos…

—¿Acostándonos?

—Sí. Le pregunté si Astrid se lo había dicho, pero resulta que lo adivinó.

—¿Astrid también lo sabe? ¿Cómo ha ocurrido?

Miranda sintió que el calor subía a sus mejillas.

—No pude evitarlo. El lunes hablamos de lo que ocurrió en Acción de Gracias y se me escapó. ¿Estás enfadado?

—Supongo que eso significa que tu hermano también lo sabe.

Miranda se encogió de hombros.

—Probablemente. —No lo había pensado demasiado, pero era lógico. Astrid y Clay eran muy abiertos el uno con el otro—. Es algo bueno, si lo piensas. Aún le gustas.

Andrew soltó una de sus risas desprevenidas. No eran frecuentes, pero a Miranda le encantaban.

—Dice que le gusto porque cuido de ti.

—Antes de que te mudaras, yo no era feliz.

—Me resulta muy difícil de creer. Quiero decir que sé que aún estás de luto, pero eres tan optimista.

Miranda pensó en los muchos días en los que le resultaba casi imposible levantarse de la cama, o en las mañanas en las que se sentaba a la mesa de la cocina y no se atrevía a subir, ducharse, vestirse e ir a trabajar. Y luego estaban los muchos días en los que no podía trabajar en la oficina más que unas pocas horas antes de agotarse y tener que irse a casa. Esas noches solía hacerse un ovillo y llorar hasta quedarse dormida. Creía que era una parte necesaria del duelo, simplemente entregarse a las cosas que su mente y su cuerpo ansiaban, pero la realidad era que desde que Andrew había llegado todo eso había empezado a desvanecerse. Solo por volver a tener movimiento en la casa se sentía feliz. Desde la aparición de Andrew todo había empezado a cambiar. Él era fuerte y desinteresado. Cálido y cariñoso. Todo lo que siempre le habían dicho que él no era.

Quería a Johnathan, pero maldito fuera por retratar a su hermano de forma tan negativa.

—Digamos que las cosas han mejorado mucho desde que estás aquí. Y no solo porque cocinas para mí y haces café por las mañanas —le dijo Miranda mientras le alisaba el pelo—. Y no es porque hayas hecho tantas cosas por mí en la casa o hayas escuchado mis problemas o preocupaciones. Es porque nunca me has juzgado. Ni siquiera un minuto.

—Cuando todo el mundo te ha juzgado siempre, es difícil hacer lo mismo con los demás. Y más aún a alguien que te importa.

Ella le miró a los ojos, notando el calor que irradiaba desde el centro de su pecho. Su corazón se estaba recomponiendo, pieza a pieza, simplemente porque ese hombre increíble había entrado en su vida en el momento más inoportuno. Se estaba enamorando de él y sabía que tenía que tener cuidado. Porque no estaba segura de que Andrew se quedara y se permitiera ser feliz.

—¿Me prometes una cosa? —preguntó ella.

—Dime.

—Ya que te quedas para la boda de Tara y Grant. Prométeme que te quedarás hasta Navidad.

—¿Es eso lo que quieres?

Ella no quería pensar en otra opción.

—Sí. Por supuesto.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Once

Andrew oyó la voz de Grant por el altavoz de Miranda.

—¿Podríais venir temprano hoy Andrew y tú? Tenemos algo que deciros.

Miranda miró con curiosidad a Andrew. Ambos estaban vistiéndose para la boda. Y ya estaba previsto que ambos llegaran una hora antes que el resto de los invitados.

—¿Va todo bien? —preguntó Miranda.

—Sí. Todo está bien. Pero os debo a Andrew y a ti una disculpa. Si venís un poco más temprano podremos hablar con tranquilidad.

—De acuerdo. Iremos en cuanto terminemos de arreglarnos —dijo Miranda antes de cortar la llamada. Luego se dirigió a Andrew—: ¿De qué crees que se trata todo esto?

—No tengo ni idea, pero lo de la disculpa suena bastante bien. —Sonaba mejor que bien, y eso hizo que Andrew se sintiera un poco más optimista con lo de asistir a la boda. Había estado temiendo el gran día de Grant y Tara. No por ir de acompañante con Miranda, pero no le entusiasmaba la idea de exponerse de nuevo ante los novios como si fuese un pelotón de fusilamiento.

—¿Lista? —le preguntó a Miranda después de ponerse los zapatos—. Me pondré la chaqueta cuando lleguemos, no quiero que se arrugue.

Miranda salió del vestidor con un vestido color burdeos sin tirantes que casi hizo que se le cayera la mandíbula al suelo.

—¿Parezco un balón de playa?

Se acercó a ella, deseando que no tuvieran que salir corriendo por la puerta, y le acarició sus hombros sedosos. «Te pareces a todo lo que siempre he querido».

—No, para nada. Estás preciosa y llena de vida.

—¿Esa es tu manera disimulada de decirme que sí parezco un balón? Porque tengo que ponerme al lado de Astrid, que tiene un cuerpo perfecto y llevará exactamente el mismo vestido. Me temo que no ayudará nada a mejorar mi autoestima.

—No te compares con Astrid. Eres la mujer más hermosa que he visto.

Ella apretó los labios y entrecerró la mirada.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. Y también es hermoso lo que hay aquí. —Le dio un golpecito con un dedo en la frente—. Y aquí. —Le puso la mano en el corazón y vio cómo la expresión escéptica de su rostro se transformaba en una sonrisa.

—Qué dulce. No te creo del todo, pero está bien. Me has armado del valor suficiente para estar al lado de Astrid. Eso es todo lo que necesitaba. —Su expresión cambió de nuevo a una de pura felicidad—. El bebé se mueve —murmuró, agarrándole la mano y colocándosela sobre su barriga.

Miranda le había contado lo mucho que solía moverse el bebé, pero el movimiento nunca parecía producirse cuando Andrew estaba cerca o, cuando lo hacía, él no era capaz de detectarlo. Ahora seguía sin sentirlo, y realmente quería hacerlo.

—No consigo notarlo.

—Un poco más fuerte. —Apretó aún más la mano de él contra su vientre.

—No quiero hacer daño al… —Justo en ese momento notó unos pequeños golpecitos contra la palma de su mano. Sus ojos brillaron cuando sus miradas se cruzaron—. ¡Lo noto!

—Es increíble, ¿verdad? —dijo Miranda soltando una risita.

—Lo es. —Estaba tan sorprendido que se contuvo de moverse hasta que el bebé decidió dejar de hacerse notar.

—Debemos irnos ya o al final llegaremos tarde —lo apresuró Miranda.

—De acuerdo —asintió Andrew.

Ya en el coche, con Andrew al volante, Miranda puso la dirección de la casa de Grant en el ordenador de abordo. Mientras conducía, Andrew sentía que se le tensaban los hombros. Había pasado tanto tiempo

preocupado por lo que Grant y Tara le dirían ese día que no se había parado a pensar en el hecho de que no había ido a una boda desde que su prometida lo dejó. ¿Podría alguna vez ser suficiente para Miranda? El hecho de estar compitiendo con el recuerdo de Johnathan, la única persona con la que siempre había quedado en segundo lugar, no ayudaba.

Estaba enamorado de ella, era algo que no podía negarse a sí mismo. Lo tenía claro desde la noche en que habían hecho el amor en su despacho y habían tenido aquella conversación tan franca. A pesar de lo delicado del tema, Miranda fue tan sincera que le dejó sin aliento. Antes de conocerla, Andrew vivía en un mundo muy diferente, moviéndose de un lado a otro sin pararse demasiado a pensar. Ella le había dado un giro a su vida de ciento ochenta grados, y eso alimentaba su alma de una forma con la que no había contado.

Seguía buscando la forma de atribuir sus sentimientos a la lujuria o al mero encaprichamiento, pero cada vez que lo hacía siempre terminaba pensando en la misma palabra: amor. Cuando estaban juntos, ella hacía o decía algo que a él le daban ganas de decirlo en voz alta. Incluso la más simple de sus sonrisas era suficiente para que se le quedara en los labios, y sin embargo había algo que le hacía reprimirla.

Victor era la razón obvia. No se sentiría bien ni siquiera abordando el tema hasta que se hiciera borrón y cuenta nueva. Tenía que arreglar el problema. Pero Johnathan también seguía acechando dentro de su cabeza, diciéndole que estaba pisando un terreno prohibido.

—¿Todo bien? —preguntó Miranda cuando llegaron a la moderna casa de Grant—. Has estado muy callado durante todo el viaje.

Esa no era la ocasión de contarle todo lo que daba vueltas en su cabeza.

—Supongo que tengo curiosidad por lo que Grant tiene que decirnos.

—¿Nada más? Porque anoche estuve dándole vueltas y pensé que tal vez te resultaría difícil asistir a una boda por culpa de lo que pasó con tu prometida. —Miranda estaba tan en sintonía con él que era asombroso. A veces parecía que podía leer sus pensamientos.

—Tal vez un poco. Pero estoy bien. Vamos. —Salió del coche y la ayudó con sus cosas.

—De acuerdo, pero avísame si quieres hablar de ello —dijo mientras subían por el camino de entrada—. O si te afecta demasiado. No quiero que pienses que soy insensible por traerte aquí.

—No te preocupes. No hay problema.

La puerta principal estaba abierta de par en par y se veía mucho ajetreo de gente moviéndose de un lado a otro. Entraron y preguntaron a uno de los camareros:

—Disculpe, ¿sabe dónde está el señor Singleton? —preguntó Miranda.

—La última vez que lo vi, estaba en su oficina. Justo al lado de la sala de estar. Frente a la cocina.

Miranda y Andrew atravesaron la amplia extensión del salón, que había sido decorado con mucho gusto para las fiestas, con un alto árbol de Navidad junto a la chimenea, lleno de adornos blancos y plateados. La casa era increíble, sobre todo por la cantidad de ventanas que hacían dirigir la mirada hacia las maravillosas vistas al océano.

Tara salió de una puerta de la parte trasera de la casa y los saludó. Llevaba puesta una bata blanca.

—Me alegro de que hayáis llegado —dijo mientras caminaba descalza hacia ellos—. Grant está aquí. —Se detuvo frente a su despacho.

—Creía que daba mala suerte que el novio viera a la novia —comentó Miranda tras darle un beso en la mejilla.

—Eso es solo si lleva el vestido puesto. Por eso voy en bata. De todas maneras, no creo en la mala suerte. En los malos actores, tal vez. —Tara dirigió entonces su atención a Andrew, sorprendiéndolo con un abrazo—. Me alegro de que estés aquí.

Todo era demasiado extraño, pero Andrew no iba a discutir. Hoy era el día de su boda. Ella tenía derecho a actuar como quisiera, incluso si Andrew estaba desconcertado.

—Yo también.

Los tres entraron en el despacho y Grant levantó la vista de su escritorio y lo rodeó para abrazar a Miranda y estrechar la mano de Andrew. Él tampoco iba vestido para la ocasión, llevaba unos vaqueros y una camiseta.

—Gracias a los dos por venir. Sentaos.

Andrew y Tara se sentaron en el mismo sofá. Tara y Grant hicieron lo mismo y permanecieron agarrados de la mano.

—Estoy seguro de que ambos tenéis curiosidad por saber por qué queríamos hablar con vosotros en persona. Después de todo lo que pasó en Acción de Gracias, y de nuevo hace unas semanas en las oficinas de Sterling, Andrew se merece una disculpa en persona en toda regla. Tara y yo sentimos mucho haber dudado de ti.

—¿Sobre Victor?

—Grant cree haber descubierto quién es —dijo Tara—. Su verdadera identidad.

Miranda lanzó una mirada a Andrew.

—Dios mío. ¿Puedes creerlo?

—Tengo curiosidad por saber qué habéis descubierto —dijo Andrew.

—Una de las primeras veces que Johnathan y yo nos asociamos con otro promotor en un proyecto de construcción fue con un hombre llamado James Bloodworth —empezó Grant—. Fue en los inicios de Sterling Enterprises, después de que Tara hubiera dejado la empresa.

—Sin embargo, recuerdo el fiasco de Bloodworth —dijo Tara—. Todo el mundo hablaba de ello.

—Johnathan había estado interesado en intentar un proyecto fuera de San Diego, así que nos asociamos con James para construir un rascacielos en Toronto. En resumen, el acuerdo fue un gran desastre para él y para Sterling. Todos perdimos un montón de dinero. Subestimamos los plazos y los costes de construcción, y sobreestimamos el mercado en aquel momento. Fue la única vez que trabajamos fuera de esta ciudad.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver Victor en todo esto? —preguntó Miranda, reflejando lo que Andrew estaba pensando.

—Victor es el segundo nombre de James Bloodworth. Por supuesto, nunca lo supe —dijo Grant—. Era terrible trabajar con él. Un auténtico exaltado. Johnathan y yo acordamos que no volveríamos a trabajar con él. Pero, sin que yo supiera nada, Johnathan cerró varios tratos con él a mis espaldas usando su propio dinero.

Esa era la pieza que faltaba del rompecabezas. La asociación inicial de Johnathan con Victor y cómo Grant había permanecido ajeno a todo. Grant conocía a Victor, pero con un nombre distinto.

—Todo empieza a tener algo de sentido. ¿Cómo lo descubriste? —Andrew necesitaba saber cómo lo había descubierto.

—He estado revisando los archivos de Johnathan desde su muerte. Solo para asegurarme de que no había nada crucial escondido en ellos. No siempre compartía conmigo toda la información. —Grant le dedicó a Tara una sonrisa de complicidad—. Tenía una caja con cosas suyas aquí en casa y Tara necesitaba que los trasladara a mi despacho para la boda. Solo me quedaba un archivo por revisar, así que lo hice esta mañana. Era el último. Con la V, de Victor. Por lo que sé, dejó de usar su nombre completo después de ese primer trato fallido.

Andrew inspiró profundamente por la nariz, dejando que le llegara el tan necesario oxígeno al cerebro. Sí, todo tenía sentido, aunque le costaba asimilarlo todo de golpe.

—Y teniendo en cuenta todo esto, ¿qué nos espera de cara al futuro? —preguntó Miranda.

—Con suerte, intentar destruir nuestra boda es lo más que ha podido hacer hasta ahora —respondió Tara—. Averiguaremos quién ha conseguido hacerse con el proyecto del paseo marítimo el miércoles, justo antes de Nochebuena.

Sonaba demasiado bueno para ser verdad. De hecho, Andrew no confiaba en que Victor se detuviera o simplemente desapareciera. Aunque tal vez esa sensación se debiera a que estaba acostumbrado a estar siempre en alerta constante.

Grant tendió la mano a Andrew.

—Me gustaría disculparme de nuevo. Está claro que Johnathan dejó unas cuantas sorpresas para todos, ¿no?

—Me alegro de que podamos seguir adelante —dijo Miranda mientras apoyaba la mano en la rodilla de Andrew. Su contacto era reconfortante. Era como un permiso para respirar hondo y relajarse. Esperaba poder hacerlo del todo ese mismo día.

—Una boda parece un buen comienzo —dijo Grant, agarrando de nuevo la mano de Tara.

De repente, una expresión de pánico cruzó el rostro de Tara.

—¡Tengo que prepararme! —Miró de reojo a Miranda—. ¿Quieres venir a ayudarme?

—Claro.

Miranda había estado muy preocupada por la situación con Grant, Tara y Andrew, y ahora que estaba resuelta apenas podía creerlo. Tal vez

fuera porque Andrew aún parecía nervioso, forzando sonrisas y estando callado mientras ella lo besaba en la mejilla antes de ir a ayudar a Tara.

—Siéntate delante. Así podré verte.

—No me parece una buena idea. Esos asientos son para la familia.

Entonces se dio cuenta de que prácticamente lo estaba echando a los lobos. No estaba previsto que fuera una gran boda, pero la mayoría de los invitados habían conocido a Johnathan, lo que significaba que lo más probable era que no tuvieran una buena opinión de Andrew.

—Siéntate donde quieras. La ceremonia será muy corta. Luego podemos pasar el resto del día juntos.

Él soltó otra de esas sonrisas poco convincentes. Miranda se sentía dividida entre las cosas que le había prometido a Tara y lo que realmente quería hacer, que era aferrarse a Andrew y no soltarlo.

—Estaré bien, Miranda. Te lo prometo. —Le dio un suave beso en la mejilla—. Te veré después de la ceremonia.

Ella no dejó de mirarlo mientras él se alejaba en dirección al salón. Un fuerte suspiro salió de sus labios. Estaba enamorada. Pero necesitaba concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Se dio la vuelta y corrió por el pasillo hacia el dormitorio donde Tara se estaba preparando.

—Si pudieras ayudarme a ponerme el vestido sin mancharlo de maquillaje, sería estupendo —dijo Tara.

—Espera. —Astrid entró en la habitación, cerrando la puerta detrás de ella—. Soy una experta en eso. Déjame ayudarte. —Astrid era exmodelo profesional. Había hecho ese tipo de cosas innumerables veces.

—¡Ya estás aquí! —dijo Miranda, incapaz de apartar la vista de lo increíble que le quedaba a Astrid el vestido.

—Si pudieras ayudarme, sería estupendo —dijo Tara, quitándose la bata de los hombros.

Sintiéndose inútil, Miranda se hizo a un lado y dejó que Astrid se ocupara del vestido. Lo descolgó de la percha, pasó los brazos por la falda y el corpiño y lo levantó por encima de la cabeza de Tara. Astrid era alta y llevaba tacones, así que lo hizo con facilidad.

—Levanta los brazos, pero pon la barbilla en el pecho —le indicó Astrid.

Tara obedeció.

—¿No estropeará mi peinado?

—Un poco. Pero lo arreglaremos. —Astrid bajó poco a poco el vestido mientras el torso de Tara asomaba por la parte superior. La ayudó a pasar los tirantes por los hombros y luego le subió la cremallera—. ¿Ves? Sin manchas de maquillaje, y tu pelo está perfecto.

Tara se dio la vuelta con su vestido, un sencillo pero llamativo vestido de satén blanco invernal con finos tirantes, un profundo escote en V y una elegante falda de vuelo. Astrid y Miranda corrieron a darle la buena noticia: era una novia preciosa.

—Es increíble —declaró Astrid.

—Absolutamente hermosa —agregó Miranda—. Grant va a quedarse sin habla.

—Estoy tan contenta de que estéis las dos aquí. Sois mis amigas más cercanas. Lo cual es extraño, ¿no?

—Me pregunto qué habría pensado Johnathan si hubiera vivido para ver este día —se preguntó Astrid en voz alta.

—Supongo que su ego habría estado fuera de control —dijo Tara.

Miranda se rio, ya estaba un poco cansada de hacerse preguntas sobre cómo se habría sentido Johnathan ante cualquier nuevo acontecimiento que ocurría. Sí, lo había amado, pero las conjeturas sobre sus deseos y anhelos ensombrecían demasiado sus vidas.

—Creo que ahora lo importante es que encontremos puntos en común entre las tres y trabajemos juntas. En realidad, es bastante asombroso lo que hemos hecho. Lo fácil hubiese sido que, tras la lectura del testamento en el despacho del abogado, nos hubiésemos ido cada una por nuestro lado.

—Creo que ha sido el dinero el que ha hablado —dijo Tara, acercándose a su cómoda y comprobando su maquillaje en el espejo que colgaba sobre ella.

—No. Miranda tiene razón —dijo Astrid—. El dinero podría haber sido el punto de partida, pero aún dependía de nosotras mantenerlo todo unido. No fue fácil. Se avecinaban secretos y teníamos que salir adelante juntas. —Agarró la mano de Miranda y la apretó—. Y ahora tenemos una boda que celebrar, un bebé que llegará dentro de unos meses y, con suerte, si todo va bien, Sterling Enterprises ganará el contrato del proyecto del paseo marítimo.

Miranda suspiró. Estaría bien que eso último ocurriera, pero también se estaba preparando para la idea de que tal vez no, y para el impacto que eso podría tener en Andrew. Podría acabar siendo un duro golpe para su autoestima y que tuviese que luchar con la culpa a diario.

—Lo mejor es esperar que tengamos un final feliz.

El teléfono de Astrid sonó con un mensaje de texto.

—Es Clay. Grant está abajo y Clay está esperando para llevarte al altar. Delia está con él.

—Parece que ya es la hora —dijo Miranda.

Después de una última rociada de perfume y laca a Tara, Miranda comprobó que todo estuviera despejado y se dirigieron a la escalera trasera, que conducía al piso inferior. En la parte trasera de la casa había una pared de ventanas de acordeón que ese día estaban abiertas, con los invitados a la boda en sillas plegables de madera blanca sobre el extenso césped. Al fondo estaba el arco cubierto de rosas blancas donde se oficiaría la ceremonia. Ese había sido el toque de Miranda. Por suerte, Grant tenía una valla alta de madera maciza a un lado de su propiedad, lo que les daba intimidad y los protegía del viento.

—¿Preparados? —preguntó Clay, acercándose a las tres. Delia le agarraba la mano, pero se soltó al ver a Miranda, la cual se agachó y besó a su sobrina en la cabeza.

—Estás muy guapa con ese vestido.

—Gracias. Aunque estos zapatos me hacen daño —dijo la niña mientras balanceaba un pie.

—Sí. Me temo que es uno de los precios de ser mujer. Llevar zapatos que hacen daño.

—Es hora de irnos —dijo Astrid. Los colocó a todos en orden: primero a Delia, luego a Miranda, a Astrid y, por último, a Tara del brazo de Clay.

Momentos después, empezó la música y Delia lo hizo de maravilla, lanzando pétalos de flores mientras empezaba a recorrer el pasillo. Los invitados se pusieron de pie, y fue entonces cuando Miranda vio a Andrew, sentado en la penúltima fila, al fondo. ¿Sentiría que formaba parte de aquello? Esperaba que sí. Cuando llegó su turno, tuvo la oportunidad de mirarlo a los ojos, encontrando en su expresión esa mezcla familiar de emociones tristes y tiernas.

Tal y como se había prometido, la ceremonia fue breve y dulce y, tras los aplausos de los asistentes y el paso de la feliz pareja por el altar, el servicio de catering se apresuró a reorganizar las sillas para la recepción a medida que los invitados abandonaban sus asientos. Miranda encontró a Andrew.

—Ha sido agradable —dijo él.

—Sí, ¿verdad? —Le agarró la mano—. ¿Estás seguro de que todo está bien?

Andrew la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la cabeza.

—Tranquila, puedes dejar de preguntarme eso. Tú solo disfruta. Es lo único que quiero.

Eso no la reconfortó ni la animó mucho, pero no quiso indagar más.

—Vamos a por algo para beber. ¿Te apetece un bourbon?

—No, gracias —respondió él agitando la cabeza—. Prefiero solidarizarme contigo y no beber alcohol.

Ella sonrió y se puso de puntillas para besarle en la mejilla.

«Eres el mejor. Te quiero», pensó. Pero creyó que no era el mejor momento de decírselo. Prefería esperar a estar más segura de que él la correspondía. Y si ese día no llegaba y él acababa marchándose, se lo diría entonces. Solo para que él nunca dudara de sus verdaderos sentimientos. Solo para que él pudiera recordar su tiempo juntos de una manera feliz. Las cosas entre ellos nunca serían sencillas ni fáciles. Nunca. Era el hermano de su marido muerto. Eso nunca iba a cambiar.

Pasaron la cena y el comienzo de la recepción sin incidentes, aunque Miranda se dio cuenta de que algunos amigos de Johnathan los miraban con desaprobación cuando Andrew y ella iban de la mano o bailaban. Sabía que Andrew se sentiría incómodo. Incluso a ella misma le afectaba.

Estaban abrazados en la pista de baile cuando una canción lenta y romántica dio paso a otra mucho más animada. Los invitados se levantaron de sus asientos y empezaron a moverse en dirección a Miranda y Andrew. Ella lo interpretó como una señal para que se marcharan.

—Vamos, creo que es hora de que nos escabullamos. —Andrew le agarró la mano y tiró de ella. Él avanzó unos pasos, pero miró hacia la fiesta, que ahora estaba en pleno apogeo—. Tiene pinta de que esto se alargará unas cuantas horas más. ¿Te parece bien si nos vamos?

—Sí, no te preocupes, me parece bien. La tarta ya está cortada. Se han hecho los brindis. —Ella tiró un poco más fuerte de su mano—. Quiero estar a solas contigo, no he podido estar contigo en todo el día.

—No puedo negar que eso suena muy tentador —dijo Andrew con una sonrisa.

Se alejaron de la fiesta y se adentraron en la oscuridad de la noche. El viento azotaba con fuerza, helándole la cara y los brazos a Miranda. Pensó en ir a por su abrigo, pero no quiso arruinar el momento. Cuando llegaron a los confines de la propiedad de Grant, estaban a menos de quince metros del precipicio, el acantilado que dominaba el bravo océano.

—Ven aquí —dijo Andrew, tirando de ella hacia sus brazos y envolviéndola en su calor. No necesitaba abrigo, solo a él—. Estás temblando.

—No pasa nada. Solo quería disfrutar de esta vista. Contigo. —Se acurrucó contra su pecho y contempló el mar. La luna, baja en el cielo, brillaba con fuerza, reflejándose en las olas—. ¿Lo has pasado bien hoy? Sé que no ha sido fácil con tantos amigos de Johnathan aquí.

Él estrechó su abrazo, haciéndola sentir como si nada pudiera hacerle daño. No sabía qué iba a hacer si él se iba, pero no iba a perder el tiempo preocupándose por lo que pudiera pasar.

—No es nada a lo que no esté acostumbrado, Miranda. He pasado toda mi vida lidiando con mi hermano. Incluso muerto, sigue proyectando una larga sombra.

—En algún momento tendrás que encontrar la manera de superar todo eso. Aunque para mí es fácil decirlo… Nunca he tenido que lidiar con algo así.

—Es duro… Pero hoy ha sido un primer paso. Que Tara y Grant vieran por fin la luz ha sido algo bueno.

Miranda echó la cabeza hacia atrás para poder contemplar su atractivo rostro. Se alegró mucho de oír una pizca de positivismo de su parte.

—¿Ves? Creo que solo es cuestión de tiempo —dijo ella.

—Y yo creo que es hora de sacarte de este frío, meterte en el coche y volver al calor de tu casa.

—¿Y al calor de mi cama?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Doce

El lunes por la mañana, después de la boda de Grant y Tara, un terrible pensamiento despertó a Andrew de su sueño. Se sentó en la cama, con la respiración agitada. ¿Y si lo de la boda había sido una distracción del verdadero plan de Victor para atacar a Sterling?

—¿Estás bien? —murmuró Miranda, dándose la vuelta en la cama—. Estabas hablando en sueños.

Andrew no quería compartir su teoría. Aún no estaba despierto del todo y no había tenido tiempo de pensar en ello. Se inclinó y besó el hombro de Miranda.

—Estoy bien. Voy a hacer café.

—Bajaré en un rato —respondió Miranda, acurrucándose en la almohada—. Mi alarma no suena hasta dentro de media hora.

Andrew se tomó su tiempo para bajar las escaleras, pensando en su última conversación con Victor. Al llegar a la cocina, molió los granos de café y se apoyó en la encimera mientras la jarra se llenaba, gota a gota. Cuantas más vueltas le daba, más probable le parecía su idea, pero Grant y Tara se sentían muy seguros en la recta final del proyecto del paseo marítimo. Creían que no había nada de qué preocuparse. Él no pensaba lo mismo, pero no quería llevarles la contraria. No quería volver a estar en guerra con ellos. La persona con la que debería abordarlo era Clay. ¿Pero cuándo? Eran las 7:10 de la mañana y Andrew no quería que Miranda oyera la conversación con su hermano. Con suerte, Clay entendería que Andrew tenía una buena razón para llamar.

—¿Así que no soy el único que madruga? —contestó Clay al primer timbrazo.

Andrew consiguió sonreír, a pesar de las preocupaciones que tenía en la cabeza.

—No duermo mucho, la verdad.

—Yo tampoco. ¿Qué pasa?

Andrew podía oír los pasos de Miranda caminando por el piso de arriba. Lo más probable es que se hubiese desvelado, así que tendría que darse prisa.

—¿Puedes hacerme un favor y hablar hoy con el ayuntamiento sobre la presentación para el paseo marítimo?

—Han dejado claro que no quieren que lo hagamos. Se supone que deben emitir su decisión final el miércoles. El veintitrés de diciembre.

—Lo entiendo, pero me preocupa que lo que hizo Victor con la boda de Tara y Grant fuera una distracción. Obligó a todos, especialmente a Tara y Grant, a concentrarse en otras cosas que no fueran el trabajo en las últimas dos semanas. —Andrew esperaba que todas sus sospechas terminaran en nada—. Es solo por precaución. Estáis muy cerca de la meta. No me gustaría que se estropeara en el último momento.

—De acuerdo. Claro. Lo haré en cuanto llegue a la oficina.

Andrew oyó los pasos de Miranda en las escaleras.

—Llámame en cuanto sepas algo.

—Lo haré.

Andrew terminó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero del pijama justo cuando Miranda entraba en la cocina. Verla siempre le provocaba una tormenta de sentimientos. Estaba harto de vivir al límite, de estar a medias en su vida. Le había expresado lo que sentía físicamente, pero nunca con palabras. Quería arriesgarlo todo, pero le aterrorizaba el futuro de Miranda. Si terminaba volviendo a Seattle, tenía que saber que ella estaría bien. Que él no había empeorado las cosas creando problemas y dejándolos sin resolver.

—¿Café? —le preguntó él.

—Por favor. Ya sabes lo que pienso de los lunes.

Le sirvió una taza de café y añadió un buen chorro de nata.

—Espero que esto lo mejore un poco.

—Exactamente como me gusta. —Tomó un sorbo y le sonrió cálidamente.

Momentos como ese le calentaban el corazón, las pequeñas cosas de la vida cotidiana. No podía imaginarse dejar San Diego una vez que todo el asunto con Victor estuviera resuelto. «Si se resuelve», se recordó a sí

mismo. La realidad era que no se sentiría bien al expresar sus sentimientos, o su deseo de quedarse, hasta que se hubiera redimido. El perdón de Grant y Tara había sido un gran paso, pero él quería borrón y cuenta nueva. Miranda merecía un nuevo comienzo sin condiciones.

—He decidido no ir a la oficina durante el resto de la semana a partir de hoy. —Miranda le tomó la mano—. Así tendremos tiempo para estar juntos. Unos días antes de Navidad para relajarnos.

Andrew no había deseado nada tanto, nunca.

—Me parece genial.

—Encargué algunas cosas para el cuarto del bebé hace un mes aproximadamente. Llegarán mañana. Podríamos colocarlas y quizá luego ver una película navideña. —Miranda se encogió de hombros—. No sé… Dicho en voz alta suena un poco aburrido, la verdad.

«Suena como todo lo que siempre quise», pensó Andrew.

—Seguro que será más divertido que trabajar.

—Eso me recuerda que tengo que revisar mi correo electrónico. Es posible que mi única reunión de hoy con un cliente se adelante. Ahora vuelvo —dijo Miranda, y luego salió corriendo hacia el salón.

Andrew se puso manos a la obra con el desayuno. Preparó huevos, salchichas y fruta fresca. Trató de pensar en positivo mientras cocinaba. Cabía la posibilidad de que no hubiera ningún problema: Clay podría llamarle a partir de las nueve y anunciarle que todo iba bien con la candidatura de Sterling en la ronda final del proyecto del paseo marítimo. Miranda volvería a casa después del trabajo y él le prepararía una comida fabulosa. Con suerte, harían el amor y él la estrecharía entre sus brazos mientras dormía. Compartirían varios días, escondidos en la casa, y finalmente pasarían unas hermosas vacaciones juntos. Su primera Navidad feliz de verdad.

Si todo eso sucedía, tal vez fuera el momento adecuado para decirle sus verdaderos sentimientos. Se lo había jugado todo. Y si tenía suerte, Miranda le diría que sentía lo mismo. ¿Sería tan afortunado? Quería creer que sí, pero era lo bastante listo como para saber que el mundo no siempre funcionaba así.

Al rato, Miranda se reunió con él en la cocina de nuevo y se sentaron a desayunar.

Con el primer bocado, Miranda soltó un gemido.

—Me estás mimando demasiado. —Ella siempre se mostraba agradecida por sus habilidades culinarias, y esa mañana no era diferente.

Una vez terminado el desayuno, Miranda subió a ducharse mientras Andrew limpiaba la cocina y rezaba para que su teléfono sonara pronto. No lo hizo antes de que Miranda saliera por la puerta para ir a trabajar, así que Andrew se aseó y se vistió para el resto del día.

El teléfono sonó con la llamada de Clay poco después de las diez.

—Tenías razón. Nuestra oferta ha sido retirada. Completamente descartada.

El corazón de Andrew empezó a martillear. No le producía ningún placer saber que estaba en lo cierto.

—¿Qué ha pasado?

—Al parecer, una mujer con una carta con membrete de Sterling Enterprises se presentó en la oficina de urbanismo el viernes por la mañana. Era una petición formal para retirarse del concurso.

—El día antes de la boda.

—Sí. Grant y Tara no estaban en la oficina ese día. Y yo tampoco, porque esa mañana había desfile de Navidad en el colegio de Delia, y luego fui con Grant a recoger sus anillos.

—¿Y no se puede deshacer? —La mente de Andrew corría a mil por hora mientras pensaba cuál podría ser su siguiente movimiento.

—Sí. Ya hemos iniciado el proceso. La empleada se enfadó al principio, pero conseguí engatusarla y creo que lo he arreglado.

Por fin, Andrew pudo soltar el aire que había contenido. Clay había vuelto a encarrilar las cosas. Aun así, habían estado demasiado cerca del precipicio. Andrew necesitaba que Sterling cruzara la línea de meta el miércoles. Puede que no ganaran la licitación, pero al menos quería asegurarse de que no fuese a causa de un sabotaje.

—Bien. Voy a ponerme a trabajar para localizar a Victor y así poder poner fin a esto.

—Andrew, sabes que creo en ti, pero te he oído decir eso muchas veces. ¿Qué hay de diferente hoy?

Andrew solo podía pensar en estar los próximos días con Miranda. Más allá de eso, ¿esperaba algo más? Sentía que tenía su futuro en las manos, pero antes tenía que resolverlo todo.

—Tengo una idea.

—A lo mejor es que no hay quien pare a este tío y lo único que podemos hacer es aguantar hasta que se aburra y se vaya.

—Yo también lo había pensado, pero no quiero que todos vivamos bajo la incertidumbre eternamente. No es forma de vivir.

—¿«Todos»? Eso suena como si estuvieras planeando quedarte. ¿Habéis hablado Miranda y tú sobre eso?

—No lo hemos hablado aún. No he querido hacerlo hasta que se resuelva la situación de Victor.

—¿Pero tú quieres quedarte?

—¿Cómo te sentirías si te dijera que sí? —Andrew quería creer que Clay y él estaban unidos ahora, que estaba bien que le hiciera esa pregunta, pero no estaba seguro.

—Yo diría que es una idea increíble.

Andrew no pudo contener la sonrisa al oír su respuesta.

—Bien. Pero no se lo digas a tu hermana. No voy a sacar el tema hasta que todo esto se aclare.

—No te preocupes, seré una tumba.

En el teléfono de Andrew sonó otra llamada. Era un número desconocido, pero Andrew tenía la esperanza irracional de que fuera Victor.

—Clay, tengo que dejarte. Mantenme informado si algo cambia.

—Lo haré. —Andrew colgó y contestó a la otra llamada—: ¿Hola?

—¿Señor Sterling?

Andrew se quedó muy sorprendido al ver de quién se trataba.

—Sandy, ¿estás bien? Suenas fatal.

—¿Ibas en serio con la oferta que me hiciste?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué? ¿Estás pensando en delatar a Victor?

—Acaba de llamarme. Está furioso. Alguien de Sterling llamó al ayuntamiento para que Sterling volviera al proceso de licitación. Daba por hecho que había conseguido sacar a la empresa del concurso.

Andrew no quería dar su brazo a torcer. Tenía poca fe en la idea de confiar en Sandy.

—Oh, vaya. No lo sabía.

—Está furioso.

A Andrew se le revolvió el estómago.

—Mira, Sandy. Estaré encantado de darte lo que te prometí, pero llegados a este punto, no estoy seguro de que puedas ayudarme. Parece que Victor va a seguir adelante, contigo o sin ti.

—Tengo algo que puede ayudarte a acabar con él. Grabaciones de audio.

—¿De qué?

—Cada conversación que él y yo tuvimos. Todo lo que él me pidió que hiciera. Y no solo el plan de hundir a Sterling Enterprises. Victor me pidió que hiciera otros trabajos de espionaje. Y hablo de empresas muy grandes.

Los pensamientos de Andrew se movían con rapidez.

—¿Me darás esos audios? Mi oferta de cinco millones sigue en pie si quieres.

—El dinero ya no es suficiente. Necesito desaparecer. Necesito ir a un lugar donde él nunca me encuentre. Sé demasiado y, si las grabaciones salen a la luz, sabrá que yo lo traicioné.

—Uno de mis aviones privados está en un hangar en Gray Municipal. Puedo llevarte a México. Pietro, mi jefe de seguridad, puede ir contigo. Una vez que estés en un lugar seguro, nos das las grabaciones de audio y transferiremos el dinero.

—Quiero que seas tú quien venga conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque confío en ti más que en Pietro. Tienes más que perder. Tú eres el que ha estado persiguiendo a Victor todo este tiempo.

Andrew sopesó las palabras de Sandy. Si el proyecto del paseo se iba al garete al final, la empresa saldría adelante igualmente. Encontrarían una forma de continuar, ganarían millones y la reputación de Johnathan permanecería intacta. Y Miranda podría perdonar a Andrew por las cosas que había hecho. Pero no habría hecho las paces con la memoria de su hermano, y nunca se sentiría bien con el mundo hasta que lo hiciera. Tenía

que saber en el fondo de su corazón que había hecho todo lo posible para salvar lo que Johnathan había construido.

—Está bien. Iré contigo.

—No quiero que me lleves en avión a la frontera y me dejes allí. Necesito que me lleves a un lugar remoto. Algún lugar que sea seguro.

Andrew había viajado por todo el mundo, pero un lugar que había visitado años atrás le había parecido el sitio perfecto para desaparecer: un pueblecito escondido en las montañas de Costa Rica.

—Tengo una idea. Puedo decírtelo en el avión. ¿Me dices dónde estás? Te recogeré yo mismo.

—De acuerdo. Por favor, date prisa.

Andrew terminó la llamada y subió corriendo las escaleras. No quería irse, pero ¿qué otra opción tenía? Él había puesto a Sandy en esa situación desde el principio. Sí, había sido su elección ponerse del lado de Victor, pero no podía culpar a otras personas por sus malas decisiones. Y él había tomado demasiadas.

En el piso de arriba, llamó a Clay y puso el manos libres mientras hacía la maleta.

—Hola, Andrew. ¿Qué pasa? —preguntó Clay.

—Necesito que vigiles a tu hermana los próximos días.

—¿Vas a alguna parte?

—Sí. Tengo que ocuparme de nuestro gran problema. Creo que es mejor si no te digo dónde voy. Nunca se sabe quién podría estar escuchando.

—¿Está Miranda en peligro?

—No. Haré que mi jefe de seguridad se quede en San Diego. Tendremos a alguien vigilando la casa todo el tiempo, pero me sentiría mejor si tú también estuvieras pendiente de ella. —En la pantalla del teléfono de Andrew apareció una notificación del número desde el que había llamado Sandy. Le enviaba su ubicación—. Me tengo que ir. No me registraré en ningún sitio, prefiero ser precavido, no quiero dejar ningún rastro, ¿de acuerdo?

—Entendido. Buena suerte.

Andrew cerró su maleta y bajó las escaleras a toda velocidad, pero se detuvo al ver la decoración navideña del salón. La repisa de la chimenea

tenía la preciosa escena que Miranda había diseñado: ramas de pino, cintas de terciopelo rojo y luces blancas centelleantes. Sobre la puerta que daba al vestíbulo había una guirnalda de campanillas de Navidad plateadas de varios tamaños, todo dispuesto de manera muy pensada. En un rincón estaba el árbol de Navidad, que parecía sacado de una revista, con sus adornos elegidos también de manera muy cuidada. Esos detalles habían traído el espíritu navideño a la casa de la mano de Miranda. Aunque en realidad era ella misma la que hacía que esos cálidos sentimientos cobraran vida. Odiaba la idea de perderse esas fechas con Miranda a su lado. Debía quedarse, estar con ella, habían hecho planes. Quería volver, pero en otras ocasiones tampoco había podido cumplir sus deseos. Esperaba que no fuera igual en esta ocasión. En cualquier caso, era hora de hacerle saber que no estaría en casa cuando ella llegara del trabajo.

Esperó a arrancar el coche y ponerse en camino antes de llamarla.

—Acabamos de estar juntos —dijo ella—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, pero tengo que irme de la ciudad unos días.

—Espera. ¿Qué pasa?

La angustia en su voz hizo su tarea mucho más difícil.

—Estoy a punto de solucionar mi problema.

—¿Te refieres a Victor? ¿En serio? Creía que eso ya se había acabado.

—No. No del todo, al menos.

—Esto empieza a parecer una búsqueda inútil. ¿Crees que es necesario? ¿No puede ocuparse de él otra persona? —refunfuñó Miranda.

—Yo empecé esto. Tengo que terminarlo

—No hace falta. Ya lo has intentado todo. Eres el único que espera esto de ti. Te pones un listón imposible de alcanzar.

Sabía que estaba siendo testarudo, pero no cambiaba su intención de seguir adelante.

—Lo sé.

—Esta misma mañana hemos hablado de pasar los próximos días juntos. Dijiste que sonaba divertido. ¿Eso no es suficiente para que te quedes?

—No hagas esto más difícil de lo que ya es, ¿de acuerdo?

Miranda no respondió de manera inmediata, pero él podía oír su respiración.

—¿Vas a volver?

—Ese es mi plan. Sí.

—¿Cuándo?

Andrew no quería dar respuestas definitivas, pero tampoco quería dejarla colgada. Ya la había cargado con demasiadas incertidumbres durante el último mes.

—Volveré para Navidad, ¿vale? Te lo prometo. —Esperaba que no pasara nada malo y que no tuviera que romper esa promesa. Destrozaría su visión de unas felices fiestas.

—¿Me prometes también que tendrás cuidado? —La voz de Miranda empezaba a quebrarse.

—Por supuesto.

—Porque quiero que vuelvas, Andrew.

Él logró esbozar una media sonrisa, pero le dolía el corazón. Había tantas cosas que quería decir, pero una vez más se sintió abrumado por la necesidad de esperar hasta que llegara el momento adecuado.

—Quiero volver.

—Vale. Adiós, Andrew. Ten cuidado, por favor.

—Adiós, Miranda. —Cortó la llamada antes de que pudiera decir lo que anhelaba decirle de verdad desde hacía tiempo: «Te quiero».

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Trece

A última hora de la tarde del miércoles, Miranda empezaba a perder la esperanza. Andrew llevaba fuera más de cuarenta y ocho horas. ¿Dónde estaba y qué podía estar haciendo? Agarró el teléfono y buscó su número en la lista de contactos. Sonó y sonó, como las otras veces que había llamado desde que él se fue el lunes. Luego saltó el contestador, igual que las otras veces. El sonido de su voz la hizo añorar su presencia:

—Soy Andrew Sterling. Por favor, deje un mensaje.

—Hola. Soy yo. Estoy preocupada por ti. Por favor, llámame o mándame un mensaje para decirme que estás bien. —Finalizó la llamada y tiró el teléfono al otro extremo del sofá. Estaba cansada de sentirse tan indefensa. La última vez que se había sentido así fue durante el primer mes después de la muerte de Johnathan, cuando tuvo que acostumbrarse a estar sola en una casa tan grande. En cierto modo, sentía como si estuviera reviviendo aquella pérdida. No era una sensación agradable.

Sonó el teléfono y se abalanzó a por él a toda prisa.

—¿Hola? ¿Andrew?

—Siento decepcionarte. Soy Tara.

Miranda se desplomó contra la pila de cojines del sofá, con el corazón prácticamente en la garganta.

—No te preocupes. ¿Qué pasa?

—El ayuntamiento acaba de anunciar al ganador. Sterling ha conseguido el proyecto del paseo marítimo.

La primera reacción de Miranda fue echarse a llorar. Quizá fuera por el estrés acumulado. O porque por fin cerraban ese capítulo y Andrew no estaba con ella. Sterling lo había logrado a pesar de las zancadillas de Victor. Si Johnathan siguiera vivo, se habría alegrado mucho.

—¡Felicidades! Estaréis muy emocionados.

—Todo el mundo lo está.

—¿Cómo vais a celebrarlo?

—Lo haremos en enero, cuando pasen las fiestas. Después de tener que organizar una boda en dos semanas, necesito un pequeño descanso.

—Lo entiendo.

—Supongo que no sabes nada de Andrew… —preguntó Tara tras un breve silencio.

—¿Sabes que se ha ido?

—Sí. Clay nos lo dijo a Grant y a mí. No os preocupéis. No se lo hemos dicho a nadie.

—Está bien.

—Aunque, para ser sincera, debo decirte que estoy preocupada. Grant y yo queríamos que se ocupara del asunto de Victor, pero desde la distancia. Nunca pensamos que se subiría a un avión e iría tras él.

Miranda sintió que se le helaba la sangre.

—¿Crees que está en peligro? Nadie sabe nada de él desde el lunes por la tarde. Ni siquiera sé qué hacer ahora. Estoy tan preocupada.

—¿Quieres que Grant pregunte por ahí? ¿A ver qué podemos averiguar?

Miranda solo podía pensar en que Andrew quería que todo eso se mantuviera en secreto.

—No. No quiero que ninguno de nosotros haga nada que ponga en peligro su seguridad. —Y ahora que lo pensaba, Miranda se dio cuenta de que no debería dejarle mensajes. No se sabía en qué circunstancias estaba.

—De acuerdo. ¿Podrías llamarnos cuando sepas algo de él? Andrew tenía razón todo el tiempo, y Grant y yo nunca dejaremos de sentirnos mal por ello. También nos sentimos en deuda con él. Gracias a su ayuda conseguimos el proyecto.

—Me alegro mucho.

—Por favor, llámame en cuanto tengas alguna novedad.

—Lo haré. Adiós, Tara.

—Adiós.

Miranda colgó. Todas esas buenas noticias no la hacían sentir mejor.

Le preocupaba que Andrew no volviera nunca. Tenía que distraerse, así que fue a la cocina, se preparó una taza de chocolate y se sentó en el sofá a ver una película. Pero estaba tan nerviosa que le resultaba imposible concentrarse para verla.

Quizá Andrew había decidido volver a Seattle y no se atrevía a decírselo.

Eso habría sido propio del Andrew de antaño, el que había dibujado Johnathan. Pero Miranda sabía que ese no era el verdadero Andrew. El verdadero cumplía sus promesas. A medida que caía la noche y el reloj indicaba que cada vez estaba más cerca la Nochebuena, ella seguía vacilando entre la esperanza y la decepción. Había prometido estar de vuelta para Navidad, y no quedaban muchas horas para la Nochebuena. La idea de que no apareciera le recordó las veces que lo había defendido. Siempre había querido creer que él nunca la llevaría por mal camino ni la defraudaría. Aunque siempre le había agradecido su confianza, también le había dicho que no tenía por qué hacerlo. Siempre había sido un instinto. Un reflejo.

Habían tenido un vínculo invisible desde el momento en que se conocieron. Sí, todo empezó con Johnathan, y ese hecho aún la atormentaba de vez en cuando. Cómo deseaba poder hablar con su difunto marido, explicarle que sus sentimientos por Andrew no significaban que ella no fuera a seguir queriéndole para siempre. Y sentía que cuando llegara el bebé ese sentimiento aumentaría. Pero Miranda tenía un gran corazón, destinado a dar y también a recibir. No lo había planeado, pero se había enamorado. Y debería haber sido más inteligente. Debería habérselo dicho antes de que él se fuera.

Sonó el teléfono de Miranda. Se sobresaltó como todas las veces que lo había hecho en los últimos dos días. Luchó contra la decepción cuando, una vez más, vio que la llamada no era de Andrew.

—No hace falta que sigas controlándome —dijo Miranda a su hermano al descolgar.

—Oh, pero seguiré haciéndolo, se lo prometí a Andrew. ¿Por qué no vienes a casa y estás con nosotros? A Delia le encantaría verte. Estamos haciendo galletas de Navidad. Iré a recogerte.

—Creo que me quedaré aquí. Pero gracias. —La invitación sonaba realmente encantadora y estaba segura de que le habría venido bien la distracción, pero quería aferrarse a la esperanza de que Andrew regresaría

y quería estar en casa—. Hablé con Tara hace un rato. Felicidades por el proyecto del paseo.

—Gracias, pero en realidad no es mi victoria. Ha sido de todo el equipo. Sobre todo gracias a vosotras; las tres habéis sido las que más presión habéis hecho.

—Supongo que sí.

—Pareces cansada.

—Un poco, aunque no sé por qué. No he hecho gran cosa, solo dar vueltas preocupada por la casa durante dos días.

—Eso ya es agotador de por sí —afirmó Clay.

—Supongo. —Miranda bebió un sorbo de su chocolate caliente y luego dejó la taza en la mesilla—. No sabes nada de él, ¿verdad?

—Sabes que te habría llamado enseguida si supiese algo, ¿verdad?

—Lo sé. —Claro que lo sabía—. Creo que me voy a ir a la cama.

—Es muy pronto —señaló Clay.

—Sí… Pero es que estoy muy cansada.

—Está bien. ¿Nos vemos el día de Navidad para hacer un brunch en nuestra casa?

—Por supuesto.

—Que duermas bien —se despidió Clay.

El avión de Andrew aterrizó en la pista privada del aeropuerto de San Diego y encendió su nuevo teléfono. El viejo había tenido una muerte prematura en Costa Rica, al caérsele en la pequeña piscina de la casa de campo que había encontrado para Sandy. Aún no tenía el mensaje que esperaba de Pietro. No iba a decirle a Miranda que estaba todo resuelto si no estaba completamente seguro de que era cierto.

Había dejado su coche de alquiler en Gray Municipal cuando salió de la ciudad con Sandy, así que pidió a un chófer que lo recogiera.

—Señor Sterling. Creo que está esperando esto. —El conductor le entregó una pequeña caja de terciopelo negro mientras le abría la puerta.

Andrew lo abrió. Estaba tal y como lo recordaba, aunque hacía años que no lo veía.

—Gracias. La guardó en el bolsillo y entró en el coche. La idea de volver a ver a Miranda le llenaba de emoción, aunque también estaba nervioso. Tenía miedo de ser rechazado al confesarle sus sentimientos.

Por fin el teléfono de Andrew zumbó en su mano. Era Pietro.

—¿Y bien? —preguntó Andrew.

—Siento haberle llamado un poco tarde. Su vuelo se retrasó, pero ya está en Múnich. Yo mismo vi despegar el avión. —Andrew había ordenado a Pietro que comprara un billete para el vuelo, solo para poder acompañar a Victor a través del control de seguridad y hasta la puerta de embarque.

Andrew nunca había dado un suspiro de alivio tan grande. Victor le había prometido que se quedaría en Europa los próximos doce meses.

—Muchísimas gracias. No podría haber hecho esto sin ti.

—¿Va de camino a casa de la señora Sterling?

—Así es.

—Buena suerte —dijo Pietro con tono de picardía en la voz.

—Gracias por hacer que uno de tus chicos localizara el anillo en Seattle y me lo enviara. Acabo de recibirlo.

—No hay de qué, señor. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Ahora que lo tenemos todo resuelto, tú y tus chicos sois libres de volver a Seattle.

—¿Y cuáles son sus planes, señor? —preguntó Pietro.

—No lo sé. Pero espero poder quedarme aquí en San Diego.

—Si es así, ¿qué pasará con sus negocios en Seattle?

—No lo tengo claro aún, pero sí sé que siempre tendrás trabajo. No te preocupes por eso.

—Es bueno saberlo, señor. No me imagino trabajando para nadie más.

Andrew sonrió.

—Bien. Buenas noches, Pietro. Has hecho un buen trabajo.

—Buenas noches, señor.

Andrew colgó el teléfono y a continuación llamó a Miranda. Estaban a solo diez minutos de su casa, pero no quería esperar ni un segundo más.

Por desgracia, le saltó el buzón de voz. ¿Ya estaba en la cama? Solo eran las nueve y media.

En cuanto llegaron a casa de Miranda, Andrew tomó su maleta y se dirigió a la puerta principal, después de introducir el código de seguridad de la cerradura electrónica. Dentro, la casa estaba muy silenciosa.

—¿Miranda? —preguntó dejando la maleta en el suelo. No obtuvo respuesta.

Vio un suave rayo de luz que llegaba al vestíbulo desde el salón. Fue a investigar y vio a Miranda acurrucada en el sofá, dormida. Se acercó sigilosamente, sintiendo que la emoción se apoderaba de él.

Se arrodilló junto al sofá y la observó en silencio. Luego le puso una mano en el brazo y se inclinó para besarla en la frente.

En ese momento, los ojos de ella se abrieron de repente.

—Oh, Dios mío. ¡Estás aquí!

Él se echó hacia atrás mientras Miranda se incorporaba y se abalanzaba sobre él. Cayeron al suelo. Ella le besó al menos diez veces. Tal vez más. Todo lo que él podía pensar era que si aquella era su recompensa por todo el dolor y la miseria por la que había pasado valía la pena.

—¡Has vuelto! Estaba tan preocupada…

—Siento no haber llamado. Mi teléfono se estropeó y tardé en conseguir uno nuevo en Costa Rica.

—¿Es ahí donde has estado todo este tiempo?

Él asintió con la cabeza, pero se llevó un dedo a los labios.

—Sí. Pero no podemos decírselo a nadie. Sandy está allí escondida. Conseguí reubicarla. Me costó bastante abrir cuentas en el extranjero e introducirla en el país. Pero ella está bien. Debería estar a salvo de Victor.

—Sterling consiguió el contrato del paseo marítimo. Tara me llamó hoy para contármelo.

—Lo he oído.

—¿Eso significa que Victor se ha ido? ¿Para siempre? —Andrew iba a ahorrarle los detalles a Miranda, pero ahora podía asegurar que Victor no volvería. Andrew tenía horas de audio de Victor detallando sus diversos planes, la mayoría de los cuales eran ilegales. Lo único que le había pedido

para no entregárselos a alguno de sus socios más notorios era que desapareciera para siempre.

—Se ha ido. Ya nadie tiene que preocuparse por él, cariño.

—Nunca me habías llamado así.

—Supongo que no…

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Me gusta mucho.

El corazón de Andrew empezó a latir con fuerza.

—Bien. Porque necesito preguntarte algo.

Ella negó con la cabeza.

—No. Espera. Primero tengo que decirte una cosa. Si te parece bien…

—Por supuesto, dime.

—Me di cuenta cuando te fuiste de lo mucho que te necesito. Y de cuántas cosas dejé sin decir mientras estuviste aquí. Sobre lo que significas para mí. Sobre el vacío que has llenado en mi…

—Espera —la interrumpió Andrew—. Yo siento lo mismo, Miranda.

Una lágrima rodó por la mejilla de ella.

—¿Puedo terminar? Lo tengo todo ensayado en mi cabeza y no quiero olvidar ni una palabra.

—Sí. Por supuesto. —¿Cómo podía decir que no cuando ella estaba llorando?

—No puedo perder a otra persona en mi vida, Andrew. No puedo perderte a ti.

—Te quiero —soltó él—. Lo siento. No podía esperar más.

Ahora las lágrimas rodaban aún más rápido por las mejillas de Miranda.

—¿Me quieres? Porque yo también te quiero. Por favor, dime que no te irás.

—Por favor, dime que puedo quedarme.

Ella asintió y él introdujo las manos en su sedoso cabello, atrayendo su rostro hacia el suyo para besarse. Andrew estaba emocionado, aquello parecía el principio de algo bueno. Se sentía esperanzado. Incluso con todo

lo que había ido mal en su vida, seguía sintiéndose afortunado. Tenía amor y buena suerte. Estaba a punto de tener una familia si ella respondía a su pregunta como él esperaba.

Echó la cabeza hacia atrás y sacó la caja del bolsillo, abriéndola para Miranda.

—¿Quieres casarte conmigo, Miranda? ¿Quieres ser mi esposa?

No estaba seguro de cuál sería su reacción, pero no esperaba que se secara las lágrimas con tanta impaciencia y empujara la mano izquierda hacia delante.

—Oh, Dios mío. Sí. Me encantaría casarme contigo.

Andrew sacó el anillo y se lo puso a Miranda en el dedo.

—Era de mi madre, y antes perteneció a la madre de mi padre. Es la única reliquia familiar Sterling que existe. Le pedí a Pietro que lo trajera de Seattle mientras Sandy se instalaba.

—¿Hiciste eso? ¿Para mí? —dijo ella mientras admiraba el anillo en su mano.

—¿Te gusta? Sé sincera. Puedes decírmelo si no te gusta.

—Me encanta. Es precioso.

—Bien. Porque la otra persona a la que intenté dárselo pensó que era feo y quiso otra cosa…

—Sé que no ha debido de ser fácil para ti pensar en el matrimonio por segunda vez en tu vida…

A Andrew se le escapó una carcajada.

—¿Quieres saber qué es lo gracioso? Ni siquiera lo había pensado. Estaba nervioso, pero solo porque eras tú. No estaba ansioso por la pregunta en sí.

—¿Por qué estabas nervioso? Nos hemos hecho muy amigos. Puedes contarme cualquier cosa. No te juzgaré.

—Por eso. Siempre has creído en mí. Incluso cuando tenías razones para no hacerlo. Me preocupa un poco no ser digno de ti, pero creo que es normal. Eres increíble.

—Tú sí que eres increíble. —Miranda se inclinó más hacia él y le dio un suave beso que lo calentó de pies a cabeza.

Estaba impaciente por llevarla arriba, así que se levantó y la agarró de la mano.

—Venga. Hora de dormir.

—¿A dormir o… a la cama?

Él se rio y tiró suavemente de ella hacia las escaleras.

—A la cama, si te parece bien. Quiero hacer el amor con mi prometida.

Miranda se detuvo antes de que empezaran a subir.

—Estoy tan emocionada de que hayas vuelto a tiempo para Navidad.

—Te dije que volvería. No me lo habría perdido por nada del mundo.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Epílogo

Cuatro meses después

La pequeña Chloe estaba llorando. Miranda sabía que era solo un truco para llamar la atención, pero vio cómo Andrew caía en la trampa.

—Shh. Shh. Tranquila. —La sacó del portabebés y la puso sobre su hombro con suavidad—. No llores.

—No tienes que agarrarla en brazos cada vez que llora, ¿sabes? —Miranda se acercó por detrás y bajó la cabeza para llamar la atención del bebé. A Chloe se le iluminaron los ojos y una sonrisa desdentada asomó en su rostro cuando vio a su mamá. El corazón de Miranda se hinchó al doble de su tamaño. Era algo habitual. Ocurría cientos de veces al día, sobre todo desde que Chloe había empezado a sonreír hacía unas semanas.

—Me mata cuando llora. No puedo evitarlo. —Andrew se giró para poder mirar a Miranda a los ojos. Diablos, estaba tan sexy con un bebé en brazos.

—Te perdono. Pero es que no quiero que se acostumbre. —Miranda miró el reloj de pared—. Oh, vaya. Será mejor que recojamos o llegaremos tarde.

Andrew tomó la bolsa de pañales de la encimera de la cocina y empezó a rebuscar en ella con Chloe aún en brazos.

—Muchos pañales. Mudas. Toallitas. Chupete. Oh, no. —Se volvió hacia Miranda—. ¿Dónde está su gusanito?

Chloe tenía un gusano de peluche de colores, era lo bastante pequeño como para que pudiera rodearlo con sus deditos y aferrarse a él.

—Creo que está en el sofá. Iré a buscarlo. Tara se pondrá furiosa si llegamos tarde.

—No sé por qué tanto misterio. Cualquiera diría que alguien se va a casar o va a tener un bebé. —Andrew acomodó a Chloe en su asiento y la niña empezó a gemir al instante—. Será mejor que nos demos prisa.

Salieron a toda prisa hacia el coche y Andrew encajó el trasportín en su base, en el asiento trasero del todoterreno de Miranda. Se apresuró a arrancar el coche. En cuanto el motor empezó a rugir, Chloe dejó de llorar.

—Próxima parada: el paseo marítimo.

—Cuesta creer que por fin haya llegado el día de poner la primera piedra. No sé tú, pero yo estoy aliviada. Y lista para dejar de oír hablar de ello.

—Juro que es de lo único de lo que se habla últimamente —dijo Andrew.

Miranda sabía que Andrew también se sentía aliviado. En muchos sentidos, ese día se enfrentaba a Johnathan una vez más, pero esta vez iba armado sabiendo que había hecho lo correcto para todos, incluso para sí mismo. El legado de Johnathan quedaría sellado, pero Andrew tenía una vida por delante con Miranda y Chloe. No hacía falta decir que Andrew sabía que era el afortunado, después de toda una vida sintiéndose el perdedor de esa relación.

Llegaron al centro unos minutos más tarde y Andrew encontró un sitio para aparcar cerca del centro de convenciones, lo que significaba un corto trayecto hasta el paseo marítimo. Descargó el cochecito de Chloe y metió la bolsa de los pañales en la cesta, mientras Miranda la colocaba en el asiento. A esas alturas, casi dos meses después de la llegada de Chloe, hacían un buen equipo, pero no siempre había sido así. Las tres o cuatro primeras semanas fueron difíciles debido a los cólicos de Chloe. Miranda y Andrew llevaban poco tiempo, aún estaban en la fase de luna de miel de su relación, aunque todavía no se habían casado. Nada como las noches en vela y las duchas escasas para poner a prueba una relación de pareja. Pero lo superaron y Andrew se adaptó a la paternidad con rapidez.

Paseaban por la acera, disfrutando del calor de ese soleado día de abril. Llegaron a la zona donde ya habían comenzado las demoliciones de todas las viejas construcciones, incluido el pabellón de bodas, aquel en el que Andrew se habría casado si su prometida no le hubiera abandonado. Aquel día Andrew tuvo una especie de epifanía y se preguntó si Johnathan no habría tenido la intención de destruirlo cuando quiso embarcarse en el proyecto del paseo marítimo. Tal vez había querido eliminarlo para devolverlo a la vida en una nueva forma, una que no tuviera que causar

tanto dolor a Andrew. Era una idea encantadora y, aunque nadie podía saberlo, Miranda y él habían decidido que esa sería la historia que le contarían al bebé. A pesar de los muchos defectos y errores de Johnathan, había sido un buen hombre con un gran corazón. Y había contribuido a que Miranda conociera a las dos personas más importantes de su vida: Chloe y Andrew.

Continuaron caminando por la zona de la obra hasta llegar a una valla metálica con un enorme cartel en el que ponía: Sterling & Singleton Enterprises. En febrero, poco después de nacer el bebé, Grant invitó a Andrew a fusionar su empresa promotora con Sterling Enterprises. Había surgido la idea de manera natural. Andrew iba a quedarse y le parecía una tontería seguir compitiendo con la empresa que había fundado su hermano.

También le pareció justo que el apellido de Grant figurara por fin en el membrete de la empresa. Andrew mantenía abierta la oficina de Seattle, pero solo iba una vez al mes, aproximadamente, y solo de un día para otro. No quería estar lejos de San Diego ni de Miranda y el bebé. «Necesito a mi familia», decía cada vez que decidía que no podía ausentarse más de veinticuatro horas.

Había una multitud de unas cincuenta personas reunidas, la mayoría empleados de Sterling & Singleton. Al otro lado se encontraban Astrid y Clay. Estaban planeando su boda, prevista para junio en la playa de Coronado. Habían querido esperar a que Delia saliera del colegio para poder llevarla a Noruega durante un mes y que pudiera conocer la tierra natal de Astrid. Miranda nunca había visto a su hermano tan feliz, y eso, a su vez, hacía que su propia felicidad fuera mucho más completa.

—Hola —dijo Clay, cuando Andrew y Miranda llegaron con el cochecito—. ¿Dónde está mi preciosa sobrina?

Justo en ese momento, Tara comenzó a hablar al público allí reunido:

—Amigos, estamos listos para empezar. —La voz de Tara sonó por el altavoz. Ella y Grant estaban de pie, con cascos y palas en las manos. Junto a ellos se encontraban el alcalde y varios miembros del ayuntamiento. Andrew había sido invitado a participar, pero había decidido no hacerlo, prefería estar al lado de su familia en ese momento.

—Intentaremos ser breves, así podrán disfrutar de este maravilloso día —continuó Tara—. Así que cedo ya la palabra a Grant Singleton.

Grant agarró el micrófono de manos de su esposa y le dio un beso en la mejilla.

—Sterling Enterprises ha tenido la suerte de formar parte de esta comunidad durante más de quince años, pero siempre ha sido en el sector privado. Sí, hemos construido edificios vanguardistas en esta ciudad, pero creemos que este proyecto será el más significativo de todos. Espero que sea un lugar de encuentro para los ciudadanos que viven aquí y para los que viajan para visitar nuestra increíble ciudad. No me extiendo más. ¡Pongamos la primera piedra!

Grant, Tara y varios concejales colocaron sus palas en el montículo de tierra a la entrada de las obras. Después de contar hasta tres, todos se pusieron manos a la obra, poniendo oficialmente la primera piedra de la remodelación del paseo marítimo.

El público rompió en aplausos, lo que puso nervioso a Andrew. Se asomó al cochecito de Chloe para ver cómo estaba.

—Bien. Sigue dormida.

Miranda se rio en voz baja y se inclinó para darle un beso.

—Te quiero, Andrew.

—Yo también te quiero.

Ambos miraron cómo Grant, Tara y los demás dignatarios locales se daban la mano.

—¿Sabes? He estado pensando —dijo Andrew—. ¿Y si nos casamos aquí? Cuando esté todo terminado.

Era la única parte de su final feliz que aún no se había producido. Miranda no había querido pasar por el altar con ocho o nueve meses de embarazo, y aún se estaban adaptando a la llegada de Chloe. Por delante tenían la boda de Clay y Astrid. Quizá la Navidad les viniera bien. Era la época favorita de Miranda.

—¿De verdad? ¿Quieres hacerlo? —preguntó emocionada—. Este lugar guarda algunos malos recuerdos para ti, ¿no?

Él sacudió la cabeza y la miró.

—Miranda, querida, tienes que saber algo.

—¿El qué?

—Ya no hay malos recuerdos desde que estoy contigo. Solo felices.